

Antonio Galera Gracia

DOCUMENTOS Y PERSPECTIVAS CRÍTICAS DE LA HISTORIA DE LA MASONERÍA

MASONICA

DOCUMENTOS Y PERSPECTIVAS CRÍTICAS DE LA HISTORIA DE LA MASONERÍA

Antonio Galera Gracia

DOCUMENTOS Y PERSPECTIVAS CRÍTICAS DE LA HISTORIA DE LA MASONERÍA



Serie Roja
[Autores contemporáneos]

60 08
MASONICA
Ediciones del Arte Real

Documentos y perspectivas críticas de la historia de la masonería

Antonio Galera Gracia

Editorial MASONICA®
SERIE ROJA (Autores contemporáneos)
www.masonica.es
© 2021 Antonio Galera Gracia
© 2021 Editorial MASONICA (de la edición)

EntreAcacias, S.L.
[Sociedad editora]
c/Covadonga, 8
33002 Oviedo - Asturias (España)
Tel. (centralita): (34) 984 300 233
info@masonica.es | pedidos@masonica.es

1ª edición: diciembre, 2021

ISBN (edición impresa): 978-84-19044-09-9
ISBN (edición digital): 978-84-19044-10-5
Depósito Legal: AS 02844-2021

Edición digital

Todos los derechos reservados.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

NACIMIENTO

En el año 1155 ya tenemos noticias de la existencia de los masones. Pero no se refieren estas a los masones tal como hoy los conocemos, sino que aluden a una clase de obreros autónomos que se dedicaban a labrar bloques de piedra para construir después, por medio de fuertes andamios que ellos mismos creaban y acomodaban, los muros o paredes de las catedrales, ermitas o castillos donde habían sido contratados por sus demostradas aptitudes en el arte de la construcción.

Masón viene del latín: *machîo*, y significa: albañil, constructor, el que trabaja sobre andamios; el idioma francés tomó este vocablo del latín y lo denominó: *maçon*, que se pronuncia masón.

En el siglo XII estos masones, albañiles o labradores de piedra se unieron para formar un gremio.

Llegados a este punto, hemos de decir que los gremios aparecieron en toda la Europa cristiana y en España a finales del siglo XIII, empujados mayormente por el gran fervor religioso de la época, el intenso desarrollo de la economía industrial y mercantil y el florecimiento de las libertades municipales.

Los agremiados se inspiraron para asociarse en el principio mutualista. Principio que los llevó a perfeccionar los talleres a los que pertenecían sus miembros, y a socorrerse entre sí en caso de necesidad de alguno.

Rígidamente reglamentados, los gremios imponían a sus miembros normas muy estrictas, y aparecían como entidades cerradas y un tanto reservadas. Los talleres estaban compuestos por tres categorías: aprendices, oficiales y maestros. Todos los que practicaban el mismo oficio en una localidad estaban obligatoriamente asociados, y la reglamentación de su trabajo y cobro se hallaba estrictamente establecido.

Cuando los diversos profesionales de un oficio se agremiaron, pasaron a ser considerados superiores socialmente a las personas que se encontraban sin oficio ni beneficio. Naturalmente, cada uno de ellos tenía que pagar una cuota mensual, de cuya totalidad se descontaba una parte para gastos propios del gremio, quedando el resto para abonar las tasas municipales.

Los albañiles se agremiaron para proteger sus intereses, tanto privados como públicos. Es decir, el interés de dicha asociación nació de su necesidad de relacionarse entre sí, de transmitirse las mejoras descubiertas y, al mismo tiempo, para librar el oficio de intrusos, unificar los cobros y garantizar los pagos mediante un arancel que ellos pagaban concedido por la autoridad competente.

En cuanto a lo que detallamos de que cada miembro de un gremio, en su ciudad, pueblo o región, estaba obligado a transmitir a los otros agremiados los inventos o mejoras por él descubiertas, consta en nuestro poder fotocopia de un documento localizado en el Archivo Histórico Provincial de Sevilla, en el que un miembro del gremio de constructores de esta histórica ciudad, llamado Diego González de Vega, da a conocer, en el más estricto secreto, un descubrimiento experimentado y creado por él, después de hacer durante muchos años pruebas y pruebas para mejorarlo. Este hallazgo no es ni más ni menos que un pegamento que sirve para unir la piedra, y que aparece en el citado documento con el nombre de «Macarraque».

Con este descubrimiento se podían pegar tanto los pedazos pequeños de la piedra rota como los grandes fragmentos de ella.

Un invento que en aquellos tiempos era algo revolucionario para el gremio de los constructores si tenemos en cuenta que un bloque de piedra no era nada barato y que, además, su traslado desde la cantera a la obra era dificultoso y caro. A todos estos trastornos había que añadir que, si la piedra se rompía cuando estaba ya terminada o casi terminada, el tiempo que se había invertido en ella —más de dos horas—, se perdía totalmente porque ese bloque ya no se podía cobrar. Esta clase de accidentes solían ocurrir con mucha frecuencia, ya que la piedra se trabajaba primero con cincel y mazo de hierro y luego, una vez labrada, había que elevarla casi manualmente hasta el andamio.

El hecho de perder el trabajo invertido en labrar la piedra era a veces un mal menor si tenemos en cuenta que en algunas obras se estipulaba, bajo contrato, que los bloques rotos debían ser pagados por el maestro que administraba la cuadrilla. De lo que podemos deducir que además de perder el trabajo invertido en ella, a la hora de ajustar cuentas con el encargado de la obra, le era deducido al maestro el valor del bloque o de los bloques que sus obreros habían roto. Después, el maestro se encargaba a su vez de descontarlo del sueldo que pagaba a su cuadrilla.

Este descubrimiento fue tan importante, y estamos hablando del siglo XV, que incluso hoy, los artesanos que siguen trabajando la piedra, como son en su mayoría escultores, marmolistas y canteros, lo siguen usando. Todavía no se ha inventado un producto que pegue la piedra con tanta fuerza como lo hace el artículo reseñado.

También se agremiaron estos constructores para fortalecer sus relaciones personales mediante fiestas y reuniones. Y, naturalmente, para registrar las marcas que ellos usaban para identificar su trabajo. Hay que tener en cuenta que estos obreros eran totalmente autónomos y que al ejecutar su labor lo hacían bajo contrato, por lo que no era de extrañar que todos funcionasen a destajo. De esta forma, la construcción de catedrales y otras obras de

envergadura más o menos importantes, tomó un impulso más veloz. Pues como se sabe, en una obra trabajaban diferentes cuadrillas de obreros bajo el mando de su correspondiente maestro. Y, cuando un trabajo se terminaba, después de haber sido examinado por el maestro, los labradores que estaban en tierra podían terminar un bloque, grabar su marca en él, arrinconarlo y comenzar con otro.

De la misma forma, los miembros de la cuadrilla que se hallaban sobre el andamio alojando los bloques que ya habían sido labrados por sus compañeros, podían ir acoplándolos de la siguiente forma: si estaban cobrados, con las marcas hacia adentro, para que no se vieran, y si estaban por cobrar, con las marcas hacia afuera para que se pudieran contabilizar.

De este modo, cuando la jornada terminaba, los bloques se clasificaban por las diferentes marcas que llevaban grabadas, estuvieran en tierra o puesto ya en la pared, y eran pagados al maestro que gobernaba y administraba la cuadrilla para que este proporcionase después a cada uno de sus obreros, según su categoría, el sueldo que entre ambos se hubiese estipulado.

Hemos de decir que en una obra de envergadura podía haber, y de hecho en muchas ocasiones los había, hasta veinte o más grupos diferentes de constructores, cada uno, naturalmente, trabajando con la identificación de su marca, ya que los canteros fueron los primeros que trabajaron bajo el amparo de esta técnica.

Estas marcas estaban representadas por diferentes signos, como un sol, una luna y una estrella; números o letras.

A veces el signo representaba el apellido del constructor, como era el caso de Pedro Sierra, que ostentaba una sierra como marca.

De la misma forma se pueden distinguir otros signos bastante curiosos, cuyo significado está relacionado con el mote por el que era conocido el constructor o por algún defecto físico que este tuviera: un ojo cerrado podía tratarse de un patrón tuerto; una mano con cuatro dedos podía representar a un constructor que había perdido un dedo en accidente laboral y se le conocía ya por el cuatro dedos; una cara monstruosa, el feo... Por ello, no es de extrañar que hoy podamos admirar en muros de catedrales, ermitas y castillos, bloques de piedra que lleven diferentes marcas. Tengamos en cuenta que, aunque estos canteros conocían la física, la geometría y la aritmética, muchos de ellos no sabían leer ni escribir. Poniendo la marca registrada de su maestro en cada uno de los bloques que cada cuadrilla labraba, se podía saber a la perfección cuántos bloques tenía que cobrar el maestro al finalizar el día.

Y esto lo doy a conocer aquí sin voluntad de desanimar a todas y cada una de aquellas personas que buscan en estas marcas signos misteriosos que

revelan un camino que conduce hacia el Grial que contiene la sangre de Nuestro Señor Jesucristo, o mensajes secretos que desvelan dónde podemos encontrar los diversos tesoros que los templarios enterraron antes de ser suprimidos.

Cada maestro jefe de una cuadrilla tenía un aprendiz. Su permanencia entre ellos estaba también establecida por el gremio de la siguiente forma: el maestro tenía que hacerse cargo de su manutención y, cuando comían en la obra, debía darle a beber vino, *como era menester en hombre que practicaba un trabajo recio.*

Para dormir tenía el maestro que proporcionar al aprendiz un buen colchón. Y el vestido, que también era proporcionado y pagado por el maestro, tenía que ser de paño de color blanco, y el mandil que llevaba para proteger el vestido, si no podía ser de cuero, tenía que ser de tejido grueso, de color pardo o negro. Recibía asimismo el aprendiz un cajón con las herramientas de trabajo necesarias para ejercer su oficio. Y si enfermaba, quedaba el maestro obligado a curarle prestándole y pagándole la debida asistencia sanitaria.

Pero, para recibir todas estas mercedes, el aprendiz tenía que observar las siguientes obligaciones: *cumplir bien y fielmente todos sus deberes; servir con honradez y disciplina las tareas que le fuesen asignadas; aprovechar todas las horas de luz del día, pues bastantes fiestas hay al año para no aprovechar las horas de luz en los días de trabajo; desempeñar su trabajo poniendo en él todo su esmero y escrupulosidad, cuidando de no desperdiciar el material, de no malograr los filos de las herramientas y de no astillar la piedra...*

Algo muy importante que debía demostrar el aprendiz, era su limpieza de sangre, es decir tenía que ser hijo de cristianos. Pues en todos los gremios que existían en España, y con más empeño en los que se hallaban en el Reino de Castilla, no podían entrar hijos de judíos, moros o esclavos. Y esto comenzó a observarse a raíz de una disposición decretada por el rey Alfonso X El Sabio, que decía *que los moros que habitasen en la ciudad anduvieron cercenados y alrededor, con el cabello partido sin copete, y llevaran batas, como mandaba su ley, y que ningún cristiano criara hijo de judío o de moro, y que ninguna judía o mora criara a hijo de cristianos.*

Además de todas estas obligaciones y exigencias, el aprendiz también se comprometía *a acompañar a la mujer del maestro cuando ésta salía de casa.* Esto se hacía porque en aquellos tiempos las mujeres que andaban solas por las calles eran muy vulnerables. Les robaban fácilmente los dineros que llevaban para la compra, e incluso, a veces, también la cesta.

El tiempo de aprendizaje estaba determinado en dos años, pero si el maestro juzgaba que el aprendiz no estaba suficiente preparado, podía

alargarlo hasta tres, cuatro o cinco años; pero en ningún caso más de cinco años. De tal forma que si en este periodo de tiempo no hubiera el aprendiz profundizado suficientemente en el arte de la construcción a juicio de su maestro, para comprobar la supuesta ineptitud del discípulo o, en caso contrario, los intereses del propietario del taller, que de esta forma podía disfrutar de los servicios de un oficial pagando el sueldo de un aprendiz, el discípulo tenía que ser trasladado a otro taller de relacionadas características, donde comprobarían, bajo palabra de honor y durante otro año, la torpeza o destreza del aprendiz.

Después de este periodo de aprendizaje, el meritorio era ascendido a oficial. Y desde este momento dejaba de vivir a cuenta del patrón. Tenía que comprarse la ropa, buscarse casa, casarse o ir a comer a tabernas; y lo único que poseía en usufructo y que todavía seguía siendo del maestro, era la caja de herramientas que tenía que seguir cuidando como si fueran propias.

Su sueldo era de 300 reales al año, que no era un sueldo precisamente escaso, si tenemos en cuenta que un real de plata tenía el valor de 34 maravedíes, o sea, diez mil doscientos maravedíes al año.

El gremio de albañiles tomó como patrón a San Antonio de Padua después de meditarlo y estudiarlo mucho. Porque, en primer lugar, según pudieron comprobar por las biografías de los santos, Antonio significa «defensor de la verdad». Y, en segundo lugar, porque comprobaron que san Antonio fue aprendiz, oficial y maestro:

APRENDIZ. Cuenta la biografía de san Antonio de Padua que paseando una mañana por un lugar apartado y solitario observó a un fraile que, con escoplo y martillo en las manos, estaba picando una oquedad que había sobre la piedra de un monte para hacerla más honda.

Antonio le preguntó al fraile que para qué estaba haciendo la cueva, y el religioso le contestó que para vivir meditando en la más estricta soledad dentro de ella. Entonces Antonio le dijo si podía estar con él hasta que terminase su cueva con ánimo de aprender para hacerse la suya propia. El fraile lo tomó como aprendiz y le enseño a picar la piedra.

OFICIAL. Terminado su periodo de aprendizaje, Antonio esculpió su propia cueva donde todos los días, después de haber orado parte en la plegaria común, se retiraba, llevando consigo tan solo un poco de pan y una vasija con agua.

MAESTRO. Un día se dio cuenta de que era muy egoísta viviendo sólo para sí, habiendo en el mundo tanta gente que necesitaba de la palabra

divina.

En nombre de Dios decidió desde ese mismo instante ser útil y provechoso y volvió a vivir en comunidad. Estudio y predicó por los pueblos limítrofes alcanzando gran notoriedad.

Fue tanta su sabiduría que lo nombraron maestro de teología, siendo el primer maestro de esta ciencia que tuvo la orden franciscana.

San Francisco, que fue el fundador de la orden, dejó escritas sobre él las siguientes palabras: «Me alegro de que tenga el oficio de enseñar a los demás...».

Los gremios no solo se limitaban a sus actividades benéficas y laborales, sino que muy presto hubieron de intervenir en las fiestas que se celebraban en sus diversas ciudades, bien con motivo de entrar en ella sus monarcas, ya en ocasión de celebrarse centenarios de canonizaciones, ora por conmemorar efemérides locales.

Al principio la asistencia de los gremios a semejantes solemnidades era por voluntad propia. Después, el Concejo de la ciudad se atribuyó el derecho de obligar a las Corporaciones gremiales para que asistieran a los mencionados festejos.

A veces, determinados gremios remolonearon en esta colaboración que ciertamente resultaba molesta, puesto que no solamente habían de presentarse todos y cada uno de los agremiados luciendo las mejores galas, sino que había que echar por delante atabales y dulzainas, cuando no juglares, y cerrar el cortejo con carros de triunfo que sostenían figuras inmóviles o animadas. Pero era muy frecuente que los gremios —incluso cuando perdieron sus prerrogativas para quedarse convertidos en meras sociedades voluntarias— cargasen a gusto con aquella contribución, en primer término porque creían su deber contribuir al engrandecimiento de la ciudad, y en segundo lugar porque era muy humano querer hallarse presente en las ferias de las vanidades.

Para atender a los gastos que originaban estas concurrencias, se acudía a la caja gremial cuando esta guardaba suficientes caudales. Y, en caso distinto, se apelaba al procedimiento del prorrateo extraordinario o se tomaba dinero prestado.

Poniendo en juego uno u otro recurso se presentaban los gremios en las procesiones religiosas y en los desfiles profanos. Y, para distinguirse unos grupos de otros, a lo largo de las calles o caminos, utilizaban banderas que, al principio, fueron simples enseñas con el susodicho fin utilitario, pero, pasado el tiempo, se desarrollaron con nuevos utensilios ornamentales.

Las nuevas banderas gremiales comenzaron a constituir un aliciente no solo por el símbolo que cada una de ellas representaba, sino también por la forma en que eran portadas.

El encargado de sostener y llevar la bandera, solía ser un oficial del mismo oficio que tenía mucha fuerza, y al son de las dulzainas y de los tambores, iba haciendo varias evoluciones con el palo o asta de la bandera, colocándola verticalmente sobre el hombro izquierdo, luego lo pasaba al derecho. Más tarde lo hacía descansar sobre la barba, luego sobre los dientes de la mandíbula inferior o sobre la frente[1].

La limitación y rigidez de los gremios, que en un momento de su existencia llegó a constituir una traba al desarrollo económico, terminó prácticamente cuando la libertad de trabajo fue proclamada por la Revolución francesa.

Los gremios comenzaron a languidecer a partir de ese momento porque empezaron a perder su razón de ser, siendo desplazados por las asociaciones obreras modernas llamadas sindicatos, y por asociaciones patronales de diversos ámbitos.

PRESENTACIÓN
EN EL TEMPLO

Cuando a principios del siglo XVI el gremio de constructores desaparece, por haber comenzado a escasear la demanda de la mano de obra de estos profesionales y por haber aparecido empresas que se hacen cargo del registro de firmas, nombres y datos, un investigador revela que en el antiguo gremio de labradores de piedra existía un secreto que se había mantenido muy oculto, y que solo había sido transmitido de maestros a oficiales y de oficiales a aprendices... Es en este preciso momento cuando un grupo de personas hacen suyo el antiguo escudo del gremio, adoptan el nombre de masones y comienzan a buscar el secreto de los antiguos labradores de piedra para hacerlo suyo por medio de la geometría, de la aritmética, del dibujo... Y al fin, terminan mezclándose con la doctrina y la filosofía del Temple, para fraternizar y reforzar, quizás, su organización interna y para introducir ceremonias secretas de iniciación.

En la ceremonia del «decimotercer grado» de los masones, era práctica habitual en la antigüedad que el postulante de algunas logias pisoteara simbólicamente la tiara papal y la corona francesa como venganza por el asesinato del último gran maestre de la Orden del Templo Jacques de Molay y por la disparatada disolución de la Orden.

Digo que solamente postulantes de algunas logias practicaban el impío acto que acabo de describir, porque numerosas logias masónicas habían rehusado en la antigüedad, en su época e, incluso en nuestro tiempo actual, la inventada teoría de la supuesta herencia templaria heredada por los masones.

Sobre este particular, *El Diccionario Enciclopédico de la Masonería*, publicado en el año 1989, y escrito por Rosendo Arús y Lorenzo Abrines, en su volumen II, dice:

> Ciertamente, en no poca medida, el neotemplarismo ha canalizado el malestar de cierto anticlericalismo por las injusticias cometida por la Iglesia a lo largo de su historia. También se ha alimentado de románticos aficionados a la historia, al esoterismo y al victimismo, o de personas que solo han pretendido entretenerse con la lectura de una novela de evasión o de un buen libro, aunque fuera de historia-ficción. Pero, con todo, en nuestra opinión, hay una razón que, en última instancia, explica la revitalización del mito templario en época moderna, y es esta; que, tras su disolución en el siglo XIV, ya en el siglo XVIII ¡no quedaba ningún

templario para desmentir la leyenda! De ahí que la historia del Temple se prestara a la fácil y oportuna manipulación. Pese a todo, la leyenda masónico-templarista prosperó y acabó siendo uno de los fundamentos filosóficos e ideológicos del imaginario masónico...

Uno de los manuscritos más antiguos que hemos hallado sobre la historia de la masonería es el llamado «*Grand Lodge*», que trata de los antiguos deberes de los masones y que data del año 1583.

Como el lector podrá darse cuenta enseguida, este manuscrito no es más que una copia, con algunos arreglos personales, de la antigua reglamentación observada por los gremios de albañiles, constructores o masones que en el capítulo anterior dimos ya a conocer.

El manuscrito dice lo siguiente:

I. Que la fuerza del Padre del cielo y la sabiduría del Hijo glorioso por la gracia y la bondad del Espíritu Santo, que son tres personas y un solo Dios, estén con nosotros en nuestras empresas y nos otorguen así la gracia de gobernarnos aquí abajo en nuestra vida de manera que podamos alcanzar su beatitud, que jamás tendrá fin. Amén.

II. Buenos hermanos y compañeros, nuestra intención es deciros cómo y de qué sabia manera este excelente oficio de masonería ha comenzado, y después de ello cómo fue conservado por excelentes reyes y príncipes, así como por muchos otros hombres notables. Es por ello que impondremos a quienes aquí están los deberes que todo verdadero masón debe respetar. Con toda la buena fe, y con mucho cuidado, es algo excelente guardar estos deberes, pues es un oficio excelente y una curiosa ciencia.

III. Hay siete artes liberales, y entre las siete este oficio es una de ellas, y los nombres de las siete artes son las siguientes. La primera es la gramática: ella enseña al hombre a hablar y a escribir correctamente. La segunda es la retórica, que enseña al hombre a bien hablar en términos sutiles. La tercera es la dialéctica, que enseña al hombre a distinguir o a reconocer la verdad del error. La cuarta es la aritmética, que enseña al hombre a calcular y a contar toda clase de números. La quinta es la geometría, que enseña al hombre la determinación y la medida de la tierra y de todas las cosas, ciencia a la que se llama masonería. El arte sexto se llama música: es el que enseña al hombre el oficio del canto vocal, así como a tocar el órgano, el arpa o la trompeta. Y el arte séptimo se llama

astronomía: es el que enseña al hombre a conocer el trayecto del sol, de la luna y de las estrellas.

IV. Estas son las siete artes liberales; estas siete se basan todas en un solo arte que es la geometría. El hombre puede probar que todas las artes del mundo se fundan en la geometría. Pues la geometría ha enseñado al hombre la medida, la ponderación y los pesos de toda clase de cosas sobre la tierra. Por otra parte, no hay ningún hombre que haya desarrollado cualquier oficio sin obrar con ayuda de alguna medida o instrumento de medida; y tampoco ningún hombre que haya comprado o vendido sin medir ni pesar, y todo ello es geometría. Estos comerciantes, estos artesanos, y también las siete artes y en particular el labrador, el comerciante especializado en toda clase de granos y semillas, el vendimiador y el horticultor que trabaja el campo. Ni la gramática ni la aritmética ni la astronomía ni ninguna de las otras artes permiten al hombre encontrar una medición o una medida, excepto la geometría. Por ello pensamos que el arte de la geometría es el más excelente que encontrarse pueda, comparado con cualquier otro.

V. Cómo comenzó primero este arte excelente es lo que os voy a decir. Antes del diluvio de Noé había un hombre que se llamaba Lamech, así como se encuentra escrito en la Biblia, en el capítulo cuarto del Génesis. Este Lamech tenía dos esposas, una se llamaba Ada y la otra Sella. De su primera esposa Ada tuvo dos hijos, uno llamado Jabel y el otro Jubal. De la otra esposa, Sella, tuvo un hijo y una hija. Estos cuatro niños inventaron todos los oficios que hay en el mundo. El hijo mayor, Jabel, fundó el oficio de geometría dividiendo los rebaños de corderos y los terrenos en los campos, y fue el primero que construyó una casa de piedra y de madera, así como se halla mencionado en dicho capítulo. Su hermano Jubal fundó el oficio de músico, el canto vocal e instrumental, sea con el arpa o con el órgano. El tercer hermano, Tubalcaín, fundó el oficio de herrero, que trabaja el oro, la plata, el cobre, el hierro y el acero. En cuanto a la hija, fundó el oficio del tejido.

VI. Estos niños sabían bien que Dios se vengaría del pecado, sea por el fuego o por el agua. Por ello, escribieron los conocimientos que habían hallado en dos pilares de piedra de manera que se los pudiera encontrar después del diluvio de Noé. Una de las dos piedras era de mármol, a fin

de que resistiera al fuego; y la otra piedra era de lo que se llama ladrillo, a fin de que resistiera al agua.

VII. Nuestra intención es deciros verdaderamente cómo y de qué manera estas piedras fueron encontradas, así como los conocimientos que estaban escritos sobre ellas. El gran Hermarines, que era el hijo de Cube, que era hijo de Sem, el hijo de Noé (ese mismo Hermarines fue llamado más tarde Hermes, el padre de la sabiduría) encontró uno de los dos pilares de piedra y los conocimientos escritos en él y los enseñó a los demás hombres.

VIII. Durante la construcción de la torre de Babilonia, se hacía mucha masonería. El rey de Babilonia, que se llamaba Nemrod, era él mismo masón y amaba el oficio, como dice entre otros el maestro de las historias.

Cuando la ciudad de Nínive y las otras ciudades del este fueron construidas, Nemrod, el rey de Babilonia, envió allí masones a petición del rey de Nínive, su primo. Y cuando los envió, a partir de ese día les dio el deber así concebido: a saber, que deberían ser veraces uno con otro; y que deberían servir a su señor de acuerdo con su salario, de manera que su maestro pudiera obtener respeto y todo lo que le venga. Les dio muchos otros deberes; y fue la primera vez que todo masón tuvo un deber en su oficio.

IX. Además, cuando Abraham y su esposa Sara llegaron a Egipto, habló de las siete artes a los egipcios. Tuvo un alumno excelente que se llamaba Euclides, que aprendió muy bien y que fue maestro en todas las siete artes. En su época ocurrió que los señores y los Estados de su reino engendraron numerosos hijos, bien de sus esposas, bien de otras damas del reino, pues este país es caluroso y fértil en cuanto a la reproducción. No habían encontrado para sus hijos una manera válida de ganarse la vida, por lo cual tenían gran tristeza. Cuando el rey del país reunió en gran consejo al parlamento, a fin de saber cómo podrían hacer de sus hijos honestos gentileshombres, no encontraron ningún medio válido. Entonces ellos hicieron proclamar a través de todo el reino que, si había un hombre capaz de informarles, debería llegarse hasta ellos y sería recompensado de su viaje de modo que se placiera con ellos.

X. Cuando fue hecha esta proclamación, llegó entonces el excelente clérigo Euclides, quien dijo al rey y a todos sus grandes señores: «Si

tomo bajo mi mando a vuestros hijos yo les enseñaré una de las siete artes, gracias a la cual podrán vivir honestamente, como hacen los gentileshombres; a condición de que me den el poder de dirigirles conforme a las reglas del arte».

El rey y todo su consejo estuvieron de acuerdo al instante, y sellaron este pacto. Entonces este excelente clérigo tomó con él a los hijos de los señores y les enseñó el arte de la geometría por la práctica, es decir, a construir en piedra toda clase de las excelentes obras que se encuentran en la construcción de iglesias, de templos, de castillos, de torres, de casas y de todas las demás clases de construcciones.

XI. Les dio un deber así concebido. El primer punto era que debían ser fieles al rey y al señor al que sirvieran. Que deberían amarse mutuamente, y ser sinceros el uno con el otro.

Que deberían llamarse uno al otro compañero, o hermano, y no servidor, ni criado, ni con cualquier otro nombre vil. Que deberían merecer verdaderamente el salario que les pagara el señor o al maestro al que sirvieran. Que ordenarían al más sabio de entre ellos que fuera el maestro de obras, pero que ni por sentimiento, ni a causa de su linaje o riqueza, ni por hacer un favor, instalarían a otro, dotado de poca destreza, para ser el maestro de la obra mandada por un señor, pues este señor sería mal servido y ellos serían castigados. De manera que deberían llamar al director de los trabajos maestro durante el tiempo que con él trabajaran. Y muchos otros deberes de los que sería demasiado largo hablar. Con respecto a todos estos deberes les hizo prestar el juramento solemne que estaba en uso entre los hombres de esos tiempos. Les atribuyó un salario razonable, de modo que pudieran vivir honestamente. También les ordenó reunirse una vez al año en asamblea, a fin de que pudieran trabajar mejor y servir así tanto al interés de su señor como a su propia honorabilidad. Y corregir ellos mismos a quien hubiera ofendido el oficio.

De esta manera, el oficio fue establecido aquí. Y el excelente Euclides le dio el nombre de geometría, pues así es como ahora se llama en todos los países a la masonería.

XII. Mucho tiempo después, cuando los hijos de Israel penetraron en la tierra prometida, a la que a partir de ahora llamaremos el país de Jerusalén, el rey David comenzó a construir el templo que se llama Templo del Señor, y que entre nosotros llamamos Templo de Jerusalén.

Este mismo rey David amaba a los masones, y los quería mucho, y les dio un buen salario. Les dio también los deberes y costumbres que había aprendido en Egipto, aquellos dados por Euclides, así como muchos otros deberes de los que más adelante oiréis hablar. Tras la muerte del rey David, Salomón, su hijo, acabó el templo que su padre había comenzado. Mandó buscar a masones en distintas regiones y países, y reunió a tantos que llegó a haber 80.000 obreros talladores de piedra, y todos fueron llamados masones. Escogió a 3.000 de entre ellos, que fueron ordenados maestros y directores de esta obra.

XIII. Además hubo un rey de otra región a quien los hombres llamaban Hiram. Amaba bien al rey Salomón y le dio madera de construcción para su obra. Tenía un hijo que se llamaba Aynon; era maestro en geometría, fue el principal maestro de todos estos masones, y también de todos los grabadores y escultores, y de todo otro género de masones asociados al templo. Hay un testimonio de ello en la Biblia, en el cuarto libro de los Reyes, en el capítulo tercero. Este mismo Salomón confirmó a la vez los deberes y las costumbres que su padre había dado a los masones. Es así como este excelente oficio de masonería fue confirmado en la región de Jerusalén y en muchos otros reinos.

XIV. Artesanos curiosos recorrieron grandes distancias en diversos países, sea para aprender más destreza en su oficio, sea para enseñar a quienes poseían poca habilidad. Ocurrió entonces que hubo un curioso masón de nombre Naymus Grecus, que había estado en la construcción del Templo de Salomón. Llegó a Francia y allí enseñó el arte de la masonería a los hombres de Francia. Hubo alguien del linaje real de Francia que tenía por nombre Charles Martel. Era un hombre que amaba mucho el oficio, se juntó con ese Naymus Grecus, aprendió de él el oficio y se encargó de los deberes y de las costumbres. Después de esto, por la gracia de Dios, fue elegido para ser rey de Francia.

Cuando fue investido de tal estado, cogió a los masones y les ayudó a hacer masones de los hombres que no lo eran, y les puso a trabajar, y les dio a la vez los deberes y las costumbres, así como un buen salario, tal como había aprendido de otros masones. Confirmó su carta de año en año, les permitió tener su asamblea donde quisieran, y los quiso mucho. Es así como llegó a Francia el oficio.

XV. Inglaterra, durante todo este período, ignoró todo deber de masonería hasta el tiempo de san Albano. En su tiempo, el rey de Inglaterra, que era un pagano, construyó la ciudad que se llama Saint-Albans. San Albano era un excelente caballero y el intendente de la casa del rey; detentaba el gobierno del reino y también los muros de la ciudad. Amaba a los masones y los quería mucho. Hizo que se les pagara con gran justicia, según la costumbre del reino, pues les dio 2 chelines y 6 peniques por semana, más 3 peniques para animarlos. Antes de este tiempo, en todo el país, un masón no recibía más que un penique por día y la comida, hasta que san Albano corrigió esto. Les dio una carta real, les aconsejó tener un concilio general y que se le diera el nombre de asamblea. Él mismo acudió a ella, y les ayudó a formar masones, y les dio deberes de los que muy pronto oiréis hablar.

XVI. Después de la muerte de san Albano se produjeron distintas guerras entre Inglaterra y otros países, así que la buena regla de masonería se perdió hasta la época del rey Athelstan, que fue un excelente rey de Inglaterra. En todo este país aportó reposo y paz, y construyó muchas grandes obras: abadías, torres, y muchos otros edificios. Amaba mucho a los masones, y tuvo un hijo de nombre Edwin que amaba a los masones aún más que su padre. Fue un gran practicante de la geometría, y se reunía y hablaba mucho con los masones para aprender de ellos el oficio. Después, a causa del amor que tenía por los masones y por el oficio, fue hecho masón. Obtuvo de su padre el rey una carta y un consejo, que era el de tener cada año una asamblea allí donde quisieran en el reino de Inglaterra, a fin de que ellos mismos corrigieran las faltas y los abusos hechos en el oficio. Él mismo convocó una asamblea en York; hizo allí masones, les dio deberes, les enseñó las costumbres, les ordenó guardar siempre la regla. Les otorgó la carta y el consejo, y les hizo una ordenanza que debía ser renovada de rey en rey.

XVII. Cuando la asamblea estuvo reunida al completo, hizo una proclamación según la cual todos los masones jóvenes y viejos que poseyeran un escrito o luces sobre los deberes y costumbres que habían estado antaño en vigor en este país o en otro debían a partir de entonces aportarlos y mostrarlos.

Cuando esto tuvo lugar, se encontraron testimonios en francés, otros en griego, otros en inglés, y otros en más lenguas, y se comprobó que todos

tenían un mismo fin. Hizo un resumen mostrando cómo había sido creado el oficio. Propuso, y él mismo ordenó que se leyera en silencio o en voz alta cuanto debía de hacer un masón, a fin de comunicarle su deber. A partir de este día, y hasta hoy, las costumbres de los masones han sido conservadas en la medida en que los hombres podían imponerlas tal como eran. Además, en diversas asambleas se concibieron y promulgaron otros deberes para el mejor consejo de maestros y compañeros.

XVIII. Entonces uno de los más antiguos sostiene el libro, y aquel o aquellos a quienes se recibe apoya su mano sobre el libro, y deben leerse los preceptos.

Todo hombre que es masón observa con gran cuidado estos deberes. Si un hombre se considera a sí mismo culpable en cuanto a uno de estos deberes, se corrige a sí mismo ante Dios. En particular, aquellos que están encargados de responsabilidades tienen cuidado de poder guardar estos deberes con gran exactitud, ya que es un gran peligro para un hombre jurar sobre un libro.

XIX. El primer deber es este: que seréis hombres leales a Dios y a la santa Iglesia; y que no caeréis en el error ni en la herejía, sea por vuestro juicio, sea por vuestras acciones, sino que seréis hombres discretos y sabios en todo.

Además, que seréis verdaderos hombres fieles al rey de Inglaterra, sin traición ni falsedad; y que no cometeréis traición ni trampa, y que, a menos de corregiros en privado si podéis, advertiréis al rey o a su consejo.

Además, que cada uno será sincero con el otro, es decir, que con todo masón del oficio de la masonería que tiene derecho a ejercerlo actuaréis como quisierais que él actuara con vosotros.

Además, que seguiréis todos los consejos de vuestros compañeros con lealtad, sea en logia o en la cámara, así como todos los demás consejos que deberían ser guardados con respecto a la masonería.

Además, que ningún masón será un ladrón, a partir de este día y durante tanto tiempo como pueda comprenderlo o ser advertido.

Además, que cada uno será sincero con el otro, así como con el señor o el maestro al que sirváis, y velaréis lealmente por su interés y su beneficio.

Además, que llamaréis a los masones compañeros o Hermanos, y no con otras denominaciones viles.

Además, que no abusaréis de la esposa de vuestro hermano como bribones, ni desearéis de manera impía a su hija ni a su sirvienta, y no atraeréis hacia él la vergüenza.

Además, que pagaréis lealmente vuestra comida y vuestra bebida allá donde vayáis a comer.

Además, que no cometeréis ninguna atrocidad en el lugar donde estéis alojados, pues el oficio podría ser calumniado.

XX. Estos son los deberes generales que toca guardar a todo masón sincero, incluidos los maestros y compañeros. Voy a enunciar otros deberes, estos particulares, reservados a los maestros y compañeros.

En primer lugar, que ningún maestro o compañero tomará para sí el trabajo de un señor, ni el trabajo de otro hombre, a menos de que se sepa capaz y suficientemente hábil para acabarlo, de manera que el oficio no sea calumniado ni deshonrado, sino que el señor pueda ser bien y fielmente servido.

Igualmente, que ningún maestro se encargará de un trabajo a menos de hacerlo con razón, de manera que el señor pueda ser bien servido, conforme a lo que se le debe, y que el maestro pueda vivir honestamente y pagar a sus compañeros el salario que les corresponde, como es costumbre.

Igualmente, que ningún maestro o compañero suplantará a otro en su trabajo; es decir que, si ha tomado un trabajo o es el maestro de obra de un señor, no abandonará su obra salvo en el caso de que sea incapaz de conducirla a buen fin.

Igualmente, que ningún maestro o compañero tomará aprendiz por una duración inferior a siete años. Además, el aprendiz debe estar en posesión de sus medios naturales, es decir, nacido libre, y físicamente íntegro, como todo hombre debiera serlo.

Igualmente, que ningún maestro o compañero tendrá autorización para hacer masones sin el acuerdo y el parecer de sus compañeros. Será contratado por un tiempo no inferior a seis o siete años. Y aquel que será hecho masón debe estar en posesión de todas sus facultades a todos los niveles, es decir, ser nacido libre, de buena familia, honrado, y no siervo.

Debe tener también los miembros íntegros, como todo hombre debiera tenerlos.

Igualmente, que ningún masón tomará aprendiz a menos de tener suficientes ocupaciones que darle, y de tener trabajo para tres o al menos dos compañeros.

Igualmente, que ningún maestro o compañero tomará parte en el trabajo de un hombre que esté ausente a causa de un viaje.

Igualmente, que todo maestro dará su paga a sus compañeros según lo merezcan, de manera que no sea defraudado por los malos obreros.

Igualmente, que ningún maestro calumniará a otro a sus espaldas, a fin de hacerle perder su buena reputación o sus bienes temporales.

Igualmente, que ningún compañero, sea en la logia o fuera de ella, responderá mal a otro de manera impía o haciéndole reproches, salvo si es por una causa razonable.

Igualmente, que todo masón saludará a su superior, y le mostrará respeto.

Igualmente, que ningún masón se acostumbrará a los juegos de azar, o a los dados o a otros juegos desleales, pues el oficio podría ser calumniado.

Igualmente, que ningún masón se dará a los excesos o a la impudicia, pues el oficio podría ser calumniado.

Igualmente, que ningún compañero llegará a la ciudad de noche cerrada para ir a una logia de compañeros si no va acompañado por otro. Esto dará testimonio en su favor si se le viera en lugares deshonestos.

Igualmente, que todo maestro o compañero se llegará a la asamblea si esta se celebra a 50 millas, si ha sido avisado, o si ha cometido un abuso perjudicial al oficio, así como para recibir lo que los maestros y compañeros deben concederle.

Igualmente, que todo maestro o compañero que haya cometido una falta en el oficio acatará la sanción de los maestros y compañeros, y estos se pondrán de acuerdo si pueden; pero si no pueden ponerse de acuerdo, se recurrirá a la justicia pública.

Igualmente, que ningún maestro o compañero fabricará molde, escuadra ni regla a fin de establecer los cimientos; y no deberá tampoco poner un pavimento, sea en la logia o fuera de ella, con objeto de tallar así piedras no escuadradas.

Igualmente, que todo masón recibirá y querrá a los compañeros extranjeros que arriben a la región, y les dará trabajo como es costumbre, es decir, que les pondrán en su sitio las piedras talladas; de lo contrario, le dará el suficiente dinero para que puedan acercarse a la logia más cercana.

Igualmente, que todo masón servirá fielmente al señor a cambio de su salario. Y todo maestro conducirá lealmente a buen fin su obra, sea a destajo o de viaje, si tiene vuestras órdenes y todo lo que sus obreros deberían tener.

Estos deberes que os acabamos de repetir, y todo lo que pertenece además a los masones, los guardaréis, y que Dios os ayude y os santifique por este libro que tenéis en las manos, en la medida de vuestros medios. Amén.

INICIANDO
A SUS DISCÍPULOS

Los masones fueron muy pocos en un principio. Se dice que sólo hubo cuatro logias en todo el mundo. Pero un golpe de suerte iba a cambiar el destino de estos señores. Miembros de la Sociedad real, de la nobleza, de la política y de las letras solicitan su entrada en algunos grupos. Y estos, como siempre suele ocurrir, arrastran tras de sí a muchas personas, unas acuden para beneficiarse personalmente de tan altas amistades, y otras con verdadera vocación.

La creación de sus logias, como hemos visto anteriormente, fue una copia casi exacta del antiguo gremio, y sus ritos y grados muy parecidos a los que antes hemos dado ampliamente a conocer. Pues si los gremios se unieron por el gran fervor religioso que a todos caracterizaba, las logias no le fueron a la zaga.

Por la pluma de Arthur E. Powell podemos saber lo siguiente:

> La Logia se basa en la apertura de la Biblia y significa que todo el pasado conocimiento y toda la experiencia se han aportado al campo de la acción, para su futuro empleo; que la acumulada sabiduría de los siglos tal como se encuentra escrita en la Biblia está depositada en la Logia por si es necesaria, y que los eternos símbolos de la escuadra y del círculo se encuentran ante nuestros ojos para regular nuestras acciones y mantenernos dentro de los debidos límites con todos los hombres. También se nos recuerda que todo cuanto somos y conocemos procede únicamente de Dios, único origen de la luz y de la vida, y que toda acción no es sino manifestación del verbo de Dios…

Y para ver hasta qué punto tomaron la Biblia como única referencia, tal y como ya hicieran los gremios de constructores que existieron por toda la Europa cristiana, vamos a transcribir, también íntegramente, un manuscrito que fue escrito en el año 1737[2], titulado: «La masonería según las escrituras», que contestará ampliamente a nuestras interrogantes:

> DEDICATORIA
>
> Al muy respetable gran maestro de la antigua y honorable sociedad de los masones libres y aceptados, este texto está a él dedicado por el más humilde y obediente servidor de su señor. El autor.

Por lo tanto, el Señor, el Ser eterno, dice así: He aquí que yo fundo en Sión una piedra, piedra de fortaleza, piedra angular, escogida, sólidamente cimentada... *Haré del derecho un cordel, y de la justicia un nivel* (Is. 28, 16-17).

Habiendo ordenado el edificio del universo en número, peso y medida, y habiendo echado los cimientos del mundo, Dios nuestro muy sabio maestro desplegó el cordel sobre sí, y, como dice Job, lo suspendió en el vacío por medio de una misteriosa geometría. Se convirtió así en la imagen sensible de la masonería divina, cuyo eterno plan, cuyo modelo arquetípico, era el objeto de su sabiduría y de su inmenso conocimiento antes de que el mundo fuera. Todo lo hizo gracias a su Hijo, que le era fiel en todos los asuntos de su Casa, y distribuyó a sus obreros y servidores sus tareas y sus pagas. Nada cumplió Dios sin trazado, sin modelo en su decreto oculto, que secretamente guarda al abrigo de las miradas humanas. Pues sus caminos son insondables; sus pasos son ignorados; ¿quién ha comprendido al Espíritu del Señor, o quién ha sido su consejero? Las huellas de su omnipotente providencia subsisten en el jardín de la noche; Él mismo habita en una luz inaccesible; pasa a nuestro lado y no le vemos.

El masón celestial es un excelente obrero; pero ¿quién puede dar cuenta de la manera como engendra, de su nombre o del nombre de su Hijo? Él, cuyas primeras actuaciones tuvieron lugar hace tanto tiempo, es invisible como el camino de un águila en el aire, como la aguja de un reloj de sol a mediodía, o como la revolución silenciosa de la gran rueda del mundo, hasta que él alcance el punto final en que el edificio deberá ser derribado, y su materia dispersada en la región del infinito.

En Heb. 11, 10. Dios es llamado el constructor de la ciudad y de sus fundaciones.

Se le describe ciñéndose él mismo de fuerza, apoyando un compás sobre la superficie del abismo, desplegando los cielos como un pabellón, y afirmando la tierra sobre sus pilares; fijando el número de las estrellas, llamándolas a todas por sus nombres; construyendo las cámaras del sur bajo la bóveda del firmamento; pesando las colinas y las montañas en los platillos de una balanza. Además, dice David, su secreto no es sino para

aquellos que le temen; a ellos mostrará su pacto. Si obráis con rectitud, ¿no seréis aceptados? dice Dios. En cada nación, aquel que teme a Dios y obra rectamente es admitido por él. Pero ¿puede un hombre hacer salir lo limpio de lo que está sucio? Nadie llega al ungido, al constructor de la Casa, si el Padre no le conduce hasta su enviado. Debe ser fiel a la obligación cristiana que ha prometido; debe observar las reglas particulares de la compañía y de la santa comunión, vivir en el amor fraterno, separado del mundo y sin conformarse a él. Debe edificarse a sí mismo y edificar a los demás como piedras vivientes, según el mandamiento de su maestro, en todo lo que es digno de elogio, y debe esperar a la Jerusalén de lo alto, cuyos muros son de piedras preciosas, y su pavimento de oro puro.

El Libro de Dios, su voluntad y sus obras son los modelos de la masonería sagrada. Está llena de sublimes misterios, no comunicados a todos. No todos toman parte en el Espíritu de Dios, sólo son hermanos de la santa liga aquellos que han recibido la adopción para poder decir Abba, Padre. No tengas miedo, pequeño rebaño, dice el ungido, yo te he escogido y retirado del mundo, que no me conoce a mí ni conoce al Padre; pero yo le conozco, y te lo he mostrado. ¿Puede darse a una compañía decreto más elevado y venerable que los emblemas y las imágenes de la comunión, que están colocados tan comprimidos en el volumen del Espíritu Santo como las estrellas que centellean alegremente en la bóveda del cielo? Somos llamados el edificio de Dios, su obra, su templo, su morada, a la que ha prometido volver, y ha fijado su domicilio entre nosotros.

Caín no fue aceptado porque abatió a su hermano. Una lección para todos los hombres fieles y benévolos: construyó una ciudad que, al no estar hecha con justicia y virtud, no fue masonería; la moralidad y la piedad son tan esenciales a la ciudad como la arquitectura. Los constructores de Babel fueron dispersados, ya que no poseían ni los signos de la verdadera masonería ni el espíritu que la caracteriza. Nuestros padres antes del diluvio vivían en tiendas, imagen del tabernáculo de la ley y del deseo de nuestro Señor de erigir su tienda con nosotros en el Evangelio, y de conducirnos a su Casa sobre el monte Sion, construida en la roca eterna. La estructura de estas tiendas fue el primer punto exterior de la masonería sagrada en ser inventado. San

Pablo, el gran doctor de las naciones, y de esta isla, como insinúa Clemente, era un fabricante de tiendas, tal como leemos en el libro de los Hechos. Dios es el Padre de las luces, el autor de todo bien y de todo don perfecto, y entre otros dones el de la masonería es un talento divino. Moisés dice de Betsael en Ex. 25 que Dios lo llenó de su Espíritu de sabiduría, de inteligencia, de conocimiento en toda clase de obras. Noé construyó el arca siguiendo las instrucciones del maestro celestial. Moisés hizo todo el exterior del edificio guardando la Ley según el modelo mostrado en la montaña. Y nosotros asentamos los mejores cimientos, lo más profundamente, en la humildad, ofreciendo nuestra habilidad a Dios y a su gloria; así, el alma construye con la mirada puesta en el cielo, sin correr el riesgo de la confusión de una segunda Babel.

¿Qué decir de los pilares de Seth, de la construcción de Babilonia por Nemrod, del templo, del trono, de la flota y de los palacios de Salomón, del complejo de Tamar en el desierto, cuyas asombrosas ruinas todavía subsisten, del templo de Diana en Éfeso, de las estatuas y las imágenes de Nabucodonosor y otros, de la reconstrucción del templo por Ciro y Herodes, de las galerías y los patios del palacio de Assuerus, que el libro de Esther describe ornado de columnas de mármol, y dotado de capas de oro y de láminas de alabastro incrustadas de esmeraldas? Todos estos ejemplos de esta sublime ciencia, y otros que igualmente se encuentran en los escritos inspirados, son una fuente continua de elogios para ella, y citarlos todos se convertiría en una fastidiosa repetición.

Permitidme más bien ilustrar y afinar el proyecto de esta ciencia profundizando en los ejemplos que ofrece la Escritura. Señaladas sociedades, formadas según los principios de la sabiduría, de la virtud y de la bondad, que no comunican enteramente su medio de unión, su misterio específico a nadie más que a sus miembros, son y han sido siempre una práctica de todos los tiempos y naciones. Dice Dios: he amado a Jacob, y a Esaú le he odiado, es decir: he aceptado y preferido a uno antes que a otro. De hecho, Dios hizo de la raza de Abraham una sociedad elegida, un pueblo particular que debería ser la regla de la masonería. David comprendió que no había actuado así con ningún otro pueblo, y que los paganos no tenían conocimiento de sus leyes. Estas últimas eran el secreto de la comunidad judía, y estaban asociadas en el culto judío a símbolos y a signos sensibles. Además, nadie, excepto el

sumo sacerdote una vez al año, podía penetrar en el Santo de los santos; nadie más que él podía pronunciar el nombre de Dios, estatuir sobre los leprosos, probar las aguas de los cielos, responder por los Urîm y los Toumîm, y cumplir otras funciones propias. Estos son secretos ignorados por las naciones. ¿Hubo entre las naciones reyes que poseyeran estas leyes y esta inteligencia? Y la ley, el culto y el arca, eran signos exteriores del modo de unirse.

La primera comunicación de Dios al hombre fue una regla particular, asociada al signo del árbol del conocimiento del bien y del mal. Adán fue expulsado del jardín por haber roto su obligación; el arco iris fue para Noé y su posteridad un signo del nuevo pacto de Dios. La Ley y el Evangelio son pactos que incluyen obligaciones. Los signos dados a Abraham eran la circuncisión y la aparición de los mensajeros. Los patriarcas y sus familias formaban una sociedad separada del mundo y agradable a Dios, que poseía los signos de su palabra y un sacrificio no comunicado a los paganos, aunque imitado por ellos. La perfección de la Ley y la obra de santificación fueron hasta entonces en gran medida exactas.

Moisés fue instruido en toda la sabiduría de los egipcios, y en particular en el dominio de la masonería. Él, Jacob y los demás tenían visiones y revelaciones, no acordadas al mundo, y sus prosélitos debían jurar su obligación antes de poder ser aceptados. Buscaban una ciudad permanente no hecha por mano de hombre, aunque el velo sobre el rostro de Moisés probaba que existían misterios que todavía no habían sido revelados. De esta tradición recibieron los paganos su propia doctrina, reservada sólo a los iniciados. El Credo era antiguamente una palabra, una prueba entre dos cristianos destinada a permitir que se reconocieran en todo lugar. Se le llamó después un símbolo, un signo; otros signos eran las ceremonias exteriores.

Desde la antigüedad hasta este día no se permite a los catecúmenos penetrar enseguida en todo lo que concierne al cristianismo; hay todavía una doctrina oculta en las revelaciones, los profetas y otros libros, y la primera noción de los escritos apocalípticos no estaba, como tampoco está, indiferentemente abierta a todos.

En sus instrucciones, san Pablo establece una distinción entre la leche y el alimento sólido, así como hace una distinción entre los principios y la

perfección. El ungido enseñaba mediante parábolas a un pequeño número de discípulos. La Iglesia del ungido es una sociedad de masonería espiritual, escogida en el mundo, que se comunica con signos exteriores y que asiste a misterios. Ella tiene efectos discernibles con el ojo espiritual, no por el hombre natural. Se le llama casa, construcción; el ungido es la piedra angular, y los apóstoles los cimientos. Subsiste gracias a la edificación de sus miembros, es el único edificio bien concebido, y este es todo el trabajo de la vida cristiana que expresa el término de masonería. El ungido tenía muchas cosas que decir a sus discípulos, pero en su tiempo no podían entenderlas, y nosotros todavía miramos a través de un cristal opaco. Hay misterios en la Iglesia del ungido, el maestro masón que negó a los fariseos el signo que otorgó a los apóstoles. Sus instrucciones son excelentes, tanto en el plano de la moral como en el de la inteligencia de esta última. De muchos círculos trazados uno dentro de otro, el último es el más cercano al centro. Igualmente, la grandeza y la vida pública no son pruebas de beatitud, y el último puede ser el mayor en el reino de Dios. La firmeza del símbolo de la escuadra nos enseña que la verdadera sabiduría no debe ser quebrantada; y el nivel nos enseña que el corazón sigue siempre sus inclinaciones sin alcanzar un enderezamiento, que jamás es igual, y por ello no encontramos aquí abajo ni reposo completo ni satisfacción.

Una regla que intenta ser justa nos prohíbe abandonar nuestra razón por nuestras pasiones, y nos obliga a conservar la regulación ejercida por el juicio. El corte de las rocas con el cincel nos enseña que el arte y la industria superarán las dificultades. Un ingenio hidráulico nos enseña que el pecado nos obliga a compensar nuestra labor con nuestras lágrimas. Una rueda que no mueve a ninguna otra a menos de ser ella misma movida nos muestra que nuestro propio corazón debería estar preparado ante los sentimientos que queremos inspirar, y que deberíamos amar a Dios para poder ser amados. Una pirámide nos muestra que deberíamos, aunque aparentemente fijados en el suelo, aspirar al cielo. Una columna nos muestra que los inferiores son el soporte de los superiores, un templo que estamos dedicados a la virtud y al honor. Un compás que traza un círculo de un solo trazo muestra que una acción puede tener consecuencias sin fin, tanto en el bien como en el mal. Y el hecho de que una columna invertida parezca más grande en su parte inferior nos enseña

que el Espíritu también reside en la adversidad y en la muerte, que las aflicciones deberían animarnos, y que la pérdida de la vida debería recordarnos una gozosa resurrección.

Hay un principio vital emanado de Dios en esas piedras y esos minerales que son la materia primera de la masonería. Dios es todo en todos. Pero, así como los ojos de los apóstoles estaban constreñidos a no poder reconocer a nuestro Señor en su cuerpo espiritual, sólo un pequeño número es capaz de discernir el fuego interior de la tierra cuando madura los frutos de este elemento, así como los minerales utilizados en la construcción y en la vida cotidiana, y que exhala constantemente un vapor que san Juan comparaba con la hoguera y el humo del infierno. Oremos para que la voluntad de Dios pueda realizarse sobre la tierra como en el cielo, que la energía y las potencias de la naturaleza puedan subsistir gracias a su presencia, con respecto a la cual David declara que nada podría disimularla. La sal de la tierra nutre a las piedras, como el maná alimentó a los israelitas en el desierto. De ahí viene que los adeptos nos enseñen que esta sal es llamada con el nombre de Dios, éheyeh, Yo soy, que es el autor y la vida de esta sal, así como esta lo es de otros seres. San Juan, cuya Revelación es el programa de la masonería espiritual, conocía la piedra blanca, y vio al Hijo de Dios ciñendo alrededor de su pecho un cinturón de oro.

El número 3 aparece de manera señalada en el Libro de Dios para ilustrar la Trinidad: el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo; está el cuerpo, el alma y el espíritu; el hebreo, el griego y el latín puestos encima de la cruz; Santo, santo, santo, dicen los serafines; está el día en que Jesús trabaja, aquel en que descansa y aquel en que volverá a trabajar; Job, Daniel y Noé, los tres profetas que se habrían salvado juntos; Eliphaz, Sophar y Bildad; Ananías, Azarías y Misaël, Shem, Ham y Japhet. También los tres hijos de Adán más conocidos, que eran Abel, Caín y Seth; están además los de Terah, de quienes hemos recibido las promesas, Haran, Nahor y Abram. En fin, tres ángeles aparecieron; tres joyas adornadas de piedras preciosas se hallaban sobre el pecho de Aarón; tres letras componen la raíz de cada palabra hebrea; tres veces al año los judíos debían acercarse a Jerusalén; tres días durante los cuales Jonás estuvo en la ballena, y el ungido en la tumba. Hay tres Juanes: el

Bautista, el Evangelista, y Marcos, sin contar con que hay otros Marcos distintos a este.

Por su parte, el número 7 era el del día del sabbat, cuando el Creador descansó de sus obras; 7 es el número del jubileo, del año de gracia; los siete ojos de Dios son mencionados, así como los siete brazos del candelabro del templo; está el libro de los siete sellos, y siete ángeles, los siete meses de la construcción del tabernáculo. El templo fue construido en siete años. La sabiduría séptuple y la providencia de Dios se muestran en sus acciones. La Pascua se celebra siete veces siete días antes del don de la Ley. Este es un ejemplo de la presencia de los números más perfectos en la Biblia.

Jeremías recibió la orden de construir y de demoler. Fue para disuadir la impiedad, el signo del riesgo de que se construya para ver a otro habitar, o de que el Señor abandone el edificio a la desolación. Las piedras del muro gritaron contra la opresión y la injusticia. Es un estímulo al deber, y el signo de que la palabra de Dios es capaz de construirnos en derechura, y también el signo de que probará la obra de cada hombre mediante el fuego, para demostrar que no se puede poner cimiento distinto de aquel del cual él mismo es el fundamento, el ungido salvador. Es un aliento a la caridad, a que seamos edificados juntos para convertirnos en una morada de Dios en el Espíritu, y a que mantengamos firme la profesión de nuestra fe hasta que la piedra rechazada por los constructores se haya convertido en cabeza de ángulo. Es un estimulante para la obediencia saber que aquel que ha construido todas las cosas es Dios.

La palabra masón, que es una de las últimas palabras exotéricas (el nombre trascendente, el nombre sagrado, es menos conocido y no puede ser verdaderamente pronunciado más que por los iluminados) viene del francés maison, que significa casa. Somos la morada del ungido, dice el apóstol en Heb. 3, 6. El Señor construyó Jerusalén, dice David en el salmo 147, 2. Ha trazado un camino hacia ella. El ungido es el camino en Jn. 14, 6. Abre la puerta que introduce; el ungido es la puerta en Mt. 7, 13; y nos regala en su morada con su cuerpo y su sangre los frutos de la rectitud. No os enorgullezcáis, dice el ungido, de tener a Abram por Padre, pues Dios es capaz de hacer brotar hijos de Abram de estas piedras. El ungido es llamado por el apóstol el peñasco espiritual, y la conversión de nuestros corazones de piedra en corazones de carne es el

efecto de su redención, que nos aporta para nuestro arrepentimiento. Dice en Jn. 14, 2: En la casa de mi Padre hay muchas moradas. Morada viene de maneo, morar, que sugiere un objetivo a alcanzar cuando se es miembro de la logia celestial. Muchas iglesias y condiciones particulares son etapas en el camino que conduce a la casa que ningún terremoto puede destruir y que ninguna tempestad puede sumergir. Lo que era de su Padre también era suyo. Todo lo que posee el Padre me pertenece, dice el ungido; y es como si nuestros bienes también fueran suyos. En la esperanza de ello, los elegidos, aquellos que son aceptados, siempre se han lamentado: ¡Desgracia a mí, por residir en Mechek y habitar entre las tiendas de Kedar!

Por su parte, una temible representación de la logia celestial (Gen. 28, 16) arrancó a Jacob esta exclamación: Esto no es sino una casa de Dios, y es la puerta del cielo. ¡Álzate! dijo Dios, he puesto ante ti una puerta abierta que nadie puede cerrar (Ap. 3, 8). La Iglesia es la Casa de Dios, y está en todas partes. Job la encontró en la tierra, Ezequías en su lecho de muerte, Jeremías en su celda, Jonás en el mar, Daniel en la fosa, los tres niños en la hoguera ardiente, Pedro y Pablo en la prisión, el ladrón en la cruz. El cuerpo, llamado templo del Espíritu Santo, debe ser reconstruido en la resurrección en vistas a la adoración durante el reposo eterno. La Iglesia, la Casa de Dios, era antaño llamada, dice el Doctor Donne, el famoso deán de Saint-Paul, oratorio porque se pedían a la providencia divina las cosas necesarias. Pues vanos son nuestros esfuerzos sin su asistencia. A menos que el Señor construya la Casa, los obreros trabajarán en vano, dice David.

Y Mt. 21, 44: Aquel que caiga sobre esta piedra fracasará, y aquel sobre el cual caiga, ella le triturará. Aquel que ofenda al ungido, la piedra sobre la que se apoyó Jacob será confundido. Y si en el juicio ella cae sobre el delincuente, su peso le aplastará más fuertemente a como la piedra de David aplastó la frente de Goliat, y le destruirá incluso más que la tumba.

Así como los lugares santos del templo de Diana fueron preservados, así nosotros somos un modelo de lo divino. Aunque los cielos de los cielos no puedan contenerle, se aloja en un corazón contrito. David rezó para tener un frenillo sobre el umbral de sus labios. El hombre interior es el lugar santo, el coro, y las bellas cualidades son sus tesoros y sus ornamentos. El santo de los santos es la conciencia arrepentida, en la que

la fe y la caridad son dos querubines que recubren la misericordia de las sillas. Aquí está el oráculo divino, el Dios de quien dan testimonio nuestros espíritus que son sus hijos. Sólo el gran sacerdote, el salvador, puede entrar aquí y contentarnos.

Aquí se encuentra el arca de la Ley, el maná del perdón y de la consolación, el candelabro dorado del entendimiento iluminado, los panes de la rememoración, el velo de la rectitud, con el que el salvador oculta nuestros defectos; las columnas, los utensilios, las decoraciones, son la verdad y la justicia, ornamentos de un espíritu bien dispuesto, que son de gran valor ante los ojos de Dios.

Las elevaciones de este género a partir de la Escritura son infinitas. No hay un aspecto de la masonería, desde el porche hasta las murallas, del umbral y del dintel asperjado contra el mal mensajero, hasta la cámara elevada donde los apóstoles se reúnen; no hay un instrumento, desde el hacha que Eliseo ordenó recuperar hasta la plomada del profeta, ni una figura, desde la línea hasta el círculo de los cielos, que no estén santificados por una mención expresada en la lengua de Canaan. Y la referencia a la totalidad de este sistema, en cualquier sociedad, está autorizada por los muchos paralelos que se encuentran en la tribuna sagrada de la Escritura.

Pero en el momento de la consumación de todas las cosas, la ciudad de nuestro Dios tiene doce puertas para que los elegidos penetren por el este, por el oeste, por el norte y por el sur, a fin de residir en el reino de Dios. La puerta estrecha es el pasaje a lo que se llama belleza, por el cual entraremos en el corazón al son de la alabanza.

Es así como David prefería ser guardián del umbral antes que habitar en las tiendas de la perversidad. La condición para poder pasar esta puerta es creer en el salvador; los dos senderos ascendentes laterales son la paciencia y la inocencia; el techo es la caridad. Permaneced firmes en la fe, dice san Pablo. De aquí viene que la Iglesia tienda a que la fe sea llamada pilar y fundamento de la verdad. La entrada de este jardín está guardada por la espada flamígera de la justicia divina. El muro del recinto no puede ser medido más que por la caña del ángel. Es un secreto para la razón humana. Por siempre está en la cumbre de las colinas eternas. Aquellos que las frecuentan son justos y perfectos.

Ser, en virtud de la obligación cristiana, miembros libres de esta ciudad consiste, como Agustín decía de Roma, en exaltar la arcilla como si fuera mármol, y en revestirnos de nuestra Casa de lo alto, que en los cielos es eterna.

GENEALOGÍA

En la época del mayor esplendor masónico que se ha conocido en la historia, entran a formar parte en las logias de todo el mundo miembros de mucha importancia. España no se queda atrás. Y para verlo, vamos a mostrar ahora una lista que hemos obtenido de una página web sobre francmasonería, cuyo título es «Escuadra y Compás», que nos da a conocer por orden alfabético masones españoles que vivieron en aquellas rutilantes fechas.

Abarca de Bolea, Pedro Pablo, Conde de Aranda
(1719-98)

Diplomático, Capitán General y político. Fue embajador en Lisboa, Varsovia y París. Como ministro de Carlos III abolió la tasa de granos, creó los diputados y personeros del común, dividió Madrid en barrios, hermoseó el Retiro, creó el Prado y atendió al gasto permitiendo los bailes de máscaras.

Alcalá Galiano, Antonio (1789-1865)

Político y diputado liberal reconocido como gran orador. Fue intendente y diputado por Córdoba, Comisario regio del Banco de San Fernando y ministro de Fomento con Narváez. Fue también reconocido como escritor.

Álvarez Mendizabal, Juan (1790-1853)

Político liberal fue alcalde de Madrid y en tres ocasiones ministro de Hacienda. Su fama proviene de la famosa «desamortización de Mendizabal», que incluía la venta de bienes de las comunidades religiosas para intentar paliar la desastrosa situación del erario. No lo consiguió, pero sus ideas fueron de gran influencia política en todo el siglo XIX.

Argüelles, Agustín (1776-1844)

Diputado de las Cortes de Cádiz de las que fue su presidente, destacó por sus discursos en favor de la libertad de prensa y contra la Inquisición. Posteriormente fue ministro de Interior, presidente del Congreso y tutor de la Reina Isabel II.

Badía i Leblich, Domingo, Ali-Bey (1766-1818)

Viajero y geógrafo. Aventurero en Africa y Asia aprendió el árabe y las costumbres islámicas para a principios del siglo XIX iniciar la introducción diplomática de España en el mundo árabe. Se hizo pasar por Alí-Bey-el-Abbasí, descendiente de los antiguos abasidas. Visitó todo el Magreb, Chipre, Egipto, Siria, Jerusalén y llegó hasta la Meca. A su vuelta fue partidario de José Bonaparte del que fue su Intendente. Como literato escribió las memorias de sus viajes.

Bardaxí y Azara, Eusebio (1776-1844)

Político y diplomático. Fue ministro de Estado y presidente del gobierno liberal con la regente María Cristina. Fue colegial de Bolonia.

Becerra, Manuel (1823-1898)

Político que fue ministro con Amadeo I, Alfonso XII durante la Regencia.

Calatrava, José María (1781-1847)

Político liberal y magistrado, fue diputado en las Cortes de Cádiz. Fue perseguido y encarcelado con la llegada de los absolutistas de Fernando VII. Durante el gobierno liberal de 1820 fue ministro de Gracia y Justicia. Fue presidente del Consejo de ministros y presidente del Tribunal Supremo de Justicia.

Canga Argüelles, José, Conde de Canga (1770-1843)

Político liberal, fue ministro de Hacienda en el gabinete de 1820. Escribió dos obras muy reconocidas internacionalmente en su época, «Elementos de la Ciencia de Hacienda» y «El Diccionario de la Hacienda».

Castaños y Aragoní, Fco. Javier, Duque de Bailén (1756-1852)

General que venció a las tropas napoleónicas en la batalla de Bailén (1809). Miembro de las Cortes de Cádiz. Presidió al finalizar la guerra de la Independencia el Consejo de Estado y las Cortes.

Castelar y Ripoll, Emilio (1832-99)

Político de famosa oratoria, fue la cabeza del sector posibilista republicano. Catedrático de Historia de España de la Universidad Central de Madrid, dirigió el periódico «La Democracia». Tras la revolución de 1868 fue ministro de Estado, aboliendo en su mandato la esclavitud en Puerto Rico, asumiendo poco después la presidencia de la I República hasta su caída. Fue también novelista.

Cea Bermúdez, Francisco (1772-1850)

Político y diplomático. Diputado por las Cortes de Cádiz, fue enviado a Moscú para estudiar la Constitución Rusa de 1812, siendo nombrado encargado de Negocios y posteriormente embajador ante la corte del Zar. Fue también embajador en Constantinopla y Londres. Con la llegada de los liberales en 1824 fue ministro de Estado y de Justicia.

Espartero, Baldomero (1793-1879)

Participó como militar en la Guerra de la Independencia, la campaña de América y las guerras carlistas. Fue senador y regente hasta la coronación

de Isabel II, siendo posteriormente nombrado presidente del Consejo de ministros.

Espoz y Mina, Francisco (1781-1836)

Militar famoso por sus actividades guerrilleras durante la Guerra de Independencia. Su inclinación por el bando liberal con el retorno de Fernando VII le costó el exilio. Volvió con la llegada al poder de los liberales participando en la guerra carlista como jefe del Ejército Liberal del Norte.

Espronceda y Delgado, José de (1808-1842)

Poeta y escritor romántico, toda su vida y poesía se presenta como símbolo del ansia de libertad y del inconformismo romántico. Muy joven se unió a la Masonería y a la sociedad secreta «los numantinos», lo que le costó ser detenido y encerrado para tener que exiliarse en Lisboa, Londres y París, donde entra en contacto con los movimientos románticos. Su poema más famoso es La canción del Pirata, aunque se reconoce como obra más ambiciosa su novela «El Diablo Mundo».

Fernández de Moratín, Leandro (1760-1828)

Poeta, autor dramático y erudito español, obtuvo dos premios de la Real Academia de la Lengua. Viajo a Francia —donde pudo presenciar los acontecimientos de la Revolución—, Inglaterra e Italia. Fue bibliotecario de José Bonaparte. A la Llegada de Fernando VII tuvo que huir a Francia donde murió. Su obra de teatro más conocida es «El sí de las niñas».

Figueras y Moragas, Estanislao (1819-82)

Político y abogado, se unió inicialmente al Partido Progresista, del que fue Diputado por Tarragona, para unirse posteriormente a la dirección del Partido republicano de Castelar y de Pí i Margall. Fue el primer presidente de la I República.

Istúriz, Francisco Javier (1790-1871)

Político liberal. Presidente de las Cortes durante el trienio liberal y jefe de gobierno durante la Regencia de María Cristina y con Isabel II. Pasó gran parte de su vida desterrado en Londres durante los periodos que no estuvo al lado del poder establecido.

Jovellanos y Ramírez, Melchor Gaspar de (1744-1811)

Jurista y ministro de Justicia. Durante la ocupación francesa rechazó la propuesta de José Bonaparte de ser ministro de Interior. Fue miembro de la

Academia de la Historia, de Nobles Artes de San Fernando y de la Lengua Española.

Lacy, Luis de (1775-1817)

Militar que combatió en la guerra de Independencia. Sus ideas liberales y el apoyo al golpe constitucionalista de los hermanos Milans del Bosch le llevó a morir fusilado.

Letamendi, José de (1828-1897)

Catedrático de Anatomía de la Universidad de Barcelona y de Patología general en Madrid, fue el precursor de la medicina psicosomática en España. Fue modelo de médico humanista de la época, siendo reconocido también como filósofo, músico, pintor y poeta.

Lista y Aragón, Alberto (1775-1848)

Sacerdote y poeta, fue el más notable miembro de la Escuela Hispalense, también conocida como pléyade poética. Fue canónigo de la catedral de Sevilla, miembro de la Real Academia de la Lengua y dirigió la Gaceta de Madrid y el Colegio de San Mateo. Espronceda fue uno de sus discípulos más conocidos.

López, Joaquín María (1798-1855)

Político alicantino perteneciente al Partido Progresista, fue diputado en Cortes y presidente del Consejo de ministros que anticipó la mayoría de edad de Isabel II. Fue también escritor, poeta y ensayista.

López de Ayala, Adelardo (1828-79)

Político de la Unión Liberal, fue durante la I República ministro de Ultramar y presidente del Congreso. Dramaturgo introductor de la «alta comedia» y poeta posromántico, sus obras están cargadas de moral y de talante costumbrista.

Maiquez, Isidoro (1768-1820)

Comediante y reconocido como magistral interprete de Shakespeare, Racine y Alfieri llegó a interpretar a estos en París. Su aportación al teatro de la época fue la naturalidad y el realismo en la declamación.

Martín Díaz, Juan, El Empecinado (1745-1825)

Militar. Luchó contra los franceses en la Guerra de la Independencia como jefe de una partida guerrillera. Por los servicios prestados fue nombrado General por la Junta Central. Fue condenado a muerte por liberal por Fernando VII.

Martínez de la Rosa Berdejo, Francisco (1787-1862)

Escritor y político, fue Diputado de las Cortes de Cádiz y posteriormente desterrado por sus ideas liberales. A su vuelta a España fue embajador en París y Roma y presidente del Consejo de ministros. Fue en su tiempo un reconocido poeta y dramaturgo introductor del Romanticismo en España.

Meléndez Valdés, Juan Antonio (1754-1817)

Abogado y poeta representante de la Ilustración en España, amigo personal del también masón Jovellanos. Fue consejero y presidente de la Junta de Instrucción de José Bonaparte.

Méndez Núñez, Casto (1824-69)

Marino español de activa vida castrense (Batallas de Mindanao, Valparaíso y El Callao, donde fue gravemente herido) que llegó a ser vicepresidente del Almirantazgo. De él es la famosa frase «España prefiere honra sin barcos a barcos sin honra».

Mesonero Romanos, Ramón (1803-82)

Escritor y miembro de la Real Academia de la Lengua Española. Fue director del Semanario Pintoresco Español. Sus obras más importantes son «Panorama matritense», «Tipos y caracteres», «El antiguo Madrid» y «Memorias de un setentón».

Milans del Bosch, Francisco (1770-1830)

Militar que combatió en la Guerra de Independencia, organizó con Lacy en 1817 en Cataluña un levantamiento contra el absolutismo de Fernando VII. Pudo huir al exilio e incorporarse a los liberales cuando el trienio liberal como militar.

Monturiol i Estarriol, Narcís (1819-85)

Inventor del Ictíneo, uno de los precursores del submarino. Fue diputado durante la I República y director de la Fábrica de Moneda y Timbre.

Morillo, Pablo (1778-1837)

Militar que alcanzó el generalato desde el grado de soldado. Luchó en la Guerra de la Independencia, la campaña de América y las guerras carlistas. Tuvo que emigrar a Francia por sus inclinaciones liberales en 1824.

Prim i Prats, Joan (1814-1870).

Militar y político republicano. Gano su reputación como militar en las campañas carlistas de Marruecos y México. Fue Diputado en Cortes,

gobernador de Puerto Rico y presidente del Consejo de ministros durante la I República.

Quintana, Manuel José (1772-1857)

Escritor y esposo de Isabel II. Amigo personal de Jovellanos. Secretario durante la invasión francesa de la Junta Central y encarcelado por liberal a la llegada de Fernando VII. Posteriormente y con la vuelta de los liberales fue director del Consejo de Instrucción. Fue coronado por su esposa en las Cortes como «Poeta Nacional». Forma parte del catálogo de Autoridades Literarias.

Reding de Biberegg, Teodoro (1755-1809)

Militar de origen suizo, fue lugarteniente del General Castaños en la batalla de Bailén. Murió en la Campaña de Cataluña.

Rivero, Nicolás María (1814-78)

Médico y político republicano, realizó una brillante campaña por las libertades democráticas y llegó a luchar en las barricadas en el 68. Fue alcalde de Madrid responsable del proyecto de ensanche del XIX. Presidió las Cortes constituyentes y fue ministro de Gobernación durante la I República.

Rodil Galloso, José Ramón (1789-1853)

Político y militar de gran relevancia durante la independencia americana, la campaña de Portugal y la I guerra carlista, fue jefe del Ejército Liberal del Norte. Fue también ministro de la Guerra y presidente del gobierno con Espartero como regente.

Ruiz Zorrilla, Manuel (1833-1895)

Político Republicano Progresista. Diputado en Cortes y posteriormente ministro de Fomento y de Gracia y Justicia durante la I República, realizando reformas en la enseñanza y la creación de las bolsas de comercio. Fue jefe de Gobierno con Amadeo I.

Saavedra, Angel, Duque de Rivas (1791-1865)

Literato, político y militar. Luchó en la guerra de la Independencia. Fue diputado liberal en 1822 y condenado a muerte por los absolutistas tuvo que exiliarse a Inglaterra, Malta e Italia. Posteriormente con los Liberales fue ministro de Gobernación y presidió el Consejo de ministros. Dirigió la Real Academia de la Lengua y perteneció a la de Historia. Escritor de estilo clasicista donde destacan sus tragedias y odas. Su obra más conocida ya

dentro del Romanticismo fue «Don Álvaro o la fuerza del sino», obra en la que se inspiró Verdi para su ópera «La forza del destino».

Samaniego, Félix María (1745-1801)

Famoso poeta y fabulista inspirado en los clásicos y Lafontaine, se formó en Francia donde tuvo una gran influencia volteriana, motivo que le llevó en ocasiones ante los tribunales de la Inquisición. Fundó la Sociedad Vascongada.

Serrano Domínguez, Francisco. Duque de la Torre (1810-85)

Militar y político liberal que promovió entre otros la revolución del 68, constituyó el gobierno provisional hasta la llegada del también masón Amadeo I de Saboya, con el que fue presidente de Gobierno.

Urquijo, Mariano Luis de. Conde de Urquijo
(1768-1817)

Político. Perseguido por la Inquisición por traducir a Voltaire. Perteneció al Consejo de Estado del también masón Conde de Aranda, Embajador en Londres, fue secretario de Estado con Godoy y con José Bonaparte. Introdujo la vacuna en España, intentó suprimir la Inquisición y la trata de negros en las colonias.

Van Halen, Juan (1788-1864)

Militar. Lucho junto a los liberales durante la I guerra carlista y colaboró con Espartero durante la Regencia. Participó en la revolución belga de 1830.

Velarde, Pedro (1779-1808)

Militar. Fue profesor de la Academia de Artillería de Segovia y secretario de la Junta Superior Económica del Cuerpo de Artillería. Se le conoce por su actitud patriótica cuando la invasión francesa de 1808 y murió el famoso 2 de mayo al frente de sus hombres en la defensa del Parque de Artillería de Monteleón (Madrid).

Zurbano, Martín (1788-1845)

Militar liberal seguidor de Espartero. Murió fusilado por su levantamiento liberal en Logroño. Influyó en su juventud en el logroñés Práxedes Mateo Sagasta.

Moñino y Redondo, José. Conde de Floridablanca (1728-1808)

Político que fue Fiscal del Consejo de Castilla, inspiró la «Pragmática», que expulsó a los jesuitas de España. Fue ministro de Carlos III, responsable de la reforma de la administración pública, la creación de la Junta del Estado, la modernización de la Marina y la recuperación de Menorca y Florida. Implantó el servicio postal, la fundación del Observatorio Astronómico, el gabinete de Historia Natural y el Banco de San Fernando. Fue incluido en el Catálogo de Autoridades de la Real Academia de la Lengua.

Don José Moñino y Redondo, nombre que acabamos de dar a conocer como uno de los muchos hombres ilustres que tuvieron el honor de comenzar a abonar y fortalecer el árbol genealógico de los masones, sentía una gran simpatía por George Washigton, primer presidente de los Estados Unidos. Estimación que era recíproca.

No llegaron nunca a conocerse personalmente, pero fue mucho y muy acreditado el respeto que ambos sintieron el uno por el otro.

Gracias al afecto que don José Moñino sentía por Washigton, los murcianos podemos presumir hoy de haber contribuido, bajo las órdenes de don Bernardo de Gálvez, gobernador y comandante en jefe de la Luisiana española en aquellos tiempos, a la Independencia de los Estados Unidos de América. Este hecho histórico ocurrió de la siguiente forma:

Las epidemias, la piratería y las grandes inundaciones que la ciudad de Málaga comenzó a sufrir durante los siglos XVII y XVIII, mermaron mucho a sus ciudadanos y, sobre todo, a los soldados que tradicionalmente estaban destinados a defender el Mediterráneo.

La ciudad de Málaga era, en aquellos tiempos, una de las más importantes de España. Gozaba de excelentes bodegas de donde salía un vino muy apreciado por franceses, ingleses, italianos, holandeses y portugueses, cuyos barcos llegaban diariamente al puerto para llenar sus bodegas de grandes toneles de vino, seras[3] colmadas de pasas, vasijas de vidrio, trigo, cebada e, incluso a veces, madera para la fabricación de barcos, los consejeros del rey le propusieron a este enviar allí el Tercio Provincial de Murcia para suplir a los soldados que habían ido causando baja por culpa de los males antes aludidos.

Don Bernardo Gálvez tenía por aquel tiempo 14 años de edad, pero ya llevaba dos años de estudios en la Academia militar de Ávila. Se encontraba en Macharaviaya, el pueblo donde había nacido, disfrutando de un permiso que había obtenido siendo todavía cadete de la mencionada Academia Militar, cuando supo que en Málaga se encontraba el Tercio de soldados murcianos. Como había oído hablar mucho y muy bien de ellos, marchó hacia la ciudad para conocerlos.

El cadete Gálvez y los soldados del Tercio de Murcia, sobre todo los más jóvenes, que eran los que más se identificaban con él, hicieron muy buenas migas. Hablaron mucho, sobre todo de los ingleses y de las malas artes que estos habían usado para quedarse con Gibraltar.

Aunque España ayudaba a los rebeldes con armas, barcos y dinero porque no deseaba entrar de lleno en una guerra que podría traerle consecuencias de posteriores venganzas por parte de los ingleses, en el año 1776, teniendo don Bernardo Gálvez 30 años de edad, es nombrado Gobernador y comandante en jefe de la Luisiana Española, para que, sin que parezca que está en guerra contra los ingleses, defienda su territorio y ayude en nombre de España a los soldados rebeldes.

Don Bernardo comienza a cumplir las órdenes recibidas, e intuyendo que pronto los ingleses intentarían hostigar los territorios gobernados por él —como así fue—, comenzó a reclutar hombres.

Es entonces cuando se acuerda de aquellos soldados del Tercio Provincial de Murcia que había conocido años antes en Málaga y, mediante escrito enviado al Gobierno español, solicita le sean facilitadas dos o tres compañías pertenecientes al Tercio.

Don José Moñino y Redondo, Conde de Floridablanca, secretario de Estado del Reino Español en aquellos tiempos, como resulta que también era murciano, se siente muy orgulloso y da su beneplácito para que dos compañías del Tercio Provincial de Murcia embarquen desde Málaga hacia la Luisiana española para ponerse a las órdenes de su nuevo jefe. Con ellos marchan otros muchos malagueños que ven una oportunidad de hacer fortuna en una tierra de la cual, según aseguran algunos, nace todo lo que se planta y se encuentra oro en la ribera de cualquier río y en las entrañas de las montañas.

En el año 1778 don Bernardo tiene en las tierras gobernadas por él infinidad de españoles que han llegado allí para ponerse bajo sus órdenes: murcianos, malagueños, canarios, gallegos y hombres de otros lugares de España se mezclan allí y hacen de todas, una sola familia.

Comienzan luego a relacionarse con las diferentes tribus indígenas que por el lugar se encuentran, y los convencen para que se unan a ellos. Lo que los nativos hacen de muy buena gana porque se ven mejor tratados por los españoles que por los ingleses.

Don Bernardo Gálvez se entrevistó con George Washington, y realizó para él y para la noble causa por la cual luchaban, grandes beneficios. Sus tropas no dejaron que los ingleses pasaran por sus tierras ni que usaran el río Misisipi para navegar por él. Bloquearon el puerto de Nueva Orleans, e hicieron otras muchas valiosas acciones que valieron para que el General Washington ganara la guerra y forjase luego el país más grande próspero y

libre del mundo... Muchos americanos perdieron la vida para conseguirlo, pero no hay que olvidar que también fueron muchos los españoles que murieron allí luchando por la **Libertad**... Españoles que habían leído muchas veces la insigne obra de Miguel de Cervantes *Don Quijote de la Mancha*, y habían aprendido a amar la Libertad a través de las palabras que don Quijote le dice a Sancho: «La Libertad, querido sancho, es uno de los más preciados dones que a los hombres dieron los cielos. Con ella no pueden igualarse los tesoros que encierra la tierra ni el mar encubre; por la libertad se puede y debe aventurar la vida...».

George Washigton también fue masón. En el documento manuscrito que él mismo escribió de su puño y letra, una especie de diario personal, él mismo nos da a conocer cómo llegó a saber de la masonería y convertirse en masón.

El antedicho documento se encuentra en el *Archivo de George Washigton. En su casa natal de Mount Vernon. Virginia.*

Como es bastante largo, lo damos a conocer en el capítulo siguiente.

CONFESIÓN

En estos entristecidos tiempos, en que cada día que pasa veo la muerte más y más cerca, como siento un profundo malestar cuando hablo por causa de esta férrea enfermedad que me aqueja, la cual me oprime el pecho y me ahoga la garganta, voy a escribir sobre un tema que jamás di a conocer a nadie que no disfrutara de mi total confianza. Tal vez, al tener la mente ocupada buscando en su interior recuerdos, consiga alejar de ella los sombríos pensamientos que la ocupan, y sosegar estas toses, estos jadeos y estos tediosos dolores que tan frecuentemente me agobian.

Mis dolencias son dolencias, pero no son de esa clase de dolencias que se pueden considerar heroicas por haberlas recibido en el campo de batalla. Tantos años luchando, tantos momentos de peligro pasados y ahora voy a morir en casa. No sé cuáles podrán ser los sentimientos de otros militares al respecto porque para conocerlos tendría que estar dentro de sus pellejos, pero me atrevería a asegurar que no deben de ser muy diferentes a los míos. Creo que no existe soldado en el mundo que, habiendo sido suboficial, oficial o jefe, no haya anhelado morir combatiendo. Si un soldado muere en casa, nadie lo recuerda; pero si muere en el campo de batalla, es catapultado en el acto hacia el Olimpo de los salvadores de la Patria. Su muerte será admirada por sus compañeros, sentida por sus paisanos y honrada por sus enemigos.

El médico me visita todos los días. Me trata con inhalaciones balsámicas, calor en el pecho, leche caliente, gárgaras de salvia, sangrías, miel, láudano, un medicamento nuevo llamado calomelano[4], e infusiones de pétalos de rosas. Tiene claramente diagnosticada la enfermedad que padezco, pero él sabe y yo lo intuyo a través de sus desalentadas exposiciones, que a pesar de las medicinas que tomo, no existe todavía ninguna que sea adecuadamente específica para cortar esta enfermedad que ya considera crónica[5]. Una enfermedad que —según me explica con considerable paciencia— suele formar parte de un proceso infeccioso que afecta la laringe, la nariz y las vías respiratorias. Salvo en ocasiones, no es muy dolorosa. Se siente uno más imposibilitado que dolorido porque unas veces puedes y otras no puedes hablar. Cuando puedes, la voz es ronca, de tono débil y grave. Esto es debido a que al estar las cuerdas vocales inflamadas no se unen bien y fallan tanto en tensión como en vibración.

Yo soy recto y procuro que mi conducta sea irreprochable en estos momentos de angustia. Pero la tragedia del justo Job se repite cada día en

mi vida como si Dios hubiese decidido poner a prueba mi acrisolada vida mandándome los más terribles dolores. Sé que el Todo Poderoso somete a sus hijos algunas veces a terribles pruebas con el amoroso propósito de comprobar su lealtad y resistencia, pero, aun así, aun sabiéndolo, en muchas ocasiones he estado tentado de tirar la toalla y, en vez de aguantar mi dolor, gritar.

Hoy he decidido conceder la libertad a cuantos esclavos poseo en propiedad. Sin embargo, como no quiero hacerlo en vida porque no podría soportar la ausencia de personas cuya existencia se encuentra tan ligada a la mía, he dejado escrito muy claramente en mi testamento, que se les dé la libertad cuando mi alma haya dejado este mundo.

Solamente he liberado a tres esclavos a los que yo tengo en un alto aprecio. Son tres hermanos varones que nacieron de una mujer esclava a la que yo le debo estar vivo. Con su vida salvó la mía. En una ocasión en que yo me encontraba cerca del río, dando de beber a mi corcel, una mocasín[6] de agua, que es serpiente muy venenosa, al sentirse irritada por haber invadido su terreno y, sin darme cuenta, casi pisarla, estaba a punto de abalanzarse sobre mí, cuando, de pronto, la mujer, que se encontraba en el lugar segando carrizos con otras esclavas, se echó encima de ella mientras gritaba: «¡Corra amo, corra! Póngase a salvo».

La mujer murió casi en el acto entre horribles convulsiones. Yo quedé muy impresionado. Tanto, que aquel recuerdo de gratitud hacia la mujer que dio la vida por salvar la mía, se convirtió, desde aquel lamentable día hasta el presente, en perpetuo e imborrable. Tal vez por ello decidiera ayer proporcionarles la libertad a estos tres esclavos. Mi conciencia ahora parece estar más tranquila porque con este acto, aunque el sacrificio que la mujer hizo entregando su vida a cambio de la mía nunca podrá ser suficientemente restituido ni en el cielo ni en la tierra, creo que al haber liberado a sus tres

hijos estando yo todavía en esta vida que gracias a ella se prolongó, estaré llevando a cabo una ofrenda aceptable y agradable a su memoria.
Sin embargo, y esto sí que me parece extraño, estos tres varones no parecen tener en mucho aprecio la libertad. A pesar de haberle suministrado a cada uno de ellos dinero suficiente para iniciar una vida independiente sin privarse incluso de poseer su propia casa, esta mañana los tres habían regresado. Me han devuelto el dinero que les di. Yo creo que la razón por la cual estos tres hombres han vuelto a su lugar de origen es porque habiendo nacido en mis posesiones, y estando acostumbrados a obedecer y no a pensar ni a tomar sus propias decisiones, se han encontrado perdidos fuera de aquí.
Tal como los pájaros que nacen en jaulas y al cabo de algunos años se les da la libertad, ellos han vuelto porque no sabían alimentarse por sí solos ni convivir entre personas que los trataban con hostilidad. Temo que esto mismo sucederá cuando después de mi muerte, se le dé la libertad al resto.
A pesar de intuir las razones que les han hecho volver, cuando les he preguntado por ellas, me las han argumentado con palabras tan profundas y entrañables como estas: «Usted nos dio la libertad, mi amo. Ahora, según el papel que así lo acredita, somos libres. Pero la libertad, mi amo, según pudimos aprender de nuestros padres, no consiste en hacer lo que otras personas desean que hagamos, como hicimos hasta que se nos dio la libertad, sino en hacer lo que nosotros queremos hacer. Y lo que nosotros queremos hacer, señor, es quedarnos. Nuestra decisión es unánime. Mientras Dios nos mantenga en este mundo, estaremos trabajando para usted como hombres libres con la misma lealtad y afecto que lo hicimos cuando éramos esclavos».
Después de una manifestación de fidelidad tan sumamente considerable, he decidido proporcionarles casa y tierra para vivir, aperos y mulas para realizar su trabajo e inscribirlos en el registro de propietarios con sus nombres y mi apellido para que nunca puedan tener problemas por el color de su piel. El hecho que me ha alentado a otorgarles mi apellido para que puedan hacer uso de él con todos los derechos legales, y transmitirlo después a su descendencia, es porque nunca en mi vida, ni siquiera familiares muy allegados, me han demostrado un acto de amor tan grande como el que acaban de ofrendarme estos tres hombres negros. El amor y la nobleza residen en sus corazones con la misma viveza y esplendor que residió en el corazón de su madre.
A pesar de que la humedad no es demasiado recomendable para sobrellevar mi enfermedad, hoy estoy un poco más animado que otros días. Está lloviendo. Es una lluvia mansa. Un agua que riega las cosechas sin anegar la tierra ni dañar las plantas.

Para quienes hemos visto a nuestros padres, y ellos a los suyos, esperar la lluvia para contemplar el milagro que se obra cuando simiente y tierra se unen en atávica unión, el agua que cae del cielo es para nosotros como el maná que sustentó a los hijos de Israel haciéndole menos penoso su largo viaje por el desierto. La lluvia, como el maná, fue para nosotros en los primeros tiempos como una bendición de Dios. Verla caer del cielo calmaba la angustia del amo que temía perder la cosecha y daba libertad al esclavo que trabajaba en las plantaciones porque cuando llovía no tenía que trabajar.
Y a pesar de que hoy, gracias al arduo trabajo de los esclavos, contamos con una buena red de canales y acequias que nos transportan el agua desde el río hasta los planteles y sembradíos, no fue así en el principio. Canalizar tan extensas tierras costó bastante dinero y se invirtieron en ello muchos, muchísimos años de duro trabajo. Por ello, quienes antaño tuvimos que esperar la lluvia mansa para que regara la tierra, hoy la amamos tanto y tanto la bendecimos, como odiamos los ciclones y tornados que de cuando en cuando hacen su aparición por esta mi amada tierra, volando sobre quienes la habitamos, con la misma cólera y violencia que el cuarto jinete de Apocalipsis, el único de los cuatro que tiene nombre, y su nombre es Muerte. El que se presenta ante los mortales montado en su caballo bayo y aferrando en su mano derecha la guadaña con la cual siega cosechas, ahoga plantaciones, extingue vidas humanas, zarandea mansiones, malhiere cabañas y diezma establos y granjas.
La existencia del ser humano es misteriosamente cíclica. Lo que antaño les ocurrió a tus padres, más tarde te sucede a ti. Estoy sentado en el mismo sillón que ocupó mi padre durante todo el tiempo que tuvo que sufrir la grave enfermedad que le llevó a la muerte.
Como homenaje a él, con el que tantas discusiones tuve a consecuencia de mi futuro: mi padre deseaba que siguiera la tradición, y yo quería ser militar, espero terminar mis días en este mismo sillón. La única diferencia que habrá entre su muerte y la mía, será que yo moriré en Mount Vernon mientras él lo hizo en Litlle Hunting Creek. Nombre con el cual era conocido este amado lugar mientras mi padre vivió. Cuando mi hermanastro heredó la finca, le cambió el nombre.
Debido al respeto y gran admiración que Lawrence profesaba por el vicealmirante Edward Vernon, bajo cuyas órdenes combatió en Cartagena de Indias, le dio su nombre para perpetuar de esta forma el apellido de un héroe de la talla de este gran marinero... No fue ni creo que sea el último lugar al que se le cambia el nombre. Debido a los grandes hombres cuya memoria hemos de inmortalizar, muchos lugares están cambiando de nombre. Así le ocurrió, por ejemplo, a la villa de Fairfax y a la ciudad de Alexandría. El primero fue cambiado para recordar a lord Fairfax, el suegro

de mi hermanastro, y el segundo para honrar la memoria del capitán Philip Alexandre, quien habitó un extenso y hermoso valle que era conocido entonces como Belle Haven, y hoy como Alexandría.
Así, pues, por causa de esta evocación que acabo de desvelar, yo habré nacido en Litlle Hunting Creek y muerto en Mount Vernon, aunque la casa sea la misma que abrigó la humanidad de mi padre y la tierra que nos circunda sus mortales restos.
Hasta que cumplí los dieciséis años de edad, no supe qué era la masonería. Antes no había oído hablar de ella, ni sabía que existiera.
En los tiempos que yo tuve contacto con un verdadero masón, vivía bajo la tutela de mi hermanastro mayor. Cinco años antes había muerto mi padre, y mi madre, que siempre estuvo muy interesada en que yo adquiriese instrucción docente y amistades influyentes, insistió mucho para que mi hermanastro Lawrence se hiciese cargo de mi educación.
Lawrence estaba casado con la hija de uno de los hombres más ricos e influyentes del estado de Virginia, y mi madre pensó que estando bajo su tutela lograría yo adquirir amplios conocimientos culturales, elegantes formas y crecida reputación. Mi padre había sido en vida una bellísima persona, pero habiéndose hecho rico teniendo una educación media, quiso que yo siguiera sus pasos. La práctica que se adquiere con la experiencia diaria era para él más útil que la teoría que se consigue en las universidades. Sin haber pasado nunca por ninguna de ellas, siendo poseedor únicamente del certificado de estudios primarios, llegó a ser un buen conocedor de la bondad o maldad de las tierras y de cuantos secretos encierra la siempre difícil labor de la agricultura. Para completar su formación agraria, no solamente leyó a los mejores autores contemporáneos que hasta el momento han escrito sobre esta difícil disciplina, sino incluso a los más arcaicos. Entre otros muchos libros —todos traducidos a la lengua inglesa—, tenía en su biblioteca obras tan antiguas y curiosas como *La labranza* y *El libro de los árboles*, escritos los dos por Lucius Junius Moderatus, más conocido por Columela. Libros muy apreciados por mi padre porque, igual que mi abuelo Lawrence, el escritor también había dejado su carrera militar para dedicarse en cuerpo y alma a la agricultura. La *Naturalis Historia*, escrita por Plinio el Viejo en el año 77 de nuestra era. Tomo compuesto por treinta y siete libros, en los cuales habla el escritor latino de botánica, zoología, mineralogía, medicina y etnografía. También poseía el *De curis egritudinum particularium noni almansoris practica uberrima*, escrito por Marco Gatinaria, publicado en el año 1542 en latín, francés, inglés y alemán. Libro este que también estimaba mucho porque su contenido le dio nuevas ideas para ampliar las ventas de sus cosechas. Dando a conocer la mayoría de los testimonios que estaban escritos en esta extensa obra, podía

ser vendido el tabaco tanto para el consumo de los que fumaban como para los que no, ya que este prestigioso médico hacía verdaderas alabanzas de las bondades curativas del tabaco —que según él curaba incluso el cáncer—, y del poder que esta excelente hierba poseía para ahuyentar serpientes. En este libro, que yo leí en mi mocedad y todavía conservo, relata el autor un caso muy curioso que a él le ocurrió. Dice lo siguiente:

Las serpientes que entran en los cuerpos de los hombres que por dormir al raso con la boca abierta propician su acceso, pueden ser expulsadas haciendo sahumerios con la hierba del tabaco. Aconteció un día que un hombre que a pesar de haberlo tratado otros médicos con muchos remedios ninguno le aprovechó, acudió a mí para ser curado. Le hice tomar el sahumerio por la boca con un colador, y cuando la culebra sintió el hedor producido por el humo del tabaco, salió por el ano a la vista de todos los presentes...

Mi padre me enseñó el secreto de las cosechas, el misterio de las vendimias y los días más propicios para llevar a cabo las diversas siembras. Con él aprendí también el modo de proteger los racimos de las uvas para que llegasen al mercado sin esas feas picaduras que los insectos le infieren; qué tierras son las mejores para plantar viñas; remedios caseros para exterminar las orugas, hormigas, gusanos, babosas y otros muchos insectos y animales que hacen daño a las cosechas. Y como buen descendiente de ingleses que era, me instruyó sobre la caza del zorro, y de cómo hay que disponer a los perros cuando se sale de caza.

No me desagradaba que mi padre me instruyese en tan difíciles y rudas disciplinas, pero yo era demasiado joven en aquellos tiempos y mis aspiraciones eran bastante opuestas. Desde muy niño había anhelado ser militar como mi abuelo paterno, que llegó a ser capitán de las milicias. Y no fue una ni dos, sino muchas las veces que en mi niñez me vi persiguiendo las gallinas con mi espada de madera. Pero mi destino estaba echado. Tendría que ser colono como mi padre.

No era, sin embargo, mi madre del mismo parecer, ni estaba conforme con que su hijo hubiese estado dos años solamente en el colegio. Mientras yo recorría las plantaciones con mi padre y me imbuía en el arte de plantar y recolectar, ella hablaba con su amigo el antiguo sacristán de la iglesia del condado de Westmoreland, que, habiéndose jubilado, se había venido a vivir cerca nuestras tierras. Ella quería que el sacristán me diese clases en mis ratos libres. Con él aprendí moral religiosa e interpretación de la Biblia. Siendo seglar y no sacerdote, me enseñó a concebir a Dios como un padre amoroso que hace llover tanto sobre ricos como sobre pobres, y a interpretar las Sagradas Escrituras desde la revelación divina que trasciende en los corazones de cada persona.

Me hizo saber también que debíamos ser muy comprensivos y afectuosos con Dios, ya que tendemos a ser muy críticos con sus decisiones. Nos molesta cuando ayuda a nuestros semejantes, y nos apartamos de Él cuando no nos ayuda a nosotros. Es importante —me explicó— estar siempre en guardia para no hacer de Dios un amuleto que deberá estar siempre a nuestro servicio para curar nuestras enfermedades, salvar nuestras cosechas, mantenernos siempre ricos, castigar a nuestros enemigos... Quienes asisten a la iglesia con la idea de ser a cambio beneficiados, carecen de fe. A Dios no hay que verlo como algo que podemos poseer y utilizar a nuestro antojo y necesidad, sino como Alguien por quien uno se deja poseer con toda confianza porque en Él hemos depositado nuestra fe y nuestra esperanza... La forma de ver y vivir la religión que este buen hombre me iba mostrando, se introdujo tanto en mí, que desde aquel mismo momento cambié. Hice mías sus enseñanzas y las cultivé con la misma devoción que el agricultor cuida sus cosechas, y las seguí con la misma confianza que el patito sigue a su madre por el agua y por la tierra.

Luego, cuando mi padre comenzó a sentir los achaques propios de la vejez, mi madre, que era bastante más joven que él, viéndose un poco más libre de movimientos, contrató un profesor particular para que me perfeccionase en las más importantes y necesarias disciplinas académicas. Con el inteligente profesor Williams aprendí latín, aritmética, geometría, historia natural, derecho, lengua, física, química y geografía. Por él supe que la tierra se mueve velozmente y que los seres que habitamos en ella no sentimos su movimiento porque formamos parte de él.

Un día, aprovechando que lord Fairfax, el suegro de mi hermanastro, había contratado un equipo de agrimensores para que midieran unos amplios terrenos que este poseía en el extenso y fértil valle del Shenandoah, Lawrence, para que siguiera aprendiendo y lograra habituarme a la vida silvestre y libre, me inscribió en la expedición como ayudante del agrimensor jefe.

Mi primer encuentro con la escuadra y el compás tuvo lugar el mismo día en que el agrimensor jefe me nombró responsable de la seguridad y transporte de las herramientas.

El agrimensor jefe era un inglés llamado William Gunter, descendiente del célebre matemático, astrónomo y agrimensor inglés Edmund Gunter, nacido en la localidad de Hertfordshire en el año 1581 y muerto en 1626. A primera vista parecía tener entre cuarenta o cuarenta y cinco años de edad. Tal vez tuviese más, ya que sus facciones estaban siempre iluminadas de un halo y de una fuerza que le hacían parecer más joven.

Era alto, tan alto como yo. Muy delgado, eso sí. Pero su cuerpo estaba bien proporcionado y era de sólida constitución.

Tenía la frente ancha y descubierta, y unos ojos llenos de vida coronados por espesas cejas.

Sus largos cabellos, de un tono rojizo que ya habían comenzado a blanquear, se escapaban en cárdenos mechones bajo las amplias alas de su sombrero.

Tenía la cara muy tostada por el sol, llena de esos surcos purpúreos que son patrimonio de los individuos que viven y duermen al raso, y están habituados al frío, al sol, a la nieve y a la lluvia.

Acostumbrado a recorrer tierras salvajes donde el hombre blanco no había puesto nunca el pie, hablaba los lenguajes de los indios y era recibido por estos con muestras de mucha alegría. Tal vez este regocijo fuese producido porque siempre llevaba regalos para ellos. Cosas sin valor y carentes de importancia, pero eran cosas que los indios parecían tener en gran estima: cintas de colores chillones para el pelo de las mujeres, espejos, cascabeles, caramelos para los niños y muchas otras clases de abalorios.

Era conocido por algunas tribus con el nombre de *Gavilán Colirrojo*, porque esta ave acostumbra a regalar a las hembras roedores y pequeños mamíferos en la época de celo y la alimenta mientras incuba los huevos en la época de cría. Otras tribus, sin embargo, le llamaban el *Hechicero Blanco* porque algunos indios tenían la firme creencia de que veía y hablaba con los dioses del bosque a través de sus herramientas mágicas. Al distinguirle con esos dos nombres, los indios le atribuían un poder sobrenatural, porque si el nombre de *Hechicero Blanco* lleva consigo una pincelada de divinidad, el de *Gavilán Colirrojo*, no le iba a la zaga. Esta hermosa ave está considerada como sagrada por los nativos de aquellas tierras porque tienen la creencia de que está aliada con los dioses del cielo y de la tierra. Tanto es así que, para investirse de autoridad y soberanía, los jefes indios se adornan la cabeza con sus grandes y coloridas plumas.

Cuando le pregunté por qué los indios lo admiraban y respetaban tanto, me contestó que, tratándolos con igualdad, con verdad y con dignidad, te aceptan sin condiciones. Cumplir cualquier promesa que se les haya hecho anteriormente, aunque para nosotros carezca de importancia, es para ellos más valioso que la luz que los alumbra. Para ser aceptado por la mayoría de los indios que moran por estas tierras, primero hay que ganarse su confianza, y luego ser merecedor de ella.

Era masón de grado tercero en una logia inglesa. Por él supe que todos los masones de grado tercero cuyo oficio es la construcción o cualquier otra labor que requiera de herramientas, se valen siempre de la cuerda, el lápiz —que había pasado a sustituir desde hacía poco tiempo al carboncillo—, y el compás. Estos tres útiles de trabajo son esencialmente libres y manejables y dan un amplio campo al Maestro Masón para que pueda

ejercitar sus poderes artísticos, creadores e imaginativos tanto dentro como fuera de la Logia. Son los tres símbolos más apreciados por el Maestro Masón porque están asociados al centro: la cuerda es un utensilio que gira sobre un centro; el lápiz tiene un centro de grafito con cuya punta se hacen dibujos y planos, y en el compás hay dos puntas, una de las cuales se fija en el centro para describir una circunferencia con la otra. La libertad y flexibilidad de movimientos de estos tres útiles ayudan al Maestro Masón a efectuar su labor tanto dentro como fuera de la Logia.

Desde que supe lo antedicho, fuese donde fuese, nunca faltó en mis alforjas ninguno de estos tres instrumentos.

También me explicó, poniendo mucho empeño en ello, que la masonería era sin duda alguna algo que ejercía de un modo maravilloso en el hombre una forma de seducción. Algo que al mismo tiempo que aplacaba el deseo interior, lo aumentaba en grado extraordinario. Algo que nos arrastra perpetuamente hacia la fraternidad e inculca en nuestro interior altos ideales relativos a nuestro comportamiento con los demás porque somos fragmentos los unos de los otros.

Con este entrañable inglés aprendí el oficio en tan solamente un año. Esto ocurrió en el año 1748, y al año siguiente, con tan solo diecisiete años de edad, fui nombrado agrimensor oficial del condado de Culpeper. Nombramiento que me proporcionó mucho dinero por estar muy bien remunerado, y me dio asimismo la oportunidad de comprar tierras en el fértil y admirable valle del Shenandoah que yo conocía muy bien por haber estado un año trabajando en él como ayudante del agrimensor jefe. Conocimiento este que me proporcionó una gran ventaja a la hora de elegir los más fértiles y provechosos terrenos de aquel salvaje lugar.

En el año 1752, tres años después de mi encuentro con William Gunter, entré a formar parte de la masonería en la logia de Fredericksburg, y treinta y seis años después fui nombrado Venerable Gran Maestre de la logia de Alexandría. Mi largo tiempo caminado a través de los ideales masónicos, me valieron para disponer un ejército disciplinado y para llevar a cabo con éxito la construcción de un Estado que antes de mi llegada era incapaz de gobernarse a sí mismo. En beneficio del cual tuve que rehusar a la corona de rey que numerosos nobles de origen inglés me ofrecían, y pedir, en su lugar, el establecimiento de una constitución para que todos los hombres —fuesen de la estirpe o religión que fueran—, caminaran por las sendas de la libertad y de la soberanía. Nuestro Estado no serviría nunca a un rey que perpetuaría su corona a través de su descendencia. Los ciudadanos de este país nominarían —según la confianza depositada en el candidato—, un presidente que saldría elegido por mayoría... Incluso los hijos de la estirpe de Abraham que vivían por entonces en esta tierra —expulsados antaño de

muchos otros países—, deberían seguir aquí mereciendo y disfrutando de la misma libertad que nosotros... Mi deseo era que el Padre de toda misericordia dispersase con la luz las tinieblas de nuestros caminos, e hiciera que todos los que nos encontrábamos en este país, africanos, europeos, asiáticos, musulmanes, judíos, cristianos, protestantes, ateos o miembros de cualquier secta, uniéramos nuestras diversas vocaciones, conocimientos laborales y disciplinas académicas, con el firme propósito de engrandecer este recién nacido Estado y llevarlo a lo más alto de la gloria. Cosa que solamente llegaríamos a conseguir siendo tolerantes los unos con los otros. Esta es la única forma de alcanzar la gloria y la felicidad eterna.

No puedo dejar este escrito sin dar respuesta a ciertas críticas que algunos individuos están vertiendo contra mí y que tanto daño me hacen. Quienes van diciendo y escribiendo por ahí que me vendí a los ingleses por ser descendiente de ellos, están equivocados y parece que no están al corriente del inmenso amor que he profesado siempre a este país.

Debo reconocer que es mucho lo que debemos a los franceses, pero opté en su día por los ingleses porque era lo más conveniente. Ellos tienen más cosas en común con nosotros que los franceses, y si una vez fueron nuestros enemigos, con la victoria pasamos a ser dos países independientes. Una amistad vencida que no espera nada de nosotros, es mejor que una interesada que se encuentra a la espera de recibir su botín. Nuestro país no debe ya nada a los ingleses, mientras que a los franceses le debemos mucho. Siguiendo las palabras de aquel sabio que decía que la mejor forma de mantener a tus amigos es no debiéndoles nada, opté por los ingleses. De todas formas, el tiempo, que es el mejor y más perfecto juez de nuestros hechos, algún día dará a conocer su veredicto. La historia nos descubrirá entonces si tuve o no tuve razón.

Hay otra cosa que me gustaría dejar aclarada, y es la que concierne a mi actual religión. Esta vez sí tienen razón los que aseguran que dejé mi iglesia para pasarme a la religión católica. Varias causas fueron las que me empujaron a tomar esta decisión. Amante como he sido siempre de la libertad del hombre —y eso nadie puede ponerlo en duda—, no podía concebir que en mi iglesia no diesen la comunión a los creyentes a menos que antes hubiesen hecho balance de su vida espiritual y un examen de conciencia. Por incumplir este precepto, fui severamente amonestado por mi pastor delante de los presentes. Eso me sentó muy mal, y, aunque tenía la costumbre de acompañar a mi esposa todos los domingos y días de precepto a los oficios, dejé de asistir a ellos.

Envuelto en este confuso dilema estaba, cuando en la logia de Fredericksburg encontré a un jesuita vasco que también era masón. Había venido de visita, y entablé una buena amistad con él. Era un sacerdote muy

avanzado. Tanto, que incluso llegó a decirme que lo importante no era asistir a los oficios, sino hacer que nuestro vivir cotidiano se convirtiese en un oficio diario. Y para reforzar y dar a entender mejor sus palabras, me refirió la parábola del Samaritano, que dice así: «Tomando Jesús la palabra, dijo: bajaba un hombre de Jerusalén a Jericó y cayó en poder de unos ladrones, que lo desnudaron, lo apalearon, le robaron y se fueron, dejándole medio muerto. Por casualidad bajó un sacerdote por el mismo camino, y, viéndole, pasó de largo porque tenía que elevar las ofrendas a Dios. Asimismo, un levita[7], pasando por aquel sitio, le vio también y pasó de largo porque iba a asistir al oficio divino. Pero un samaritano[8], que iba de camino al Templo para rezar, llegó a él, y, viéndole, se movió a compasión; se acercó, le vendó las heridas, derramando en ellas aceite y vino; le hizo montar sobre su propia cabalgadura, le condujo al mesón y cuidó de él. A la mañana siguiente, sacando dos denarios, se los dio al mesonero y le dijo: cuida de él, y lo que gastases, a la vuelta te lo pagaré...».[9]

Después de referirme esta parábola, el jesuita me preguntó: «De aquellos tres hombres, ¿quién cree usted que asistió a un verdadero oficio divino aquella mañana?

No le respondí porque la afirmación era obvia, pero me recordó mucho al sacristán que había sido mi profesor de religión siendo yo todavía muy joven.

No me encuentro demasiado fuerte. Las fuerzas me han abandonado. No puedo mantener la pluma entre mis dedos porque se me cae. Debo dejar de escribir.

Como este manuscrito lo he ido escribiendo para conllevar esta enfermedad con menos preocupación y más esparcimiento, y no deseo que sea leído por nadie mientras que yo esté con vida, lo esconderé bajo la tabla de la mesa de mi despacho. Si más adelante las fuerzas que ahora me están abandonando tornan a vigorizar mis manos, tomaré nuevamente la pluma y seguiré escribiendo porque todavía tengo muchas cosas que decir. Pero, por si no pudiese, solamente me resta añadir que hice cuanto humanamente pude por engrandecer y dar libertad a este país al que reverencio y amo como el hijo que no tuve. Esta tierra con la cual pronto me uniré para que se haga más grande con la modesta aportación de mi cuerpo. Porque si fuimos creados de la tierra y al morir volvemos a la tierra y en tierra nos convertimos, mis abuelos, mis padres, mis hermanos, mis hermanastros y yo mismo muy pronto, unos antes y otros después, habremos pasado a formar parte eterna y espiritual de la bendita tierra que sostiene a los Estados Unidos de América. No todo el mundo tiene la suerte de morir y ser enterrados en el Paraíso.

Qué Dios se apiade de mi alma.

Mount Vernon, día 7 de diciembre de 1799[10]



PRENDIMIENTO

Durante mucho tiempo fueron estos señores enaltecidos y honrados, pero la desgracia se cebó en ellos cuando un exjesuita francés, llamado Agustín Berruel, editó un libro compuesto de cinco volúmenes en el que afirmaba —con fehacientes pruebas—que la revolución francesa había sido alentada, dirigida y consumada por masones, y que el universo entero debía estar alerta porque esta organización estaba conspirando en secreto para introducir la revolución en el mundo entero.

Para realizar estos planes, es decir, que esta organización pudiese llevar a buen puerto sus planes de introducir la revolución en el mundo entero, era necesario subordinar a las logias de España y alojarlas en una jefatura única.

A este fin comunicaron a las predichas logias españolas sus deseos de hacer de la masonería española una rama del Supremo Consejo de Francia, coadyuvando de este modo a los propósitos de dominación del territorio español, que ya bullían en la mente de Napoleón.

Curioso es el documento que el Supremo Consejo de Charlestón dirigió a don Alexandre François Auguste, conde de Grasse y marques de Tilly, con objeto de ir preparando los caminos para la invasión que las tropas francesas llevaron a cabo cuatro años más tarde.

Este es el documento:

IN DEO FIDUCIA NOSTRA
Supremo Consejo De Charleston
Al I. y P. H. Conde de Grasse-Tilly

Ilustr. y Pod. Herm.

La necesidad de unificar la benéfica influencia de la tabla de los derechos del hombre, proclamada por esta libre república, y llevada a esta noble nación por nuestro Hermano querido Lafayette, nos mueve a encargaros de un cometido que, si bien ofrece serias dificultades, seguro está este Supremo Consejo de que sabrá vencerlas vuestro nunca desestimado celo en pro de la institución que tiene la honra de contaros en su seno.

La solidaridad masónica nunca llegará a ser efectiva, mientas que los Hermanos, esparcidos por la superficie de la tierra, no reconozcan un solo

poder, como es una sola tierra que habitan y uno también el horizonte que contemplan.

El fanatismo y la superstición han hallado esta unidad en un organismo común, al que denominan Iglesia Católica o Universal, y necesario es que a esta organización del poder oscurantista responda otra organización del pensamiento emancipado, si este ha de liberar a la humanidad de las cadenas que lo esclavizan y avasallan.

En parte, tales propósitos se han realizado en muchas naciones de esa vieja Europa, que no puede menos que agradecer a sus hijos de la libre América el retorno con creces de la civilización elemental y embrionaria que trajeron a estas regiones; pero todavía hay pueblos que se resisten a recibir la luz, por los despóticos poderes que han paralizado su acción en diez y ocho siglos de ignorancia y servidumbre teocrática.

Entre estos pueblos merece citarse la nación española, que, si en los últimos cincuenta años ha dado muestras del deseo de romper los hierros que la esclavizan, todavía conserva hábito de servilismo que solo puede borrar el espíritu altamente progresivo de nuestra venerable institución.

No deseamos lo que en tal sentido han laborado algunos insignes Hermanos españoles, ni estimamos en menos precio de lo que valen los esfuerzos que esos queridos Hermanos han tenido que realizar para difundir los principios salvadores de la asociación masónica en un país amedrentado por el hierro y el fuego de las mazmorras inquisitoriales. Sabemos también apreciar los costosos sacrificios de vidas y propia libertad hechos por heroicos masones que no han vacilado en perderlas antes que revelar a los poderes tiránicos la palabra sagrada, lazo misterioso y fortísimo que une entre sí a todos los Hermanos esparcidos por la superficie de la tierra.

Dignos son de loa los trabajos realizados por el Ilustre y Poderoso Hermano Aranda al emancipar a la masonería española de la tutela regular de Inglaterra, y merecedores de aplauso el celo y solicitud con que mancomunadamente con los poderes de la Orden en otras naciones llevó a cabo la obra de destruir las más temibles organizaciones inventadas por los poderes teocráticos.

Pero esta misma empresa, felizmente llevada a término por el pasajero concierto de voluntades de las potencias masónicas, señala bien a las claras la necesidad de que todas ellas reciban su inspiración de un centro

común, establecido en un país donde no sean fáciles las reacciones ni dependa la libertad de sus habitantes de la despótica voluntad de un tirano, a su vez sometido a la avasalladora influencia de un clericalismo intolerante, para toda expansión de los espíritus y toda manifestación de progreso, ya sea este material o puramente intelectual o especulativo.

Esta es la razón que ha presidido al establecimiento de este Supremo Consejo, que por su situación geográfica se halla a salvo de cualquier golpe de mano de los poderes tiránicos de Europa, y por el régimen liberal de la nación donde actúa tiene los medios de acción necesarios para dirigir por seguros derroteros los asuntos de la Orden, hasta conducirla al logro de sus fines y aspiraciones.

A unificar, pues, los trabajos masónicos, encaminándolos hacia el mismo objetivo, se dirigen los esfuerzos de este Supremo Consejo, y de aquí el que hayamos señalado a España como uno de los puntos en donde es más necesario que en otro alguno la dirección única a que nos venimos refiriendo, por ser aquel país el último baluarte donde se hallan parapetados el fanatismo, la ignorancia y la superstición.

Repetimos que no desconocemos los trabajos realizados por los que hasta aquí han llevado la dirección de los asuntos masónicos en aquel país, pero tememos fundadamente que mientras no se varíen sus instituciones políticas, todos los esfuerzos realizados corren peligro de malograrse, como estuvo a punto de suceder cuando subió al trono el rey Fernando VI. Para ello basta un ministro imbuido en las ideas de intolerancia religiosa, que no habría de hallar seguramente resistencia en el ánimo de un pueblo fanatizado, pero que la encontrarían, insuperable, si las hermosas frases de libertad, igualdad y fraternidad, con el espíritu que las anima, se hallasen esculpidas en el fondo de los corazones de aquel altivo pueblo.

Providencialmente la situación que hoy atraviesa Europa facilita nuestra obra en este sentido, y aunque como miembros de un pueblo libre lamentamos que el primer Magistrado de Francia prefiera el mando de los Césares a la honrosa condición de mandatario del pueblo, estimamos de necesidad, para destruir en Europa el régimen opresor en que todavía yace, el ejercicio de una dictadura que lleve a los pueblos y a las naciones el espíritu de libertad contenido en la tabla de los derechos del hombre.

Las dictaduras son pasajeras, pero las ideas quedan, y las que llevan escritas en sus banderas las invencibles huestes de vuestra noble patria quedarán grabadas de una manera indeleble en el corazón de los pueblos rendidos por vuestras gloriosas armas.

Podrán estos pueblos resistirse; alguno, o todos ellos unidos tal vez, os vencerán algún día, pero la victoria que os animan e impulsan llegarán a ser, antes de muchos años, el código universal de las naciones.

Deber es, sin embargo, de los masones, evitar en lo posible las resistencias sangrientas a la noble empresa que ha tomado a su cargo el jefe de vuestra nación, y para ello es necesario que los poderes de la Orden se esfuercen en inculcar a los pueblos que sobre la idea de la patria está la idea de la humanidad. Las fronteras son demarcaciones caprichosas impuestas a veces por el abuso de la fuerza. La atmósfera que envuelve nuestro planeta es la frontera natural que separa a la tierra del resto de los mundos.

Urge, por lo tanto, que en cada nación existan delegados de la humanidad dispuestos a sacrificar por ella las accidentales diferencias que la codicia de los poderes despóticos han establecido de pueblo a pueblo para dominarlos más fácilmente, dividiéndolos en porciones, y esos delegados no pueden ser otros que los miembros de nuestra Orden, recibiendo la inspiración de un centro único que dirija la evolución salvadora que ha de convertir en Hermanos, miembros de una sola familia, a los que hoy se miran recíprocamente como extranjeros, y muchas veces como enemigos.

A vos, Ilustrísimo y Poderoso Hermano, os toca ejercer ese cargo en España, donde los sentimientos de un mal entendido patriotismo comienzan a sobreponerse, aun ante los mismos masones, al sentimiento único de amor a la humanidad que debe impulsar todos sus actos.

Nos consta que por esta causa se hallan hondamente divididas las logias españolas, retraídos muchos de sus miembros, y a punto de fracasar los esfuerzos realizados en el pasado siglo para libertar al pueblo hispano de la servidumbre teocrática en que ha yacido durante tantas centurias.

El conde de Montijo, a cuyo cargo corre hoy la dirección de los asuntos masónicos en España, emplea su influencia en sustituir a un rey por otro, dentro de la misma familia de los Borbones; sin considerar que esa raza está llamada a desaparecer del gobierno de los pueblos, por llevar en sus

venas la sangre del despotismo, que en la antigua Roma impulsaba a los Césares a recabar para ellos el culto debido a sus dioses.

No conviene, sin embargo, exonerarle de sus actuales cargos, porque esto aumentaría la división de los masones en España, y sería causa de otro cisma en la Orden por el estilo del promovido a finales del pasado siglo entre el Gran Oriente, presidido por el Ilustre conde de Aranda, y las logias independientes fundadas por el conde de Cagliostro. Por lo pronto, basta con hacerle entender la obligación en que se halla de subordinar sus particulares acciones políticas a los fines altamente humanitarios que persigue la Orden, y si a estas advertencias opusiera alguna resistencia, o sin ponerla las desoyera, lo más conveniente sería entregarle un adjunto, que, inspirándose en los sentimientos que debe animar a todo buen masón, fuera poco a poco realizando la evolución salvadora a que más arriba nos hemos referido.

A vuestra reconocida inteligencia, Ilustrísimo y Poderoso Hermano, fiamos el buen despacho de la importantísima misión que os confiamos por el presente escrito, que debéis considerar como las credenciales que os invisten del carácter de delegado general de este Supremo Consejo cerca de los poderes masónicos de España.

Que el G∴ A∴ del U∴ os ilumine con sus luces y os preste los auxilios necesarios para salir airoso de la empresa que os confiamos.

Recibid Ilustrísimo y Poderoso Hermano con este motivo el abr∴ fra∴ que os enviamos con los hg∴ toq∴ y bat∴ que nos son conocidos.

Orien∴ de Charleston a los veintiún días del mes de febrero de 1804.

Firmado: Esteban Morín. Grad∴ 33∴

Gracias a esta carta y a la acreditada persuasión del conde de Grasse y marques de Tilly, que había intervenido como mediador, el día 4 de julio de 1811 es creado el Supremo Consejo del grado 33 en España, teniendo además este recién creado Consejo, jurisdicción en todas las colonias españolas de América y Asia.

El documento de constitución y acuerdo es el que a continuación damos a conocer:

A∴ L∴ G∴ D∴ G∴ A∴ U∴
DEUS MEUMQUE JUS

A LOS VV DDign OOf y OOb de todas las llog establecidas en la Península Ibérica S S S

Sabed: que, reunidos en lugar oculto a las miradas de los profanos, los representantes del Gran Oriente y Consejo Supremo de España, presididos respectivamente por los Iilust y PP HH Conde de Montijo y conde de Tilly, y del Gran Oriente y Supremo Consejo Español que dirigen los IIlust Y PPod HH S. A. el Gran Duque de Berg y el excelentísimo señor don Miguel de Azanza, en unión del representante del Gran Oriente de Portugal, que preside el Ilust y Pod H Egaz Muñiz, y después de canjeadas sus respectivas credenciales y asegurados de la calidad masónica de los congregados con los signos, toques y palabras que nos son conocidos, atentos a la prosperidad y arraigo de nuestra sagrada institución, que simboliza la causa de la humanidad, hemos acordado lo siguiente:

1º. Se declara establecida la solidaridad masónica a los fines a que se dirige la Orden de libres francmasones entre las logias de las cinco obediencias más arriba mencionadas.

2º. En virtud de lo acordado en el artículo anterior, los masones de dichas logias deberán afirmarse en la obligación que han contraído al ser iniciados en el augusto misterio de la orden francmasónica, de auxiliarse y socorrerse recíprocamente en todos los riesgos, peligros y accidentes en que pudieran hallarse expuestos, por causa de la situación excepcional en que se halla la Península Ibérica.

3º. Como uno de los fines principales de nuestra sublime institución es desarraigar los fanatismos, combatir la ignorancia y destruir la superstición, los masones todos de las logias de la Península, sean cuales fueren los ritos que profesen y la obediencia a la que se hallen sometidos, están en la obligación de no poner cortapisas ni rémoras a las disposiciones encaminadas a la realización de aquellos fines que dicte cualquiera de los poderes civiles establecidos hoy en ella, aun cuando por sus opiniones políticas o por razón de nacionalidad los consideren como enemigos.

4º. Siendo otro de los más sagrados deberes en todo buen masón el amor a la humanidad, encaminarán todos sus esfuerzos a suavizar los horrores de la guerra, economizando el derramamiento de sangre,

negociando los canjes de prisioneros y no entablando en los campos de batalla lucha cuerpo a cuerpo con ningún masón, tan luego como por algunos de los signos que nos son conocidos, lo hayan reconocido por tal.

5º. Siendo todos los masones hermanos, y perteneciendo, por lo tanto, a una misma familia, cuya patria es la tierra, y cuyo padre es el G Arq D Un, procurarán no promover, ni en los templos ni fuera de ellos, discusiones religiosas ni políticas, por ser unas y otras semillas de divisiones y discordias de que se han aprovechado en todo tiempo los tiranos para esclavizar a las humanidades.

La importancia de las precedentes resoluciones que nos apresuramos a comunicaros no han de ocultarse, IIlust y VVen HH, a vuestra perspicaz inteligencia. De su entero cumplimiento depende que, sean los que fueren los destinos que el G A D U, reserve a la península ibérica en la crisis que al presente atraviesa, los fines de nuestra augusta y sublime institución no llegarán a malograrse, sino que, por el contrario, hallarán su cumplimiento establecido sobre sólidos y firmes cimientos los principios de Libertad, Igualdad y Fraternidad, por los que luchan hoy todos los pueblos de Europa contra sus tiránicos opresores.

Recibid, VV HH, el abrazo fraternal que os enviamos con los signos, palabras y toques que nos son conocidos desde este lugar inaccesible a las miradas de los profanos.

Traz en los valles de Mántua[11] a los siete días del mes de octubre de 1811

Por el Gran Oriente de España.
Firmado: Cueto 33º
Por el Consejo Supremo de España.
Firmado: Vadillo 33º
Por el Gran Oriente español.
Firmado: Murat 33º
Por el Supremo Consejo de España.
Firmado: Azanza 33º

Mucha gente cree que lo que en este documento se afirma, en su apartado primero, sobre la solidaridad masónica, es algo que pertenece más a la leyenda que a la verdad, pero no es así. La solidaridad masónica llega hasta

tal punto que, tal como se dice en este documento, ningún masón que se halle en el campo de batalla luchará cuerpo a cuerpo con ningún otro masón, siempre que uno haga uso de los signos que solo por ellos son conocidos.

Una de las primeras cosas que a los masones les enseñan, es que debe de acudir en auxilio de otro Hermano cuando este haga la señal de socorro. Señal que consiste en poner las manos cruzadas sobre la frente con las palmas hacia afuera, doblando, al mismo tiempo una rodilla en tierra. El masón que vea esta señal ha de salvar, incluso con grave riesgo de su propia vida si fuese preciso, al Hermano que se halle en peligro. Esto sin mirar si el que pide socorro mediante la señal secreta, es del bando enemigo o del mismo bando.

Esta práctica masónica fue muy criticada en sus días por reyes y gobernantes, quienes dieron órdenes a sus suboficiales de que todo hombre que estaba bajo su mando fuese estrechamente vigilado y castigado en caso de obrar de esa forma. Pues hay que tener muy en cuenta que un soldado, cuyo deber es pelear hasta aniquilar o destruir a un ejército que invade su patria, si es masón, tiene que optar por auxiliar a su enemigo, aunque de su auxilio dependa la derrota del ejército al que sirve.

A consecuencia de los libros escritos por el antedicho exjesuita, donde daba a conocer numerosos documentos para demostrar lo que denunciaba y afirmaba, los Gobiernos de todo el mundo comenzaron a vigilar estrechamente a los masones.

De tal forma fueron vigilados, espiados y hostigados que, sin tener ya otra alternativa, pasaron a la clandestinidad más absoluta. La Iglesia todavía los defendía.

Pero como el exjesuita no le había dado la puntilla definitiva con sus declaraciones, ya que como hemos dicho la Iglesia todavía los toleraba, aparece años más tarde otro francés llamado Gabriel Jogang Pagés, que firmaba sus escritos con el seudónimo de Léo Taxtil que atestigua —tal vez más por ganar dinero que por decir la verdad—, que los masones, en sus reuniones secretas, pisoteaban la tiara papal, que adoraban al diablo, cometían crímenes que siempre quedaban impunes, celebraban orgías, conspiraban contra el cristianismo y contra el poder establecido...

La bola se fue haciendo cada vez más grande.

A mediados del siglo XIX, con motivo de que las colonias españolas comienzan a luchar para obtener la independencia, los misioneros culpan a los masones de cuantas desgracias y maldades ocurren en las tierras donde ellos habían sido enviados para dar a conocer los evangelios y predicar la palabra de Dios.

Muestras del desprestigio de que fueron objeto los masones por la pérdida de las Filipinas se encuentran sustanciosos ejemplos en archivos eclesiásticos.

Tenemos buena demostración en cartas que fueron halladas en el archivo de un obispado español. Una de ellas, fechada el día 15 de marzo de 1899, escrita por un misionero español y dirigida al Obispo de Jaca, refiere la muerte, a manos de los insurrectos filipinos, de algunos misioneros agustinos.

No la vamos a transcribir completa porque es muy larga, pero iremos sacando de ella lo que creamos más interesante, sin entrar en si fue verdad o mentira que la culpa de que España perdiera las Filipinas la tuvieran los masones:

> De su amor a España, de su conducta y heroico proceder durante la infame insurrección que nos ha arrebatado aquellas preciosas islas, poco he de decir, porque temo se deslice mi pluma al recordar tantas infamias, tantas cobardías, tantos nombres cubiertos de gloria que debieran de estarlo de ignominias, y la negra ingratitud de muchos que decían ser representantes de la patria, para con las heroicas y tan calumniadas como poco conocidas corporaciones religiosas. Cada religioso en su pueblo era el centinela avanzado de la Patria, y valía por si solo, por su prestigio, por el amor que el pueblo se profesaba, por el conocimiento del idioma y costumbres del país, más que un batallón de bravos soldados; y jamás se hubieran perdido para España aquellas hermosas islas, si los malos españoles, y algunos malos gobernantes, en su desatenta política, no hubiesen minado el prestigio o, una vez abortada la insurrección, hubiesen escuchado sus imparciales consejos y robustecido la legítima autoridad. Pero fueron antes los diabólicos juramentos hechos a la infame secta de la Masonería que el amor a España, por quienes tenían el deber de defenderla…
>
> Y esto lo hicieron los españoles, si españoles pueden llamarse hijos tan espurios. En el mes de febrero de 1898, en una tenida celebrada en Santa Ana, arrabal de Manila, por la Masonería española y filipina en santa hermandad, determinaron asesinar a todos los religiosos. Ya han recogido los frutos de su asesina conducta.
>
> Mientras Aguinaldo y sus secuaces no fueron más que insurrectos y amantes de la independencia de su patria, respetaron a los «padres»,

como nos llamaban; pero una vez convertidos en masones pasamos a ser el bocado más exquisito y las víctimas predilectas…

Estos son los beneficios que debe España a las doctrinas de libertad y de emancipación predicada en aquellas islas por los enemigos de la religión y de la patria; esta es la obra de las sectas masónicas.

La cuestión de Filipinas jamás hubiese tomado el sesgo que tomó en los últimos años, y mucho menos terminado de una forma tan desastrosa para España, de no haber penetrado en aquel cuerpo social ese veneno mortífero, propinado a los indígenas por las logias con el objeto de matar en ellos la religión y de hacer la guerra a las corporaciones monásticas que tan grande influencia lograron en aquel país a costa de sudor y sacrificios, y que tan brillante historia han dejado en el Archipiélago.

JUICIO

Debido a estas afirmaciones y a que los masones defendían una enseñanza gratuita para que los pobres también tuviesen acceso a la cultura, comenzaron a ser perseguidos por los Gobiernos y vilipendiados por la Iglesia. Y a tal punto llegó la irritación de los jerarcas de la Iglesia, que el Vaticano difundió varias encíclicas de condena hacia los masones.

El Papa León XIII, dedica toda una Encíclica, la *Humanum Genus*, a los masones.

Bajo el título de *Sobre Masones y otras sectas*, la bula, que damos a conocer completa, dice lo siguiente:

INTRODUCCIÓN

I

El humano linaje, después que, por envidia del demonio, se hubo, para su mayor desgracia, separado de Dios, creador y dador de los bienes celestiales, quedó dividido en dos bandos diversos y adversos: uno de ellos combate asiduamente por la verdad y la virtud, y el otro por todo cuanto es contrario a la virtud y a la verdad.

El uno es el reino de Dios en la tierra, es decir, la verdadera Iglesia de Jesucristo, a la cual quien quisiere estar adherido de corazón y según conviene para la salvación, necesita servir a Dios y a su unigénito Hijo con todo su entendimiento y toda su voluntad; el otro es el reino de Satanás, bajo cuyo imperio y potestad se encuentran todos los que, siguiendo los funestos ejemplos de su caudillo y de nuestros primeros padres, rehúsan obedecer a la ley divina y eterna, y obran sin cesar o como si Dios no existiera o positivamente contra Dios. Agudamente conoció y describió Agustín estos dos reinos a modo de dos ciudades contrarias en sus leyes y deseos, compendiando con sutil brevedad la causa eficiente de una y otra en estas palabras: dos amores edificaron dos ciudades: el amor de sí mismo hasta el desprecio de Dios edificó la ciudad terrena; el amor de Dios hasta el desprecio de sí mismo, la celestial.

LA MASONERÍA

II

En el decurso de los siglos, las dos ciudades han luchado, la una contra la otra, con armas tan distintas como los métodos, aunque no siempre con igual ímpetu y ardor. En nuestros días, todos los que favorecen la peor parte parecen conspirar a una y pelear con la mayor vehemencia, bajo la guía y auxilio de la sociedad que llaman de los Masones, por doquier dilatada y firmemente constituida. Sin disimular ya sus intentos, con la mayor audacia se revuelven contra la majestad de Dios, maquinan abiertamente y en público la ruina de la Santa Iglesia, y esto con el propósito de despojar, si pudiesen, enteramente a los pueblos cristianos de los beneficios conquistados por Jesucristo, nuestro Salvador.

III

En tan inminente riesgo, en medio de tan atroz y porfiada guerra contra el nombre cristiano, es Nuestro deber indicar el peligro, señalar los adversarios, resistir cuanto podamos a sus malas artes y consejos, para que no perezcan eternamente aquellos cuya salvación Nos está confiada, y no sólo permanezca firme y entero el reino de Jesucristo que Nos hemos obligado a defender, sino que se dilate con nuevos aumentos por todo el orbe.

IV

Los Romanos Pontífices, Nuestros antecesores, velando solícitos por la salvación del pueblo cristiano, conocieron muy pronto quién era y qué quería este capital enemigo, apenas asomaba entre las tinieblas de su oculta conjuración; y como tocando a batalla les amonestaron con previsión a príncipes y pueblos que no se dejaran atrapar en las malas artes y asechanzas preparadas para engañarlos.

Se dio el primer aviso del peligro el año 1738 por el papa Clemente XII cuya Constitución confirmó y renovó Benedicto XIV. Pío VII siguió las huellas de ambos, y León XII, incluyendo en la Constitución apostólica Quo graviora lo decretado en esta materia por los anteriores, lo ratificó y confirmó para siempre. Pío VIII, Gregorio XVI y Pío IX, por cierto, repetidas veces, hablaron en el mismo sentido.

AMONESTACIONES DE LOS ROMANOS PONTÍFICES

V

Y, en efecto, puesta en claro la naturaleza e intento de la secta masónica por indicios manifiestos, por procesos instruidos, por la publicación de sus leyes, ritos y revistas, allegándose a ello muchas veces las declaraciones mismas de los cómplices, esta Sede Apostólica denunció y proclamó abiertamente que la secta masónica, constituida contra todo derecho y conveniencia, era no menos perniciosa al Estado que a la religión cristiana, y amenazando con las más graves penas que la Iglesia puede emplear contra los delincuentes, prohibió terminantemente a todos inscribirse en esta sociedad.

CONFIRMACIÓN DE LOS HECHOS

VI

Pero lo que sobre todo importa es ver comprobada por los sucesos la previsión de Nuestros Antecesores. En efecto, no siempre ni en todas partes lograron el deseado éxito sus cuidados próvidos y paternales; y esto, o por el fingimiento y astucia de los afiliados a esta iniquidad, o por la inconsiderada ligereza de aquellos, a quienes más interesaba haber vigilado con diligencia en este negocio. Así que en espacio de siglo y medio la secta de los Masones ha logrado unos aumentos mucho mayores de cuanto podía esperarse, e infiltrándose con tanta audacia como dolo en todas las clases sociales ha llegado a tener tanto poder que parece haberse hecho casi dueña de los Estados. De tan rápido y terrible progreso se ha seguido en la Iglesia, en la potestad de los príncipes y en la salud pública la ruina prevista muy de atrás por Nuestros Antecesores; y se ha llegado a punto de temer grandemente para lo venidero, no ciertamente por la Iglesia, cuyo fundamento es bastante firme para que pueda ser socavado por esfuerzo humano, sino por aquellas mismas naciones en que logran influencia grande la secta de que hablamos u otras semejantes que se le agregan como auxiliares y satélites.

VII

Por estas causas, apenas subimos al gobierno de la Iglesia, vimos y experimentamos cuánto convenía resistir en lo posible a mal tan grave,

interponiendo para ello Nuestra autoridad.

En efecto, aprovechando repetidas veces la ocasión que se presentaba, hemos expuesto algunos de los más importantes puntos de doctrina en que parecía haber influido en gran manera la perversidad de los errores masónicos. Así, en Nuestra carta encíclica Quod apostoli muneris emprendimos demostrar con razones convincentes las enormidades de los socialistas y comunistas; después, en otra, Arcanum, cuidamos de defender y explicar la verdadera y genuina noción de la sociedad doméstica, que tiene su fuente y origen en el matrimonio; además, en la que comienza Diuturnum, propusimos la forma de la potestad política moderada según los principios de sabiduría cristiana, tan maravillosamente acorde con la naturaleza misma de las cosas y la salud de los pueblos y príncipes. Ahora, a ejemplo de Nuestros Predecesores, hemos resuelto ocuparnos expresamente de la misma sociedad masónica, de toda su doctrina, así como de sus planes y manera de pensar y de obrar, a fin de que así llegue a conocerse, con la mayor claridad posible, su maliciosa naturaleza, y pueda evitarse el contagio de peste tan funesta.

ORGANIZACIÓN SECRETA

VIII

Hay varias sectas que, si bien diferentes en nombre, ritos, forma y origen, unidas entre sí por cierta comunión de propósitos y afinidad entre sus opiniones capitales, concuerdan de hecho con la secta masónica, especie de centro de donde todas salen y adonde vuelven. Éstas, aunque aparenten no querer en manera alguna ocultarse en las tinieblas, y tengan sus juntas a vista de todos, y publiquen sus periódicos, con todo, bien miradas, son un género de sociedades secretas, cuyos usos conservan. Pues muchas cosas hay en ellas a manera de arcanos, las cuales hay mandato de ocultar con muy exquisita diligencia, no sólo a los extraños, sino a muchos de sus mismos adeptos, como son los planes íntimos y verdaderos, así como los jefes supremos de cada logia, las reuniones más reducidas y secretas, sus deliberaciones, por qué vía y con qué medios se han de llevar a cabo. A esto se dirige la múltiple diversidad de derechos, obligaciones y cargos que hay entre los socios, la distinción establecida de órdenes y grados y la severidad de la disciplina por que se rigen.

Tienen que prometer los iniciados, y aun de ordinarios se obligan a jurar solemnemente, no descubrir nunca ni de modo alguno sus compañeros, sus signos, sus doctrinas. Con estas mentidas apariencias y arte constante de fingimiento, procuran los Masones con todo empeño, como en otro tiempo los maniqueos, ocultarse y no tener otros testigos que los suyos. Celebran reuniones muy ocultas, simulando sociedades eruditas de literatos y sabios, hablan continuamente de su entusiasmo por la civilización, y de su amor hacia los más humildes: dicen que su único deseo es mejorar la condición de los pueblos y comunicar a cuantos más puedan las ventajas de la sociedad civil. Aunque fueran verdaderos tales propósitos, no todo está en ellos. Además, deben los afiliados dar palabra y seguridad de ciega y absoluta obediencia a sus jefes y maestros, estar preparados a obedecerles a la menor señal e indicación; y de no hacerlo así, a no rehusar los más duros castigos ni la misma muerte. Y, en efecto, cuando se ha juzgado que algunos han traicionado al secreto o han desobedecido las órdenes, no es raro darles muerte con tal audacia y destreza, que el asesino burla muy a menudo las pesquisas de la policía y el castigo de la justicia.

Ahora bien: esto de fingir y querer esconderse, de sujetar a los hombres como a esclavos con fortísimo lazo y sin causa bastante conocida, de valerse para toda maldad de hombres sujetos al capricho de otro, de armar a los asesinos procurándoles la impunidad de sus crímenes, es una monstruosidad que la misma naturaleza rechaza; y, por lo tanto, la razón y la misma verdad evidentemente demuestran que la sociedad de que hablamos pugna con la justicia y la probidad naturales.

IX

Singularmente, cuando hay otros argumentos, por cierto, clarísimos, que ponen de manifiesto esta falta de probidad natural. Porque, por grande astucia que tengan los hombres para ocultarse, por grande que sea su costumbre de mentir, es imposible que no aparezca de algún modo en los efectos la naturaleza de la causa. No puede el árbol bueno dar malos frutos, ni el árbol malo dar buenos frutos. Y los frutos de la secta masónica son, además de dañosos, muy amargos. Porque de los certísimos indicios antes mencionados resulta claro el último y principal de sus intentos, a saber: destruir hasta los fundamentos todo el orden

religioso y civil establecido por el cristianismo, y levantar a su manera otro nuevo con fundamentos y leyes sacadas de las entrañas del naturalismo.

X

Cuanto hemos dicho y diremos, debe entenderse de la secta masónica en sí misma y en cuanto abraza otras con ella unidas y confederadas, pero no de cada uno de sus secuaces. Puede haberlos, en efecto, y no pocos, que, si bien no dejan de tener culpa por haberse comprometido con semejantes sociedades, con todo no participan por sí mismos en sus crímenes e ignoran sus últimas intenciones. Del mismo modo, aun entre las otras asociaciones unidas con la masonería, algunas tal vez no aprobarán ciertas conclusiones extremas que sería lógico abrazar como dimanadas de principios comunes, si no causara horror su misma torpe fealdad. Algunas también, por circunstancias de tiempo y lugar, no se atreven a hacer tanto como ellas mismas quisieran y suelen hacer las otras; pero no por eso se han de tener por ajenas a la confederación masónica, pues ésta no tanto ha de juzgarse por sus hechos y las cosas que lleva a cabo, cuanto por el conjunto de los principios que profesa.

NATULALISMO «DOCTRINA»

XI

Ahora bien: es principio capital de los que siguen el naturalismo, como lo declara su mismo nombre, que la naturaleza y razón humana ha de ser en todo maestra y soberana absoluta; y, sentado esto, descuidan los deberes para con Dios o tienen de ellos conceptos vagos y erróneos. Niegan, en efecto, toda divina revelación; no admiten dogma religioso ni verdad alguna que la razón humana no pueda comprender, ni maestro a quien precisamente deba creerse por la autoridad de su oficio. Y como, en verdad, es oficio propio de la Iglesia católica, y que a ella sola pertenece, el guardar enteramente y defender en su incorrupta pureza el depósito de las doctrinas reveladas por Dios, la autoridad del magisterio y los demás medios sobrenaturales para la salvación, de aquí el haberse vuelto contra ella toda la saña y el ahínco todo de estos enemigos.

XII

Véase ahora el proceder de la secta masónica en lo tocante a la religión, singularmente donde tiene mayor libertad para obrar, y júzguese si es o no verdad que todo su empeño está en llevar a cabo las teorías de los naturalistas. Mucho tiempo ha que trabaja tenazmente para anular en la sociedad toda influencia del magisterio y autoridad de la Iglesia; por esto proclaman y defienden doquier el principio de que "Iglesia y Estado deben estar por completo separados" y así excluyen de las leyes y administración del Estado el muy saludable influjo de la religión católica, de donde se sigue que los Estados se han de constituir haciendo caso omiso de las enseñanzas y preceptos de la Iglesia.

Ni les basta con prescindir de tan buena guía como la Iglesia, sino que la agravan con persecuciones y ofensas. Se llega, en efecto, a combatir impunemente de palabra, por escrito y en la enseñanza, los mismos fundamentos de la religión católica; se pisotean los derechos de la Iglesia; no se respetan las prerrogativas con que Dios la dotó; se reduce casi a nada su libertad de acción, y esto con leyes en apariencia no muy violentas, pero en realidad expresamente hechas y acomodadas para atarle las manos. Vemos, además, al Clero oprimido con leyes excepcionales y graves, para que cada día vaya disminuyendo en número y le falten las cosas más necesarias; los restos de los bienes de la Iglesia, sujetos a todo género de trabas y gravámenes y enteramente puestos al arbitrio y juicio del Estado; las Órdenes religiosas, suprimidas y dispersas.

CONTRA LA SEDE APOSTÓLICA

XIII

Pero donde, sobre todo, se extrema la rabia de los enemigos es contra la Sede Apostólica y el Romano Pontífice. Quitósele primero con fingidos pretextos el reino temporal, baluarte de su independencia y de sus derechos; en seguida se le redujo a situación inicua, a la par que intolerable, por las dificultades que de todas partes se le oponen; hasta que, por fin, se ha llegado a punto de que los fautores de las sectas proclamen abiertamente lo que en oculto maquinaron largo tiempo, a

saber, que se ha de suprimir la sagrada potestad del Pontífice y destruir por entero el Pontificado, instituido por derecho divino. Aunque faltaran otros testimonios, consta suficientemente lo dicho por el de los sectarios, muchos de los cuales, tanto en otras diversas ocasiones como últimamente, han declarado que el propósito de los Masones es perseguir cuanto puedan a los católicos con una enemistad implacable, y no descansar hasta lograr que sea destruido todo cuanto los Sumos Pontífices han establecido en materia de religión o por causa de ella.

Y si no se obliga a los adeptos a abjurar expresamente la fe católica, tan lejos está esto de oponerse a los intentos masónicos, que antes bien sirve a ellos. Primero, porque éste es el camino de engañar fácilmente a los sencillos e incautos y de atraer a muchos más; y después, porque, abriendo los brazos a cualesquiera y de cualquier religión, consiguen persuadir de hecho el grande error de estos tiempos, a saber, el indiferentismo religioso y la igualdad de todos los cultos; conducta muy a propósito para arruinar toda religión, singularmente la católica, a la que, por ser la única verdadera, no sin suma injuria se la iguala con las demás.

NEGACIÓN DE LOS PRINCIPIOS FUNDAMENTALES
XIV

Pero más lejos van los naturalistas, porque, lanzados audazmente por las sendas del error en las cosas de mayor momento, caen despeñados en lo profundo, sea por la flaqueza humana, sea por un justo juicio de Dios, que castiga su soberbia. Así es que en ellos pierden su certeza y fijeza aun las verdades que se conocen por luz natural de la razón, como son la existencia de Dios, la espiritualidad e inmortalidad del alma humana.

Y la secta de los Masones da en estos mismos escollos del error con no menos precipitado curso. Porque, si bien confiesan, en general, que Dios existe, ellos mismos testifican no estar impresa esta verdad en la mente de cada uno con firme asentimiento y estable juicio. Ni disimulan tampoco ser entre ellos esta cuestión de Dios causa y fuente abundantísima de discordia; y aun es notorio que últimamente hubo entre ellos, por esta misma cuestión, no leve contienda. De hecho, la secta concede a los suyos libertad absoluta de defender que Dios existe o que no existe; y con la misma facilidad se recibe a los que resueltamente

defienden la negativa, como a los que opinan que existe Dios, pero sienten de El perversamente, como suelen los panteístas; lo cual no es otra cosa que acabar con la verdadera noción de la naturaleza divina, conservando de ella no se sabe qué absurdas apariencias. Destruido o debilitado este principal fundamento, síguese que han de quedar vacilantes otras verdades conocidas por la luz natural: por ejemplo, que todo existe por la libre voluntad de Dios creador; que su providencia rige el mundo; que las almas no mueren; que a esta vida ha de suceder otra sempiterna.

XV

Destruidos estos principios, que son como la base del orden natural, importantísimo para la conducta racional y práctica de la vida, fácilmente aparece cuáles han de ser las costumbres públicas y privadas. Nada decimos de las virtudes sobrenaturales, que nadie puede alcanzar ni ejercitar sin especial gracia y don de Dios, de las cuales por fuerza no ha de quedar vestigio en los que desprecian por desconocidas la redención del género humano, la gracia divina, los sacramentos, la felicidad que se ha de alcanzar en el cielo.

Hablamos de las obligaciones que se deducen de la probidad natural. Un Dios creador del mundo y su próvido gobernador; una ley eterna que manda conservar el orden natural y veda el perturbarlo; un fin último del hombre y mucho más excelso que todas las cosas humanas y más allá de esta morada terrestre; éstos son los principios y fuente de toda honestidad y justicia; y, suprimidos éstos, como suelen hacerlo naturalistas y masones, falta inmediatamente todo fundamento y defensa a la ciencia de lo justo y de lo injusto. Y, en efecto, la única educación que a los Masones agrada, y con la que, según ellos, se ha de educar a la juventud, es la que llama laica, independiente, libre; es decir, que excluya toda idea religiosa. Pero cuán escasa sea ésta, cuán falta de firmeza y a merced del soplo de las pasiones, bien lo manifiestan los dolorosos frutos que ya se ven en parte; en dondequiera que esta educación ha comenzado a reinar más libremente, una vez suprimida la educación cristiana, prontamente se han visto desaparecer las buenas y sanas costumbres, tomar cuerpo las opiniones más monstruosas y subir de todo punto la audacia en los crímenes. Públicamente se lamenta y deplora todo esto, y aun lo

reconocen, aunque no querrían, no pocos que se ven forzados a ello por la evidencia de la verdad.

XVI

Además, como la naturaleza humana quedó inficionada con la mancha del primer pecado, y por lo tanto más propensa al vicio que a la virtud, se requiere absolutamente para obrar bien sujetar los movimientos obcecados del ánimo y hacer que los apetitos obedezcan a la razón. Y para que en este combate conserve siempre su señorío la razón vencedora, se necesita muy a menudo despreciar todas las cosas humanas y pasar grandísimas molestias y trabajos. Pero los naturalistas y masones, que ninguna fe dan a las verdades reveladas por Dios, niegan que pecara nuestro primer padre, y estiman, por tanto, al libre albedrío en nada amenguado en sus fuerzas ni inclinado al mal. Antes, por lo contrario, exagerando las fuerzas y excelencia de la naturaleza, y poniendo en ésta únicamente el principio y norma de la justicia, ni aun pensar pueden que para calmar sus ímpetus y regir sus apetitos se necesite una asidua pelea y constancia suma. De aquí vemos ofrecerse públicamente tantos estímulos a los apetitos del hombre: periódicos y revistas, sin moderación ni vergüenza alguna; obras dramáticas, licenciosas en alto grado; asuntos para las artes, sacados con proterva de los principios de ese que llaman realismo; ingeniosos inventos para una vida muelle y muy regalada; rebuscados, en suma, toda suerte de halagos sensuales, a los cuales cierre los ojos la virtud adormecida. En lo cual obran perversamente, pero son en ello muy consecuentes consigo mismos, quienes quitan toda esperanza de los bienes celestiales, y ponen vilmente en cosas perecederas toda la felicidad, como si la fijaran en la tierra. Lo referido puede confirmar una cosa más extraña de decirse que de creerse. Porque, como apenas hay tan rendidos servidores de esos hombres sagaces y astutos como los que tienen el ánimo enervado y quebrantado por la tiranía de las pasiones, hubo en la secta masónica quien dijo públicamente y propuso que ha de procurarse con persuasión y maña que la multitud se sacie con la innumerable licencia de los vicios, en la seguridad que así la tendrán sujeta a su arbitrio para poder atreverse a todo en lo futuro.

XVII

Por lo que toca a la vida doméstica, he aquí casi toda la doctrina de los naturalistas. El matrimonio es un mero contrato: puede justamente rescindirse a voluntad de los contratantes; la autoridad civil tiene poder sobre el vínculo matrimonial. En el educar los hijos nada hay que enseñarles como cierto y determinado en punto de religión; al llegar a la adolescencia, corre a cuenta de cada cual escoger lo que guste. Esto mismo piensan los Masones; no solamente lo piensan, sino que se empeñan, hace ya mucho, en reducirlo a costumbre y práctica. En muchos Estados, aun en los llamados católicos, está establecido que fuera del matrimonio civil no hay unión legítima; en otros, la ley permite el divorcio; en otros se trabaja para que cuanto antes sea permitido. Así, apresuradamente se corre a cambiar la naturaleza del matrimonio en unión inestable y pasajera, que la pasión haga o deshaga a su antojo.

También tiene puesta la mira, con suma conspiración de voluntades, la secta de los Masones en arrebatar para sí la educación de los jóvenes. Ven cuán fácilmente pueden amoldar a su capricho esta edad tierna y flexible y torcerla hacia donde quieran, y nada más oportuno para lograr que se forme así para la sociedad una generación de ciudadanos tal cual ellos se la forjan. Por tanto, en punto de educación y enseñanza de los niños, nada dejan al magisterio y vigilancia de los ministros de la Iglesia, habiendo llegado ya a conseguir que en varios lugares toda la educación de los jóvenes esté en manos de laicos, de suerte que, al formar sus corazones, nada se les diga de los grandes y santísimos deberes que ligan al hombre con Dios.

CONSECUENCIAS POLÍTICAS
XVIII

Vienen en seguida los principios de la ciencia política. En este género dogmatizan los naturalistas que los hombres todos tienen iguales derechos y son de igual condición en todo; que todos son libres por naturaleza; que ninguno tiene derecho para mandar a otro, y el pretender que los hombres obedezcan a cualquier autoridad que no venga de ellos mismos es propiamente hacerles violencia. Todo está, pues, en manos del pueblo libre; la autoridad existe por mandato o concesión del pueblo; tanto que, mudada la voluntad popular, es lícito destronar a los príncipes

aun por la fuerza. La fuente de todos los derechos y obligaciones civiles está o en la multitud o en el Gobierno de la nación, organizado, por supuesto, según los nuevos principios. Conviene, además, que el Estado sea ateo; no hay razón para anteponer una a otra entre las varias religiones, pues todas deben ser igualmente consideradas.

XIX

Y que todo esto agrade a los Masones del mismo modo, y quieran ellos constituir las naciones según este modelo, es cosa tan conocida que no necesita demostrarse. Con todas sus fuerzas e intereses lo están maquinando así hace mucho tiempo, y con esto dejan expedito el camino a no pocos más audaces que se inclinan a peores opiniones, pues proyectan la igualdad y comunidad de toda la riqueza, borrando así del Estado toda diferencia de clases y fortunas.

ERRORES Y PELIGROS

XX

De lo que sumariamente hemos referido aparece bastante claro que sea y por dónde va la secta de los Masones. Sus principales dogmas discrepan tanto y tan claramente de la razón, que nada puede ser más perverso. Querer acabar con la religión y la Iglesia, fundada y conservada perennemente por el mismo Dios, y resucitar después de dieciocho siglos las costumbres y doctrinas gentílicas, es necedad insigne y muy audaz impiedad. Ni es menos horrible o más llevadero el rechazar los beneficios que con tanta bondad alcanzó Jesucristo, no sólo a cada hombre en particular, sino también en cuanto viven unidos en la familia o en la sociedad civil, beneficios señaladísimos hasta según el juicio y testimonio de los mismos enemigos. En tan feroz e insensato propósito parece reconocerse el mismo implacable odio o sed de venganza en que arde Satanás contra Jesucristo.

Así como el otro vehemente empeño de los Masones, el de destruir los principales fundamentos de lo justo y lo honesto, y animar así a los que, a imitación del animal, quisiera fuera lícito cuanto agrada, no es otra cosa que empujar el género humano ignominiosa y vergonzosamente a su extrema ruina.

XXI

Aumentan el mal los peligros que amenazan a la sociedad doméstica y civil. Porque, como otras veces lo hemos expuesto, hay en el matrimonio, según el común y casi universal sentir de todos los pueblos y siglos, algo de sagrado y religioso: veda, además, la ley divina que pueda disolverse. Pero si esto se permitiera, si el matrimonio se hace profano, necesariamente ha de seguirse en la familia la discordia y la confusión, cayendo de su dignidad la mujer y quedando incierta la prole tanto sobre sus bienes como sobre su propia vida.

XXII

Pues el no cuidar oficialmente para nada de la religión, y en la administración y ordenación de la cosa pública no tener cuenta ninguna de Dios, como si no existiese, es atrevimiento inaudito aun entre los mismos gentiles, en cuyo corazón y entendimiento tan grabada estuvo no sólo la creencia en los dioses, sino la necesidad de un culto público, que reputaban más fácil encontrar una ciudad sin suelo que sin Dios.

De hecho, la sociedad humana a que nos sentimos naturalmente inclinados fue constituida por Dios, autor de la naturaleza; y de Él emana, como de principio y fuente, la naturaleza y perenne abundancia de los bienes innumerables en que la sociedad abunda. Así, pues, como la misma naturaleza enseña a cada uno en particular a dar piadosa y santamente culto a Dios por tener de Él la vida y los bienes que la acompañan, así, y por idéntica causa, incumbe este mismo deber a pueblos y Estados. Y los que quisieran a la sociedad civil libre de todo deber religioso, claro está que obran no sólo injusta, sino ignorante y absurdamente.

Si, pues, los hombres por voluntad de Dios nacen ordenados a la sociedad civil, y a esta es tan indispensable el vínculo de la autoridad que, quitando esta, por necesidad se disuelve aquélla, sabiendo que el mismo que creó la sociedad creó la autoridad. De aquí se ve que quien está revestido de ella, sea quien fuere, es ministro de Dios, y, por tanto, según lo piden el fin y la naturaleza de la sociedad humana, es tan puesto en razón el obedecer a la potestad legítima cuando manda lo justo, como obedecer a la autoridad de Dios, que todo lo gobierna; y nada tan falso

como el pretender que corresponda por completo a la masa del pueblo el negar la obediencia cuando le agrade. Todos los hombres son, ciertamente, iguales: nadie duda de ello, si se consideran bien la comunidad igual de origen y naturaleza, el fin último cuya consecuencia se ha señalado a cada uno, y finalmente los derechos y deberes que de ellos nacen necesariamente.

XXIII

Mas como no pueden ser iguales las capacidades de los hombres, y distan mucho uno de otro por razón de las fuerzas corporales o del espíritu, y son tantas las diferencias de costumbres, voluntades y temperamentos, nada más repugnante a la razón que el pretender abarcarlo y confundirlo todo y llevar a las leyes de la vida civil tan rigurosa igualdad. Así como la perfecta constitución del cuerpo humano resulta de la juntura y composición de miembros diversos, que, diferentes en forma y funciones, atados y puestos en sus propios lugares, constituyen un organismo hermoso a la vista, vigoroso y apto para bien funcionar, así en la humana sociedad son casi infinitas las diferencias de los individuos que la forman; y si todos fueran iguales y cada uno se rigiera a su arbitrio, nada habría más deforme que semejante sociedad; mientras que si todos, en distinto grado de dignidad, oficios y aptitudes, armoniosamente conspiran al bien común, retratarán la imagen de una ciudad bien constituida y según pide la naturaleza.

XXIV

Además, de los turbulentos errores, que ya llevamos enumerados, han de temerse los mayores peligros para los Estados. Porque, quitado el temor de Dios y el respeto a las leyes divinas, menospreciada la autoridad de los príncipes, consentida y legitimada la manía de las revoluciones, sueltas con la mayor licencia las pasiones populares, sin otro freno que el castigo, ha de seguirse necesariamente el trastorno y la ruina de todas las cosas. Y aun precisamente esta ruina y trastorno, es lo que a conciencia maquinan y expresamente proclaman unidas las masas de comunistas y socialistas, a cuyos designios no podrá decirse ajena la secta de los Masones, pues favorece en gran manera sus planes y conviene con ellas en los principales dogmas. Y si de hecho no llegan inmediatamente y en todas partes a las últimas consecuencias, no se atribuya a sus doctrinas ni

a su voluntad, sino a la eficacia de la religión divina, que no puede extinguirse, y a la parte más sana de los hombres, que, rechazando la servidumbre de las sociedades secretas, resisten con valor a sus locos conatos.

XXV

¡Ojalá juzgasen todos del árbol por sus frutos y conocieran la semilla y principio de los males que nos oprimen y los peligros que nos amenazan! Tenemos que habérnoslas con un enemigo astuto y doloso que, halagando los oídos de pueblos y príncipes, ha cautivado a unos y otros con blandura de palabras y adulaciones.

Al insinuarse entre los príncipes fingiendo amistad, pusieron la mira los Masones en lograrlos como socios y colaboradores poderosos para oprimir a la religión católica; y para estimularles más con insistente calumnia acusaron a la Iglesia de que, envidiosa, disputaba a los príncipes su potestad y prerrogativas reales. Lograda por tales artes la audacia y la seguridad, comenzaron a intervenir con gran influencia en el régimen de las naciones, estando dispuestos —por lo demás— a sacudir los fundamentos de los imperios y a perseguir, calumniar y destronar a los príncipes, siempre que ellos no se mostrasen inclinados a gobernar a gusto de la secta.

No de otro modo engañaron, adulándolos, a los pueblos. Voceando libertad y prosperidad pública, haciendo ver que por culpa de la Iglesia y de los monarcas, no había salido ya la multitud de su inicua servidumbre y de su miseria, engañaron al pueblo, y, despertada en él la sed de novedades, le incitaron a combatir contra ambas potestades. Pero ventajas tan esperadas están más en el deseo que en la realidad, y antes bien, más oprimida la plebe, se ve forzada a carecer en gran parte de las mismas cosas en que esperaba el consuelo de su miseria, las cuales hubiera podido hallar con facilidad y abundancia en la sociedad cristianamente constituida. Y éste es el castigo de su soberbia, que suelen encontrar cuantos se vuelven contra el orden de la Providencia divina: que tropiezan con una suerte desoladora y mísera allí mismo donde, temerarios, la esperaban próspera y abundante según sus deseos.

XXVI

La Iglesia, en cambio, como que manda obedecer primero y sobre todo a Dios, Soberano Señor de todas las cosas, no podría, sin injuria y falsedad, ser tenida por enemiga de la potestad civil, usurpadora de algún derecho de los príncipes; antes bien, quiere se dé al poder civil, por dictamen y obligación de conciencia, cuanto de derecho se le debe; y el hacer dimanar de Dios mismo, conforme hace la Iglesia, el derecho de mandar, da gran incremento a la dignidad del poder civil y no leve apoyo para captarse el respeto y benevolencia de los ciudadanos. Amiga de la paz, la misma Iglesia fomenta la concordia, abraza a todos con maternal cariño y, ocupada únicamente en ayudar a los hombres, enseña que conviene unir la justicia con la clemencia, el mando con la equidad, las leyes con la moderación; que no ha de violarse el derecho de nadie; que se ha de servir al orden y tranquilidad pública y aliviar cuanto se pueda pública y privadamente la necesidad de los menesterosos. Pero por esto piensan, para servirnos de las palabras mismas de San Agustín, o quieren que se piense no ser la doctrina de Cristo provechosa para la sociedad, porque no quieren que el Estado se asiente sobre la solidez de las virtudes, sino sobre la impunidad de los vicios. Conocido bien todo esto, sería insigne prueba de sensatez política y empresa conforme a lo que exige la salud pública que príncipes y pueblos se unieran, no con los Masones para destruir la Iglesia, sino con la Iglesia para quebrantar los ímpetus de los Masones.

REMEDIOS DOCTRINALES
XXVII

Sea como quiera, ante un mal tan grave y ya tan extendido, lo que a Nos toca, Venerables Hermanos, es aplicarnos con toda el alma a la busca de remedios.

Y porque sabemos que la mejor y más firme esperanza de remedio está puesta en la virtud de la religión divina, tanto más odiada por los Masones cuanto más temida, juzgamos ser lo principal el servirnos contra el común enemigo de esta virtud tan saludable. Así que todo lo que decretaron los Romanos Pontífices, Nuestros Antecesores, para impedir las tentativas y los esfuerzos de la secta masónica, y todo cuanto sancionaron para alejar a los hombres de semejantes sociedades o sacarlos de ellas, todas y cada una de

estas cosas las damos por ratificadas y las confirmamos con Nuestra autoridad apostólica. Y confiadísimos en la buena voluntad de los cristianos, rogamos y suplicamos a cada uno en particular por su eterna salvación que estimen deber sagrado de conciencia el no apartarse un punto de lo que en esto tiene ordenado la Silla Apostólica.

XXVIII

Y a vosotros, Venerables Hermanos, os pedimos y rogamos con la mayor instancia que, uniendo vuestros esfuerzos a los Nuestros, procuréis con todo ahínco extirpar esta asquerosa peste que va serpeando por todas las venas de la sociedad. A vosotros toca defender la gloria de Dios y la salvación de los prójimos: ante tales fines en el combate, no ha de faltaros ni el valor ni la fuerza.

XXIX

Vuestra prudencia os dictará el modo mejor de vencer los obstáculos y las dificultades que se alzarán; pero como es propio de la autoridad de nuestro ministerio el indicaros Nos mismo algún plan razonable, pensad que en primer lugar se ha de procurar arrancar a los Masones su máscara, para que sean conocidos tales cuales son, que los pueblos aprendan por vuestros discursos y pastorales, dados con este fin, las malas artes de semejantes sociedades para halagar y atraer, la perversidad de sus opiniones y lo criminal de sus hechos. Que ninguno que estime en lo que debe su profesión de católico y su salvación juzgue serle lícito por ningún título dar su nombre a la secta masónica, como repetidas veces lo prohibieron Nuestros Antecesores. Que a ninguno engañe aquella honestidad fingida; puede, en efecto, parecer a algunos que nada piden los Masones abiertamente contrario a la religión y buenas costumbres; pero como toda la razón de ser y causa de la secta estriba en el vicio y en la maldad, claro es que no es lícito unirse a ellos ni ayudarles en modo alguno.

XXX

Además, conviene con frecuentes sermones y exhortaciones inducir a las muchedumbres a que se instruyan con todo esmero en lo tocante a la

religión, y para esto recomendamos mucho que en escritos y sermones oportunos se explanen los principales y santísimos dogmas que encierran toda la filosofía cristiana. Con lo cual se llega a sanar los entendimientos por medio de la instrucción y a fortalecerlos así contra las múltiples formas del error como contra los varios modos con que se presentan atractivos los vicios en esa tan grande libertad de publicaciones y curiosidad tan grande de saber.

Grande obra, sin duda; pero en ella será vuestro primer auxiliar y colaborador de vuestros trabajos el Clero, si con vuestro esfuerzo lográis que salga bien pertrechado en virtudes y en ciencia. Mas empresa tan sana e importante reclama también en su auxilio el celo activo de los seglares, que juntan en uno el amor de la religión y de la Patria con la probidad y el saber. Aunadas las fuerzas de una y otra clase, trabajad, Venerables Hermanos, para que todos los hombres conozcan bien y amen a la Iglesia; porque cuanto mayor fuere este conocimiento y este amor, tanto mayor será así la repugnancia con que se mire a las sociedades secretas como el empeño en rehuirlas.

ORGANIZACIONES POLÍTICAS
XXXI

Y aprovechando esta oportunidad, renovamos ahora justamente Nuestro deseo, ya repetido, de que se propague y se fomente con toda diligencia la Orden Tercera de San Francisco, cuyas reglas con lenidad prudente hemos suavizado hace muy poco tiempo. El único fin que le dio su autor es el de traer los hombres a la imitación de Jesucristo, al amor de su Iglesia, al ejercicio de toda virtud cristiana; mucho ha de valer, por tanto, para extinguir el contagio de estas perversísimas sociedades. Y así, que cada día aumente más esta santa Congregación; pues, además de otros muchos frutos, puede esperarse de ella el insigne de que vuelvan los corazones a la libertad, fraternidad e igualdad, no como absurdamente las conciben los masones, sino como las alcanzó Jesucristo para el humano linaje y las siguió San Francisco: esto es, la libertad de los hijos de Dios, por la cual nos veamos libres de la servidumbre de Satanás y de las pasiones, nuestros perversísimos tiranos; la fraternidad que dimana de ser Dios nuestros Creador y Padre común de todos; la igualdad que, teniendo por

fundamento la caridad y la justicia, no borra toda diferencia entre los hombres, sino que con la variedad de condiciones, deberes e inclinaciones forma aquel admirable y armonioso concierto que aun la misma naturaleza pide para el bien y la dignidad de la vida civil.

XXXII

Viene, en tercer lugar, una institución sabiamente establecida por nuestros mayores e interrumpida por el transcurso del tiempo, que puede valer ahora como ejemplar y forma para lograr instituciones semejantes.

Hablamos de los gremios y cofradías de trabajadores con que estos, al amparo de la religión, defendían juntamente sus intereses y, a la par, las buenas costumbres.

Y si con el uso y experiencia de largo tiempo vieron nuestros mayores la utilidad de estas asociaciones, tal vez la experimentaremos mejor nosotros por ser especialmente aptas para invalidar el poder de las sectas. Los que conllevan la pobreza con el trabajo de sus manos, fuera de ser dignísimos, en primer término, de caridad y consuelo, están más expuestos a las seducciones de los malvados, que todo lo invaden con fraudes y engaños. Débeseles, por ello, ayudar con la mayor benignidad posible y atraer a sociedades honestas, no sea que los arrastren a las infames. En consecuencia, para salud del pueblo, tenemos vehementes deseos de ver restablecidas en todas partes, según piden los tiempos, estas corporaciones bajo los auspicios y patrocinio de los Obispos. Y no es pequeño Nuestro gozo al verlas ya establecidas en diversos lugares en que también se han fundado sociedades protectoras, siendo propósito de unas y otras ayudar a la clase honrada de los proletarios, socorrer y custodiar sus hijos y sus familias, fomentando en ellas, con la integridad de las buenas costumbres, el amor a la piedad y el conocimiento de la religión.

XXXIII

Y en este punto no dejaremos de mencionar la Sociedad llamada de San Vicente de Paúl, tan benemérita de las clases pobres y tan insigne públicamente en su ejemplaridad. Bien conocidas son su actuación y sus aspiraciones; se emplea en adelantarse espontáneamente al auxilio de los menesterosos y de los que sufren, y esto con admirable sagacidad y

modestia; pues, cuanto menos quiere mostrarse, tanto es mejor para ejercer la caridad cristiana y más oportuna para consuelo de las miserias.

EDUCACIÓN DE LA JUVENTUD

XXXIV

En cuarto lugar, y para obtener más fácilmente lo que intentamos, con el mayor encarecimiento encomendamos a vuestro celo y a vuestros desvelos la juventud, esperanza de la sociedad.

Poned en su educación vuestro principal cuidado, y nunca, por más que hiciereis, creáis haber hecho bastante en el preservar a la adolescencia de aquellas escuelas y aquellos maestros, en los que pueda temerse el aliento pestilente de las sectas. Exhortad a los padres, a los directores espirituales, a los párrocos para que insistan, al enseñar la doctrina cristiana, en avisar oportunamente a sus hijos y alumnos sobre la perversidad de estas sociedades, y a que aprendan desde luego a precaverse de las fraudulentas y varias artes que sus propagadores suelen emplear para enredar a los hombres. Y aun no harían mal, los que preparan a los niños para recibir bien la primera Comunión, en persuadirles que se propongan y se comprometan a no ligarse nunca con sociedad alguna sin decirlo antes a sus padres o sin consultarlo con su confesor o con su párroco.

XXXV

Bien conocemos que todos nuestros comunes trabajos no bastarán a arrancar estas perniciosas semillas del campo del Señor si desde el cielo el dueño de la viña no favorece benigno nuestros esfuerzos.

Necesario es, por lo tanto, implorar con vehemente anhelo e instancia su poderoso auxilio, como y cuanto lo piden la extrema necesidad de las circunstancias y la grandeza del peligro. Levantase insolente y orgullosa por sus triunfos la secta de los Masones, ni parece poner ya límites a su pertinacia. Préstanse mutuo auxilio sus sectarios, todos unidos en nefando contubernio y por comunes ocultos designios, y unos a otros se animan para todo malvado atrevimiento. Tan fiero asalto pide igual defensa, es a saber, que todos los buenos se unan en amplísima coalición de obras y oraciones. Les pedimos, pues, por un lado, que, estrechando las filas,

firmes y a una, resistan contra los ímpetus cada día más violentos de los sectarios; por otro, que levanten a Dios las manos y le supliquen con grandes gemidos, para alcanzar que florezca con nuevo vigor la religión cristiana; que goce la Iglesia de la necesaria libertad; que vuelvan a la buena senda los descarriados; y que, al fin, abran paso a la verdad los errores y los vicios a la virtud.

XXXVI

Como intercesora y abogada tengamos a la Virgen María Madre de Dios, para que, pues ya en su misma Concepción purísima venció a Satanás, sea Ella quien se muestre poderosa contra las nefandas sectas, en las que claramente se ve revivir la soberbia contumaz del demonio junto con una indómita perfidia y simulación. Acudamos también al príncipe de los ángeles buenos, San Miguel, el debelador de los enemigos infernales; y a San José, esposo de la Virgen santísima, así como a San Pedro y San Pablo, Apóstoles grandes, sembradores e invictos defensores de la fe cristiana, en cuyo patrocinio confiamos, así como en la perseverante oración de todos, para que el Señor acuda oportuno y benigno en auxilio del género humano que se encuentra lanzado a peligros tantos. Sea prueba de los dones celestiales y de Nuestra benevolencia la Bendición Apostólica, que de todo corazón os damos en el Señor, a vosotros, Venerables Hermanos, al Clero y a todo el pueblo confiado a vuestra vigilancia.

Dado en Roma, junto a San Pedro, el 20 de abril de 1884, año séptimo de Nuestro Pontificado.

FLAGELACIÓN

Ante tales ataques y persecuciones, estos señores se vieron obligados a cerrar sus residencias y abrir otras que pasaran a ser plenamente secretas.

Entonces es cuando acuerdan que, si alguno de ellos denuncia al otro o revela el sitio de reunión, será perseguido y maldecido. Y desde entonces la inmutable tradición de la masonería ordena sabiamente que todo hermano deberá comprometerse a sellarse los labios como prueba de lealtad.

Los Gobiernos los acosan por lo que ya hemos expuesto, y, además, porque en unos registros que la policía llevó a cabo en uno de sus lugares de reuniones, encontraron un documento que bajo el título de «Crónica del Francmasón», se decía, entre otras muchas cosas, lo siguiente:

> Si afirmamos que bajo ningún concepto se ha encontrado un Masón dispuesto a tomar las armas en contra de un mal gobierno, declararíamos solemnemente que, en momentos de prueba, cuando el deber, en el sentido Masónico, para con el Estado significa antagonismo al Gobierno, habrían fracasado en el deber más alto y sagrado de un ciudadano. La rebelión en algunos casos es un deber sagrado, y nadie, sino un intolerante o un necio, dirá, que nuestros compatriotas se equivocaron cuando tomaron las armas en contra del Rey.
>
> La lealtad a la libertad, en un caso de esta clase, anula todas las otras consideraciones, y cuando rebelarse significa ser libre o parecerlo, sería inútil insistir en que un hombre debe recordar obligaciones que nunca se pensaron para probarlo de su condición de ser humano y de ser ciudadano...

La Iglesia se aparta de ellos, como ya hemos dicho antes, y prohíbe a cualquier católico bajo pena de excomunión que entren en esas clases de sectas o las favorezcan de alguna forma, instándoles encarecidamente a que si saben algo de ellas o de alguno de sus miembros o jefes los denuncien de inmediato. Y estas medidas son tomadas por la Santa Sede porque también son encontrados documentos masónicos que aconsejan a sus miembros una religión un poco personal, a juicio de los investigadores eclesiásticos. Quizás este fragmento de un artículo que salió publicado en el periódico «La Voice», de Chicago, nos puede dar una visión exacta de lo que tratamos de dar a entender:

> ...son siempre las principales causas de disputa, odio y venganza, que difaman y destierran a la religión y sus inseparables virtudes, y provocan daños atroces, donde quiera que se encuentra la humanidad en la tierra. El papado y el clero están tan unidos, que pueden ser llamados lo mismo; la verdad es, que el primero no es ni más ni menos que un caso especial del segundo, que es una forma particular de un principio vicioso, que él mismo no es sino el resultado del orgullo de la autosuficiencia y del deseo del poder. Nada de lo que se puede nombrar es más repugnante al espíritu de la Masonería, no hay nada en contra de lo que más cuidadosamente nos defendamos, y esto ha sido siempre bien entendido por todos los maestros expertos, y debe en verdad decirse, que tal es la sabiduría de las enseñanzas de la Masonería en las Logias.
>
> Las librerías comienzan de la noche a la mañana a inundarse de obras que describen las muchas aberraciones que los masones suelen llevar cabo en sus reuniones secretas, y las grandes humillaciones a las que son sometidos los que piden la entrada en sus logias.

A esta lluvia de literatura masónica, devorada por una mayoría de lectores ávidos de dramatismo, se suman también algunos clérigos. Estos, tal vez influenciados por el manuscrito que antes dimos a conocer con el título de «La masonería según las escrituras», comienzan a mezclar a los judíos con los masones, y nace entonces el mito «judeo-masónico».

Don José María Caro Rodríguez fue de entre todos los religiosos que escribieron en contra de los masones, el que más dio pie a la creencia de este mito. Nacido en Chile en el año 1870 y muerto en 1958, don José María Caro fue obispo de Iquique, arzobispo de Santiago y disfrutó del honor de ser el primer cardenal nacido en Chile. Hombre de vasta cultura, escribió varias obras de carácter doctrinal, entre las que podemos citar las siguientes: «La Iglesia y los obreros», «El matrimonio cristiano», «Porque creo» y «Fundamentos de la fe». Más tarde, en el año 1924, y ya siendo obispo, escribió el libro que ha reclamado nuestra atención, el que él mismo título como *EL MISTERIO DE LA MASONERÍA. Descorriendo el velo.* Libro éste, como todos los que se publicaban sobre este malicioso tema, que fue un éxito editorial sin precedentes.

Siguiendo fieles a no dar nuestra opinión sobre aquellos temas que han sido escritos por otros, daremos también a conocer aquí algunos apartados del mencionado libro para que cada cual saque o pueda sacar sus propias conclusiones:

En la introducción que el cardenal hace en su obra, de una forma muy elegante, y como si quisiera ser perdonado por todo lo que va a descubrir en ella, dice:

Introducción

Con verdadero temor entro a tratar la materia de este librito, presintiendo que voy a disgustar a más de uno con el intento de vulgarizarla como, con el favor de Dios, me propongo. Hay entre los masones personas serias y sinceras, que, tal vez, han llegado a formarse la convicción de que la asociación a la cual han dado su nombre no solo es inofensiva, sino honorable y digna de reconsideración. Entre esas personas hay algunas que me manifiestan benevolencia y me honran con sus atenciones; a otras les debo servicios y les estoy agradecido. Pero si esas personas, cuya sinceridad reconozco, piensan rectamente, comprenderán que yo también voy a tratar esta materia con toda la sinceridad de mi alma, y que no es mi intención ocasionar a nadie la menor molestia, sino cumplir con una obligación que me impone la conciencia. Más aún, descubrirán en este trabajo un esfuerzo para sacar del error a los que, a mover y según las reglas generales del común sentir, han caído en él sin darse cuenta o por una excesiva condescendencia.

Después, una vez concluida su introducción, va poco a poco subiendo el tono, y escribe cosas como las que a continuación seguimos dando a conocer:

Un parangón con la Iglesia Católica.

La Masonería dice a sus adeptos y a todo el mundo que es una institución que investiga y enseña la verdad. La Iglesia católica también dice lo mismo. Pero la Masonería oculta esa verdad a sus propios adeptos a tal punto que ni siquiera en los grados cercanos al último se la enseña claramente y del todo. La Iglesia católica, desde el principio, a todos, sin ninguna distinción, enseña todos sus misterios, y todo su interés y afán está en que su doctrina sea conocida de todo el mundo, de sus mismos enemigos y perseguidores. Si lo que la Masonería enseña es la verdad, ¿por qué teme tanto la luz? Si es la verdad, ¿por qué tanto egoísmo para ocultarla, aún a los propios adeptos?

En el apartado que acabamos de leer, el Cardenal juzga a la sociedad masónica por ocultarse para preservar sus vidas, sin tener en cuenta que cuando los cristianos fueron perseguidos por sus ideas religiosas, también tuvieron que ocultarse en las catacumbas romanas y programar reuniones secretas.

Un verdadero Proteo

Lo que las fábulas cuentan del personaje mitológico llamado Proteo, a quien no se le podía coger por la variedad de formas con que se presentaba, se realiza con exactitud en la Masonería: ella, como el personaje aludido, cambia de formas según le conviene: unas veces es monárquica, otras republicana y otras veces, comunista; unas veces enciende la revolución, otras veces defiende el orden; unas veces patrocina las doctrinas y reconoce como suyos los hechos de sus miembros; otras veces, sobre todo cuando son tales que despierten a la execración pública, se lava las manos y atribuye esos hechos a la exageración o apasionamiento personal del que los llevó a cabo.

Por otra parte, lo que se hace o enseña en unas logias lo ignoran otras logias inferiores. No todos los ritos son los mismos. Queda, pues, un ancho campo para que un masón pueda decir: “Yo soy masón y aún he ocupado altos puestos en las logias y no sé nada de eso que se atribuye a la Masonería; son calumnias que le levantan sus enemigos”. La mayor parte de ellos lo dirá con verdad, porque así es: los masones ignoran muchas cosas de la masonería; pero otros lo dirán mintiendo, porque así les conviene decirlo.

Como se comprende fácilmente, una sociedad que se oculta en las tinieblas de la noche o del secreto para hacer sus trabajos, tiene una ventaja inmensa sobre sus adversarios para despistarlos y engañarlos, y dará ímprobo trabajo al curioso que pretenda descubrir una parte de ellos siquiera. Con esa condición a la vista, alegaré pruebas a lo que vaya diciendo, de tal manera que el lector se forme de esa asociación una idea fundada en los datos más auténticos e innegables que hay, sin olvidar lo que dice un ex masón: “El masón está descalificado para hablar de la Masonería” (Copin, P.O. 106.107).

La tolerancia masónica. Antifanatismo

La Masonería hace profesión de observar la más absoluta tolerancia de todas las opiniones y de combatir tenazmente el fanatismo. Veamos si en esto es más sincera y veraz que en sus demás afirmaciones. Tomo las ideas de Copin Albancelli (La Consp. Juive, páginas 130 y siguientes).

«La Masonería, o más bien el Poder Oculto que la dirige, para hacerla aceptar, invocaba en sus comienzos el espíritu de tolerancia; así lograba que muchos católicos la aceptasen. En seguida combatió a la Iglesia en nombre de la misma tolerancia que le había permitido existir. De suerte que nos es dado asistir a un espectáculo verdaderamente extraño: hay, en efecto, según la Masonería. Dos iglesias por delante: la una digna de odio a causa de su intolerancia: es el catolicismo; la otra, admirable a causa de su tolerancia: es la Masonería. Es lo que dicen los masones; pero ved lo que pasa en realidad. La Iglesia de la intolerancia existía antes de la que se dice iglesia de la tolerancia. Por tanto, ha tolerado la existencia de ésta. Al contrario, ahora que esta última está constituida, ahora que está en pleno triunfo, es ella la que no permite el mantenimiento de la otra. Es, pues, la Intolerancia la que tolera y la tolerancia la que no tolera. Y lo que hace más gracia, es que los que se dicen tolerantes y no toleran, en nombre de su tolerancia, no se daban cuenta absolutamente de su intolerancia. Es un poco bufo esto para ser verdad; y sin embargo, es el espectáculo que el mundo entero puede contemplar. ¡Tan profundo es el obcecamiento que resulta de las sugestiones lanzadas en la Masonería por el Poder Oculto! ¿Cómo pueden ser así falseadas las conciencias? Sería cosa imposible de comprender y explicar para mí si la mía no hubiese sido arrastrada, como tantas otras, en el torbellino de demencia, si yo no hubiese sido actor y víctima a la vez».

El mismo autor, para manifestar hasta dónde llega la intolerancia y el fanatismo que se apodera de los masones a fuerza de las sugestiones que se les hacen, dice más adelante: «Yo he oído a esos “fanáticos de la tolerancia”, cuando comenzaban a ser furiosamente intolerantes en nombre de su amor desordenado de la tolerancia. He asistido aún a escenas de un cómico irresistible. Una de ellas tuvo por causa la del bacalao que ciertos masones confesaban haber comido el viernes santo de 1884. El hecho de observar las prescripciones católicas era, en esa época, considerado como un pecado mortal masónico por algunos que se decían apóstoles de la tolerancia. Pues bien, uno de esos avanzados, el Viernes

Santo de 1884, pidió en su logia un voto de censura contra los masones que, comiendo bacalao el Viernes Santo, contribuían a mantener los prejuicios de otra edad».

Satanás y la Masonería

Para quitar todo temor, para trastornar todas las ideas que se han adquirido en el contacto con una sociedad cristiana, y borrar aún las resistencias que una rectitud natural podría oponer, en ciertas logias al menos, se rinde culto a Lucifer o Satanás. Según las leyendas masónicas en conformidad con las cuales expuso aquí en Iquique la Belén de Sárraga el pecado de nuestros primeros padres, Satanás es el dios bueno o el ángel de luz, que vino a enseñar a Eva el secreto que había de hacer que el hombre fuera como Dios, seduciéndola carnalmente, conocimiento que ella participó a Adán, después.

¿Cómo entonces los adoradores de la naturaleza no han de manifestar a Satanás su gratitud, por los beneficios que hizo al hombre? Ellos, los albañiles, constructores del gran templo de la naturaleza, después de arreglar a su sabor la narración bíblica, no pueden menos de sentirse llenos de veneración, de amor y agradecimiento hacia el ángel que enseñó al hombre a tener la libertad masónica, despreciando a Dios, y con razón miran a Satanás como a su padre y fundador.

He ahí una breve síntesis del culto de la Masonería. He dicho y repito que muchos masones y aún en muchos grados, no sospechan el sentido oculto de los símbolos que usa, ni lo que se enseña y practica en grados más altos.

En la orgía anticatólica en que viven los masones dirigentes o ilustrados, hablan de la diosa-razón, del dios-pueblo, del dios-hombre, o sea, el mismo hombre, etc. Todo viene a ser dios, para ellos, menos el verdadero Dios.

Los que todavía no han renegado del Gran Arquitecto del Universo, como los ingleses y muchos americanos, abren sus sesiones, juran, etc., en su nombre, rindiéndole culto.

El Culto de Lucifer en la Masonería

El culto de Lucifer no es tan misterioso que no haya llegado a oídos de los que se han preocupado de la Masonería.

En la iniciación del grado de Caballero de la Serpiente de Bronce, se adora a la Serpiente infernal, enemiga de Adonaí, amiga de los hombres, que con su triunfo hará volver a los hombres al Edén. En el 20° grado, el presidente dice al que se inicia: «En el nombre sagrado de Lucifer, desarraigad el oscurantismo». Ya sabemos qué significa esa palabra en el lenguaje masónico. Fue Juan Ziska, quien con Juan Huss, dice una hoja masónica, ha echado en Bohemia las bases de la Masonería. Representaba a Satanás como la víctima inocente de un poder despótico; hacía de él un compañero de cadena de todos los oprimidos. Fue más lejos aún: puso a Satán sobre el Dios de la Biblia. Al antiguo saludo «Dios sea con vosotros», lo sustituyó por este: «Que aquél a quien se hace injusticia os guarde». Por eso Proudhom lo invocaba diciéndole: «Ven, Satanás, el proscrito de los sacerdotes, el bendecido de mi corazón» (Bénoit, F. M. I, 460-462).

El Rito Paládico Reformado tiene por práctica fundamental y por fin la adoración de Lucifer —dice Dom Bénoit—, y está lleno de todas las impiedades y de todas las infamias de la magia. Establecido primero en Estados Unidos, ha hecho invasión en Europa y hace cada año progresos espantosos. Todo su ceremonial está lleno, como es de suponer, de blasfemias contra Dios y contra Nuestro Señor Jesucristo (F. M. I. Páginas 449 y siguientes).

Adriano Lemmi, el supremo jefe de la Masonería italiana, ni disimulaba su culto a Satanás. En Italia, dice Margiotta, todos saben que Ariano Lemmi es satanista.

En nombre de Satanás envía sus circulares, aunque acomodándose a veces a la opinión de los imperfectos iniciados; pero basta hojear la colección de su diario reservado a los francmasones para conocer sus sentimientos de ocultismo y de renegado entregado al diablo.

Sí, como satanista organizó el movimiento anticlerical y se gloriaba de ello en 1883, haciendo insertar en su órgano oficial, la Rivista della Massonería italiana, (Vol del año 1884, página 306), esta cínica declaración:

«Vexilla regis prodeunt inferni, ha dicho el Papa. Pues bien, ¡sí! ¡sí! Los estandartes del Rey de los infiernos avanzan y si no hay un hombre que tenga conciencia de su ser, que tenga amor a la libertad, no hay uno que no venga a alistarse bajo esos estandartes, bajo esas banderas de la

Francmasonería, que simbolizan las fuerzas vivas de la humanidad, la inteligencia en oposición con las fuerzas inertes de la humanidad embrutecida por la superstición.

»¡Vexilla regis prodeunt inferni!… ¡Sí! ¡Sí! Los estandartes del Rey de los Infiernos avanzan, porque la Francmasonería que, por principio, por institución, por instinto, ha combatido siempre y combatirá siempre sin tregua y sin cuartel todo lo que pueda impedir el desarrollo de la libertad, de la paz y de la felicidad de la humanidad, tiene el deber de combatir hoy más enérgicamente y más abiertamente que nunca todos los ardides de la reacción clerical» (Margiotta, A. L. 168-169).

Palabras interesantes

Terminaré lo del culto de Satanás con una cita que me parece oportuna: «Hace algunos años —dice Copin-Albancelli—, una circunstancia me permitió tocar con el dedo la prueba de que hay ciertas sociedades masónicas, que son satánicas, no en sentido de que el diablo venga a presidir las reuniones, como lo pretendía ese mixtificador de Leo Taxil, sino en el de que los iniciados profesan el culto de Lucifer. Adoran a este como si fuera el verdadero Dios y están animados de un odio implacable contra el Dios de los cristianos, que declaran ser un impostor. Tienen una fórmula que resume el estado de ánimo; ya no es «A la Gloria del Gran Arquitecto del universo», como en las dos masonerías inferiores; es: G# E# A# A# L# H# H# H# A# D# M# M# M#; lo que quiere decir (traducido: ¡Gloria y Amor a Lucifer! ¡Odio! ¡odio! ¡odio!, al Dios maldito!, ¡maldito!, ¡maldito!, ¡maldito!»

Se confiesa en esas sociedades que todo lo que el Dios cristiano ordena de desagradable a Lucifer; que, al contrario, todo lo que prohíbe, es agradable a Lucifer; que, en consecuencia, es menester hacer todo lo que el Dios cristiano prohíbe y que es preciso guardarse como del fuego que todo lo ordena. Repito que de todo esto he tenido la prueba en mis manos. He leído y estudiado cientos de documentos relativos a una de estas sociedades, documentos que no me es permitido publicar y que emanan de miembros, hombres y mujeres, del grupo en cuestión. He podido comprobar que esta asociación es una verdadera escuela de lujuria que sobrepasa todo lo que se pueda imaginar (parece que eso agrada a Lucifer) que también se practica allí el asesinato, siempre porque es

desagradable al Dios cristiano y agradable a Lucifer… (Copin, P. O., 291-292).

Después de leer todo esto, recuerde el lector que la Masonería sostiene en sus estatutos y por boca de los que le hacen propaganda, que no se ocupa de religión y que respeta la fe religiosa de sus miembros, y vea si encuentra palabra con que calificar ese engaño, cuyas primeras víctimas son siempre sus propios adeptos.

La moral masónica respecto del crimen

La lectura del ritual masónico deja ver, al menos en muchos casos, que prepara a sus adeptos para la revolución y para el crimen. En todos los ritos, dice Bénoit, los masones son sometidos a una educación que les enseña, en la teoría y en la práctica, la violencia. Se les dice que la Orden masónica tiene por fin vengar la muerte de Adonhiram de sus tres compañeros traidores, o la de Jacobo Molay, de «sus asesinos, el Papa, el Rey y Noffodai». En un grado, el que va a iniciarse, ensaya su valor sobre cuellos y cabezas guarnecidas de tripas llenas de sangre; en otro grado, el que va a recibirse debe derribar cabezas colocadas sobre una serpiente, o aun degollar un cordero (grado 30° del Rito Escocés AA), creyendo matar a un hombre. Aquí debe tratar sangrientos combates con enemigos que le disputan la vuelta a su patria; allí hay cabezas humanas expuestas sobre estacas, hay un cadáver encerrado en un ataúd y alrededor los hermanos de duelo conciertan la venganza.

Estas ceremonias diversas tienen por fin enseñar a los adeptos que es por la violencia que la Masonería ha de destruir a sus enemigos, los sacerdotes y los reyes, y hacer volver la humanidad al estado de naturaleza.

Por las mismas razones se prescribe a los miembros de la Jove Italia armarse de un puñal, de un fusil y de cincuenta cartuchos; y en todas las logias, como lo hemos notado, se sacan a relucir espadas, puñales y todo un aparato militar.

En fin, para hacer de todos los hermanos instrumentos pronto a ejecutar los crímenes, para tener en ellos los ejecutores dóciles de los atentados tramados por criminales invisibles, se exige que cada adepto desde su entrada a la orden y a la recepción de un nuevo grado se ligue con juramentos execrables, jure una obediencia absoluta a jefes desconocidos

y se comprometa bajo penas horribles a hacer todo lo que le sea mandado.

El fin supremo de la Masonería

Suele señalarse también como fin de la Masonería el predominio político de la secta, y a juzgar por las actividades que se despliegan en el campo político, como luego se verá, podría creerse que este es su anhelo predominante; pero en realidad, y bien mirados sus aspectos, eso no es ni puede ser otra cosa que el medio más poderoso y seguro de realizar el plan de la Masonería.

Hay quien cree que el fin de la masonería es establecer el predominio judío en el mundo, y no faltan buenas razones que pueden persuadirlo y llegan a hacer dudar si la acción judía, por medio de la Masonería, es lo predominante en esta institución, y, por consiguiente, todo lo demás no es sino medio para llegar a establecer el universal dominio de la raza judía con más rapidez y seguridad, o bien al revés, si la acción judía no es más que un auxiliar de la Masonería para conseguir realizar sus designios de anarquía y destrucción universal y tras de esta, la adoración de Satanás, inspirador de esa obra de rebelión y de anarquía.

Por ahora baste este esbozo acerca del fin; el estudio que sigue irá haciendo ver la verdad de lo que en este artículo se ha expresado. Eso sí, quiero una vez más prevenir a los lectores que la generalidad de los masones ignora en absoluto cuánto se ha dicho acerca de los fines manifiestamente perversos que persigue la institución a que pertenecen. La probidad, la seriedad y honorabilidad de muchos es manifiesta prueba de que lo ignoran. Si lo supieran, y a pesar de saberlo, permanecieran en la Masonería, estarían muy lejos de ser lo que son, y habría que admitir en ellos una hipocresía incompatible con todo su modo de obrar.

Acción judía y masónica contra el catolicismo

Es indudable que la acción de la masonería contra la Iglesia Católica no es más que la continuación de la guerra a Cristo practicada por los judíos desde hace 1900 años, eso sí que acomoda, mediante el secreto, el engaño y la hipocresía, a las circunstancias del mundo cristiano en que tiene que hacerlas.

Léase el Evangelio, y se verá en el espionaje judío, en sus preguntas capciosas, en sus ataques hipócritas, encubiertos con el velo de la pretendida piedad de los fariseos; en las asechanzas; en los esfuerzos por hacer odioso ante el pueblo a Aquel que es el gran Bienhechor; en el empleo de oro para comprar un Apóstol, en la formación de la opinión contra Cristo; en la preferencia de Barrabás, en el furor y saña con que tratan de urdir la memoria de Cristo en la infancia; en la constante oposición, sangrienta muchas veces, contra la predicación de los Apóstoles, etc.; en todo eso se verá, lo que hoy practica la masonería.

Si el judaísmo rabínico es el declarado e impecable enemigo del cristianismo. La masonería al servicio de ese mismo judaísmo es todavía el anticristianismo odio, la misma hipocresía, las mismas violencias, el mismo estorbo a la acción de la Iglesia de Cristo. El odio a Cristo y al anticristianismo no es cosa de historia remota ni puede mirarse como el resultado de persecución; forma parte de una íntegra tradición rabínica originaria, antes de que tuviera lugar cualquier persecución de los judíos por los cristianos y ha continuación en nuestro país mucho después de que esa persecución ha terminado. Por lo demás, las relaciones de la masonería y del judaísmo perseguidor de la Iglesia Católica y según los casos de todo cristianismo, con el bolcheviquismo, en Rusia, Hungría y con la amenaza de hacerlo en todas partes, es cosa pública, como lo es la relación del judaísmo en la masonería.

La masonería no es más que una máscara con que el judaísmo encubre ante las naciones sus manejos anticristianos y de universal dominación política y económica. No es más que un pobre instrumento, inconsciente por lo general, de la suprema dirección judía.

Este está, por una parte, en la condición de una raza vencida, religiosa y civilmente, dispersada y despreciada o perseguida, no sólo por sus tradiciones religiosas, sino por la sórdida avaricia que la ha hecho adueñarse de las riquezas de los pueblos entre los cuales ha vivido; y por otra parte, vive esa raza sostenida tenazmente por un ideal que jamás ha abandonado, el de la dominación universal por medio de su Mesías, personal o simbólico. En su perpetua contradicción con la sociedad en que vive, el pueblo judío con el gobierno central que conserva su unidad nacional no ha podido menos de conspirar perpetuamente contra el

pueblo cristiano, y valerse, por lo tanto, de las sociedades secretas para realizar sus fines.

Los hechos, el reinado del terror, la explosión del odio satánico contra la Iglesia, contra Nuestro señor Jesucristo, las horribles blasfemias en que prorrumpían los revolucionarios masones en Francia, no son más que la expresión y el cumplimiento de las aspiraciones de las sectas cabalísticas y secretas que durante tantos siglos venían trabajando secretamente en contra del cristianismo. Lo que los bolcheviques, judíos en su mayor parte, hacen ahora en Rusia en contra del cristianismo, no es más que otra edición de los que hicieron los masones en la revolución francesa.

También se manifiesta su relación con la Cábala perversa, introducida primero en algunas de las sectas masónicas más terribles, como el Iluminismo, el Martinismo, el Rosacrucismo, etc., en la masonería moderna, por la doctrina moral, por la permisión de la hipocresía, de la mentira, del robo, de la deshonra, cuando se trata de hacer mal a los gentiles, o sea, a los no judíos, cosas que se practican ampliamente en la masonería, como hemos visto.

CRUCIFIXIÓN

El mundo entero se conjura contra los masones. Todos los males y desgracias que ocurren son imputados a ellos. El famoso crimen de Sarajevo, que produjo la Gran Guerra, fue atribuido a los masones. El primero en publicar esta noticia, sin pruebas que dieran fe de ello, fue un diario londinense.

Y aunque no vamos ni queremos afirmar aquí que no había masones entre los conspiradores, sí que vamos a defender el hecho irrefutable de que también había médicos, carpinteros, hortelanos, mecánicos, panaderos..., sin que por ello se le tenga que atribuir a ninguno de ellos en particular el asesinato de Sarajevo. Es decir, había un pueblo unido bajo el deseo y búsqueda de su propia independencia; un pueblo fundido y compacto que no estuvo nunca supeditado a ningún oficio, organización ni secta.

La verdad del porqué se produjo la primera guerra mundial, según nuestras averiguaciones, no fue precisamente porque los masones, como si fueran espíritus dotados con poderes sobrenaturales que les concediesen el beneplácito para hacer y deshacer sobre la tierra a su antojo y necesidad, la provocaran. Fue por otros intereses muy distintos cuyos fundamentos vamos a dar a conocer cronológica y pormenorizadamente para que cada uno de ustedes advierta que lo que ocurrió entonces no está muy lejos de lo que no hace mucho tiempo ocurrió en Bosnia, sin que por ello nadie pudiera asegura que en aquellos acontecimientos estuvieran implicados solamente los masones:

Cuando estalló la primera guerra mundial, hacía treinta y siete años que los austrohúngaros habían penetrado en Bosnia.

Su obra material había sido considerable, pero no habían hecho ningún progreso en la obra de asimilación moral.

Es verdad que se habían creado cinco mil kilómetros de buenas carreteras y se había construido también una excelente red de ferrocarriles, para los cuales se obtuvo un crédito de 270 millones de coronas.

Austria Hungría había fundado, asimismo, en Bosnia-Herzegovina 480 escuelas primarias, tres liceos, dos colegios, nueve escuelas comerciales, una academia comercial y numerosas escuelas prácticas.

Todos estos establecimientos de enseñanza se convirtieron en focos separatistas. Los atentados políticos se sucedían con lamentable obstinación. Austria escogía a sus empleados, para esta demarcación territorial, entre los croatas, cuya adhesión a la monarquía había sido siempre ejemplar y que, además, conocían bien el idioma del país.

Bosnia fue anexionada a Austria el 7 de octubre de 1908.

La propaganda serbia en Bosnia, databa desde los primeros tiempos de la ocupación, hasta tal extremo que, fue colocado por los austriacos al frente de la administración civil un serbio húngaro, el barón Nikolitsch, gran señor, pero sin otros méritos que la nobleza de su estirpe. Por ocupar este puesto, fue considerado por los serbios como traidor y al cabo de dos años tuvo que abandonar Bosnia. Le sucedió un alemán, el barón Kutschera, que ocupó este puesto durante los veinte años siguientes.

La llegada al palacio de la Ichannesgasse de Benjamín Kallay marcó una época feliz en la historia de la provincia. Kallay, después de quererse ganar la voluntad de los serbios, se inclinó resueltamente hacia los croatas, buscando el restablecimiento del equilibrio de razas en el país. Rigió por veinte años los destinos de Bosnia y murió el 13 de julio de 1913; señalando la fecha de su fallecimiento la de la decadencia administrativa que había de traer tras de sí el atentado de Sarajevo.

El sucesor de Kally fue el barón de Durian, cuyo principal mérito era ser yerno del barón Tajervary. Lleno de buenas intenciones, pero débil de carácter y falto de preparación para ocupar el puesto, aumentó considerablemente la propaganda serbia. De Belgrado salían los fondos que mantenían agitadores y propagandistas. Los periódicos serbios de Bosnia hablaban claramente de la incorporación del país a Serbia y llamaban al emperador Francisco José: «El soberano de la monarquía vecina».

Una anarquía precursora del crimen reinaba en toda la provincia. Anarquía de raza y sobre todo de religión. Los serbios de Bosnia, ortodoxos de nombre, pero en general ateos, dirigían todos sus odios contra la religión católica; debían pues, ensañarse contra el archiduque heredero y su mujer, que pasaban por partidarios decididos de los intereses de la Iglesia. Los serbios componían en Bosnia el 42 por ciento de la población.

Austria no se hizo amar de los bosnios; envió a gobernarlos empleados que desconocían sus costumbres y su idioma. En 1878, el conde Andrassy quiso conquistar el afecto de los bosnios haciendo que todos los pueblos fuesen recorridos por una banda militar.

Fácil era prevenir la catástrofe inicial con tan ineptos gobernantes y tan rebeldes gobernados. Los fermentos poderosos de una oposición de raza crecieron con los triunfos de los serbios en las guerras balcánicas.

Bajo el pretexto de unas maniobras militares, se organizó una entrada sensacional en Sarajevo del archiduque Francisco Fernando y de su esposa, el día mismo en que toda la nación serbia enloquecía y se exaltaba con el recuerdo de victorias recientes y la esperanza de victorias futuras.

Era el 28 de junio. El archiduque Francisco Fernando y su mujer, la duquesa de Hohemberg, después de haber escapado a una bomba lanzada

por Calvinovich, fueron muertos de dos certeros disparos de revolver, hechos a bocajarro por el estudiante Prinzip. Los dos asesinos fueron detenidos. Procedían de Belgrado, donde habían recibido las armas. En todo el mundo la impresión fue enorme. En el mismo Sarajevo, musulmanes y católicos organizaron manifestaciones tumultuosas contra serbios. Muchas casas fueron saqueadas.

En Inglaterra y Francia habían prestado las más vivas atención a los incidentes y a las controversias que habían seguido al atentado de Sarajevo.

El primero de julio, M. Tovanovitch, ministro de Serbia, declaraba que el Gobierno serbio tomaría medidas para impedir atentados terroristas.

Prinzip se declaró culpable y negó influencias extrañas, persistiendo en que el crimen era consecuencia de sus ideas anarquistas.

Las manifestaciones anti serbias continuaban. En Viena, quince mil personas, precedidas de banderas negras, recorrieron los principales barrios. Austria concentraba tropas a lo largo de la frontera serbia, y en su capital se sucedían las arengas militares en presencia del conde Berchtold. Se dio mayor impulso a la línea estratégica de Panfchevo a Kovil, y el siete de julio partió de Budapest para Hungría meridional un tren que llevaba cuarenta vagones de material de artillería.

El día diez, el conde Tisza, contestando en la Cámara Húngara a los condes Andrasay y Apponny, pronunció un discurso ambiguo, diciendo que «los hombres responsables de la política exterior de la monarquía tenían a honor salvaguardar su prestigio y defender sus intereses vitales». Francia celebró en calma su fiesta militar del 14 de julio.

El día 16, se aseguraba que Serbia había movilizado a 70 mil reservistas. Cosa que negó rotundamente M. Pochitch. El día 20, declaraba este ministro que su país daría a Austria todo género de facilidades para el descubrimiento y castigo de los asesinos de Sarajevo, porque Serbia quería a toda costa la paz.

De la instrucción criminal abierta por el tribunal de Sarajevo contra Gravilo Prinzip y sus cómplices, se pudo saber que para llevar a efecto el crimen se había formado un complot en Belgrado para asesinar al archiduque, y que en ese complot entraron Gravilo Prinzip, Pradeljko Calvinovich, Milan Ciganovich y Trifko Graben, con el concurso del comandante Voija Tankosic. Las seis bombas y cuatro pistolas Browning, con las municiones de que los asesinos se sirvieron, les habían sido enviadas desde Belgrado a los que tomaron parte en el asesinato por Milan Ciganovich y el comandante Tankosic. Las bombas eran granadas de mano, que provenían de depósito del ejército serbio en Kragujevac. Ciganovich había enseñado a los asesinos el uso de estas granadas y había dado lecciones de tiro con pistola a Prinzip y Graben, en un campo de tiro de

Topschider. Ciganovic hizo que los asesinos y las armas pasaran clandestinamente la frontera con ayuda de los capitanes de frontera de Schabatz, Popovic y Loznica, y con la del aduanero Kudivoy Grabic, de Loznica.

El 23 de julio, por la noche, envió Austria Hungría el ultimátum a Serbia, en él se hacía historia de los hechos y se exigía al gobierno serbio que en el periódico oficial del 26 insertase unas aclaraciones que se le dictaban a la letra y en las que se condenaba el crimen y se indicaba al ejército y al pueblo que el Gobierno usaría medidas rigurosas contra los que hiciesen la menor tentativa de inmiscuirse en los destinos de las poblaciones de cualquier parte de Austria Hungría.

El gobierno serbio debía comprometerse, además, a suprimir toda publicación que excitase el odio hacía Austria; a eliminar de la instrucción pública lo que pudiera ser margen de fomento de propaganda contra Austria Hungría; a alejar del servicio militar y de la administración en general a todos los oficiales y funcionarios culpables contra Austria Hungría; a aceptar la colaboración en Serbia de los órganos del gobierno austro húngaro en la supresión del movimiento subversivo dirigido contra la integridad de la monarquía; a abrir un expediente judicial contra los participantes del complot del 28 de junio que se encontraban en territorio serbio, tomando parte en las pesquisas los órganos del Gobierno austrohúngaro; a proceder con urgencia al arresto del comandante Voija Tankosie y de Milan Giganovic, empleado del Estado serbio; a impedir mediante medidas eficaces el contrabando de armas y explosivos, licenciando y castigando a los funcionarios de servicios de fronteras, en Schabatz y Loznica, culpables de haber ayudado a los autores del crimen de Sarajevo, facilitándole el paso; a dar satisfacción al Gobierno austrohúngaro sobre los propósitos injustificables de los altos funcionarios de Serbia que a pesar de su posición oficial se habían expresado de una forma hostil contra Austria Hungría.

El Gobierno de Francisco José dio de plazo para obtener la contestación hasta el sábado 25 a las seis de la tarde.

El barón de Giest, ministro de Austria Hungría en Belgrado, tenía orden de abandonar su puesto si antes de la hora indicada no había obtenido contestación.

El día 24 dio conocimiento del texto de la nota a la cámara húngara el conde de Tisza. En todos los sitios de la cámara fue emitida la lectura de la nota con viva aprobación.

El conde Andrassy, en nombre de todas las fracciones de la oposición, declaró que la situación frente a Serbia había llegado a hacerse insostenible y aprobó la actitud del Gobierno. Ambos oradores fueron ovacionados.

El mismo día los embajadores de Austria Hungría en París, Berlín, Londres; Roma; San Petersburgo y Constantinopla, dieron cuenta a los respectivos Gobiernos de la nota enviada a Belgrado.

La sorpresa y la emoción fueron generales. Desde este momento se comprendió que la crisis revestía una gravedad inusitada. Así lo reconocía en Belgrado el periódico «Samomprava», órgano del Gobierno serbio. Este se reunió en consejo permanente el 24 a las diez de la mañana. Serbía siguió llamando reservistas a filas y Montenegro anunció su intención de estar en todas las circunstancias al lado de Serbia. En Rusia un consejo de ministros que duró cuatro horas acordó pedir a Austria una prolongación del plazo. En Alemania la opinión pública se pronunciaba en dar apoyo enérgico a Austria. La bolsa bajó extraordinariamente en todas las naciones. El día 25 llegaba Poincaré a Stokolmo, donde era recibido con grandes honores. El mismo día participaba Alemania oficialmente su intención de hacerse estrechamente solidaria de la conducta de Austria. Rusía seguía haciendo a esta la petición de ampliación del plazo dado. El ministro de Austria en Belgrado abandonó la ciudad y el ejército austriaco fue movilizado. El mismo día publicaban los periódicos de Viena un comunicado oficial que decía: «El Gobierno ruso ha pedido al austrohúngaro, por medio del embajador de Austria Hungría en San Petersburgo, el conde Szapary, y de su representante en Viena, que el plazo estipulado en la nota sea prorrogado por algunas horas; el Gobierno austrohúngaro ha rehusado acceder a este deseo de una manera cortés, pero firme. El Gobierno austrohúngaro se coloca en el punto de vista siguiente: que el arreglo de sus negociaciones con Serbia constituye un asunto que no interesa más que a Austria y a Serbia. La monarquía está decidida, desde luego, a mantener este punto de vista cualesquiera que sean las circunstancias y a rechazar toda tentativa de intervención».

Poco antes de la seis de la tarde M. Pachitch llevaba a la legación austrohúngara, sita en Belgrado, la contestación a la nota, aceptando todas las bases, protestando de la participación de los funcionarios austriacos en la causa que Serbia instruyera y pidiendo explicaciones de la medida en que dichos funcionarios iban a tomar parte en la causa, y, además, el Gobierno serbio se remitía al tribunal de La Haya y a las diversas potencias que firmaron la declaración de 1909, relativa a Bosnia-Herzegovina. El ministro austrohúngaro contestó enseguida que no le satisfacía la respuesta y marchó con todo el personal, encargando al ministro de Alemania la protección de los intereses austriacos en Serbia y declarando rotas las relaciones diplomáticas entre Austria y Serbia. El Gobierno serbio convocó inmediatamente Consejo que se reunió el día 27 de julio en Nisch, Belgrado

fue evacuado y se decretó la movilización general. En Viena, Budapest y Berlín se acogió con entusiasmo la ruptura de relaciones.

En Francia se reunió por dos veces el Consejo de ministros y se dispuso que caducasen en el acto todas las licencias de cuantos hombres dependían de su Estado. En Inglaterra, sir Edward Grey se reunió con M. Chambón y el conde Bouckendorf, embajadores de Francia y Rusia, examinando los tres diplomáticos el conflicto en todas sus fases y entendiendo que sólo la intervención enérgica de Alemania haría cambiar la ruta de los sucesos, pero está intervención resultó infructuosa. Rusia movilizó dos cuerpos de ejército.

Pasó el domingo sin que nada orientase los acontecimientos en el sentido de la paz o de la guerra. En todas las capitales los diplomáticos se reunieron. El canciller y el emperador alemán regresaron a Berlín; el presidente de la República francesa interrumpió su viaje. Por la noche el embajador de Alemania y el ministro de negocios extranjeros de Francia, el señor Bienvenu Martín, tuvieron una entrevista en París, en el curso de la cual buscaron los medios de acción de las potencias para mantener la paz.

Austria seguía persistiendo en que solo a ella y a Serbia concernía el conflicto, y fueron vanas las gestiones de paz de las demás potencias.

El día 27 publicó Rusia un comunicado oficial, en el que manifestaba sus deseos de intermediar con sus peticiones justificadas y a recomendar a Serbia que no fuera intransigente y que no permitiera jamás que se castigase a todo el pueblo serbio por el crimen de un particular. Austria movilizó ocho cuerpos de ejército: los de Praga, Leimerit, Gratz, Budapest, Temesvar, Agram, Sarajevo y Ragusa. Cada uno estaba compuesto por 40 mil hombres. O sea, en total, unos 325 mil hombres. Bélgica procedió por su parte a movilizar también a sus hombres. Las flotas inglesas, francesas, e italianas, se concentraron. El presidente de la República dirigió telegramas de excusa a los reyes de Noruega y Dinamarca y se volvió hacia Francia. La prensa austriaca se volcó contra Serbia, a cuya respuesta acusaba de falta de sinceridad.

El «Diario Oficial» de Austria publicó en la mañana del día 28 la declaración de guerra firmada por el ministro de negocios extranjeros conde Berchtold.

A las diez de la mañana del día 29 el Zar dirigía al Kaiser un telegrama en el que decía: «Una guerra vergonzosa ha sido declarada a un país débil. La indignación es enorme en Rusia. Yo la comparto. Preveo que pronto no podré resistir a las presiones que se ejercen contra mí y que me obligarán a tomar medidas que provoquen la guerra. Para evitar la desdicha que sería una guerra europea, te ruego, en nombre de nuestra antigua amistad, que hagas todo lo posible para impedir a tu aliado ir más allá.»

Guillermo contestó a Nicolás el día 29 a las seis y media de la tarde, diciéndole que la guerra no era vergonzosa; que Serbia no había cumplido nunca su palabra y que Alemania apoyaría una inteligencia directa del Gobierno ruso con Viena, pero que las medidas militares podían ser consideradas por Austria Hungría como una amenaza que podría provocar la desdicha que todos querían conjurar.

El 29 por la tarde comenzaron las hostilidades entre Serbia y Austria: dos batallas tuvieron lugar sobre el Danubio y el Save; Belgrado había sido bombardeado. Y a partir de esta fecha nueve naciones se encontraban en guerra, de una parte, Alemania y Austria Hungría; y de la otra, Francia, Rusia, Inglaterra, Bélgica, Serbia, Montenegro y Japón.

España tampoco se queda atrás y, desde mediados del siglo XVIII hasta principios del siglo XX, cualquier error cometido por algún dirigente político, militar o eclesiástico, es convertido enseguida en conspiración masónica para ocultar de esta forma sus propias responsabilidades. La guerra de Cuba, por ejemplo, se perdió por culpa de los masones. Los periódicos españoles así lo proclaman después de haber sido derrotados. Decían que la masonería había sido la principal causa del desastre... Pero la realidad era bien distinta, España no tenía barcos ni armas decentes para enfrentarse a los Estados Unidos. Sólo contaba con un puñado de jóvenes hambrientos que dieron la vida por defender una tierra que estaba perdida ya de antemano. Unamuno, en su obra titulada *La vida es sueño*, nos deja una excelente disección testimonial de la historia de esos jóvenes: «Cuando estalló la guerra, los españoles conscientes, los que saben de esas cosas de la Historia y el Derecho, y de honras nacionales, le quitaron muchos hijos, a quienes sus padres vieron ir con relativa calma, porque era una salida, porque muchos hubieran tenido que emigrar. La vida es difícil, el suelo es pobre, el porvenir incierto. ¿Qué más da morir en la guerra que en otra parte? Y, sobre todo, hay que servir, es una necesidad fatal. Y allá se dejaron llevar a morir, porque habían de morir al cabo, los héroes anónimos. ¡Héroes anónimos! ¡Vaya un sarcasmo el del absurdo enlace de esas dos expresiones incongruentes entre sí!».

Llegados a este punte, tendremos que afirmar ahora, como ya afirmamos en el caso de Sarajevo, que estamos seguros de que entre todos los cubanos que conspiraron primero y lucharon después contra España por salir de su dominación, había masones. Tenemos constancia de ello, sabemos que antes de que estallara el conflicto se observaba en Cuba una importante tradición masónica. Tradición esta que había sido establecida y adoctrinada por los españoles, pero que sus miembros no llegaban a ser en número tantos ni tan importantes como para que les haya sido imputado a ellos promover primero y ganar después la guerra. Una de estas logias era la llamada «Gran

Consejo General Ibérico», que más que una logia masónica parecía una ONG, pues en sus filas había obreros, agricultores y mujeres. Allí se les enseñaba a leer y escribir y, en el caso de la mujer, a coser y bordar por medio de unos talleres especiales que habían sido creados para esos menesteres. El gran Maestre de esta logia era por aquellos tiempos un tal Isidro Villarino, quien, una vez que los Estados Unidos entraron en la contienda, publicó un artículo en donde decía, entre otras cosas: «Somos masones enemigos decididos de la guerra, pero antes que masones somos españoles, y, como españoles, amantes y entusiastas de nuestra querida patria...».

Por lo expuesto, creemos que no hay base ni fundamentos históricos en los que podamos basar la afirmación categórica de que los masones fueron los culpables de que España perdiera la guerra de Cuba. Y que la participación en la guerra de algunos de ellos tampoco crea una base firme para garantizar que todos los independentistas fueran masones.

Más cierto es, sin embargo, que los Estados Unidos, estando al tanto del temor que el Gobierno español y la Iglesia sentían por los masones, se aprovecharan de ello y, para encubrir a sus propios agentes secretos, urdieran ese mito de los masones que ha derramado desde entonces verdaderos manantiales de tinta.

Antes de que la reina María Cristina, como regenta de la menor edad de su hijo Alfonso XIII, amenazara a los Estados Unidos ante las Cortes españolas, estos ya sabían por informes secretos que habían sido realizados por espías norteamericanos que España carecía de medios militares para enfrentarse a ellos. Sobre la situación de la escuadra española efectuaron el siguiente informe: «La mayor parte de los buques de la Marina española son de tipo anticuado. Sus corazas son demasiado débiles para resistir los proyectiles modernos, y los buques sin blindaje no tienen artillería de suficiente poder de ataque ni bastante velocidad para eludir al enemigo. No cuentan con acorazados modernos ni con cruceros de tipo rápido. Las construcciones recientes se han limitado casi por completo a pequeños buques de poca potencia y velocidad...».

Este episodio de espionaje y amotinamiento ocurrido en Cuba y atribuido por los españoles a los masones, tiene su historia. Sabemos que los servicios secretos norteamericanos infiltrados en Cuba tenían una importante ayuda. Según investigaciones de este modesto historiador, el asunto ocurrió de la siguiente forma: en aquellos tiempos era editado en la Habana un periódico, hoy ya desaparecido, cuyo nombre era: «El Faro Industrial», que estaba bajo la dirección de un norteamericano llamado John Sydney Thrasher, nacido en Pórtland, Maine.

John había llegado a Cuba de la mano de sus padres cuando contaba con quince años recién cumplidos. Su padre había comprado una industria azucarera, y él trabajó en ella hasta que la dejó para dirigir el periódico.

Cuando comenzaron las primeras hostilidades entre Norteamérica y España, el estadounidense puso el periódico al servicio de su país, convirtiéndolo en un potente instrumento de propaganda antiespañola. En su frenética búsqueda de apoyo cubano en contra de España y a favor de su país, John se unió a la insurrección de Narciso López, un militar renegado de las tropas españolas que combatió después contra los españoles para que Cuba se incorporase a los Estados Unidos. Este militar había nacido en Caracas, Venezuela, pero se alistó en el ejército español y llegó a luchar incluso en la guerra carlista con el grado de brigadier. Hecho prisionero Narciso López por los españoles, que lo derrotaron en Pinar del Río, al oeste de la Habana, fue condenado a muerte por alta traición en el año 1851, y John Sydney fue también arrestado, siendo juzgado por traición y enviado a una prisión en África, de la que saldría un año más tarde, gracias a las gestiones efectuadas por los diplomáticos estadounidenses. Indulgencia esta, de la que más tarde tuvieron que arrepentirse los españoles, ya que el norteamericano siguió, con más fuerza si cabe que antes, con su cruzada en contra de los españoles y llegó incluso a formar un grupo de separatistas entre los que se encontraban don Francisco de Frías, Conde de Pozos Dulces; el abogado Anacleto Bermúdez; los hermanos Juan y Francisco de Luna, y otros muchos cubanos que buscaban la separación de España. Por iniciativa del americano Thrasher, fundaron, entre todos, un nuevo periódico que acordaron llamar: «La Voz del Pueblo Cubano», cuya impresión se hacía clandestinamente. Se eligió para dirigirlo a Juan Bellido de Luna, y contrataron como editor a Eduardo Facciolo Alba, un joven muy inteligente que ya había estado trabajando con John Sydney Thrasher en la época en que dirigía «El Faro Industrial».

Eduardo Facciolo Alba, fue uno de los primeros mártires del periodismo cubano, ya que cuando la policía localizó la imprenta clandestina donde se editaba el periódico, al único que pudieron detener fue a él. Juzgado el 4 de septiembre de 1852, fue condenado a morir ejecutado por “garrote vil”. Ni siquiera las demandas y gestiones de su madre para librarle de la muerte dieron el fruto necesario, pues era requisito obligatorio que para librarse de la muerte tenía que proporcionar los nombres de todos los componentes de la editorial del periódico. Cosa esta a la que siempre se negó el joven Eduardo. Y por ello murió a la lozana edad de 23 años.

Investigadas las vidas, una por una, de cuantos hemos citado, para descubrir cuáles eran las relaciones masónicas por las que fueron culpados por los españoles cuando perdieron la guerra, no encontramos en ninguno

de ellos ningún vínculo personal que nos lleve a sospechar que, en vez de fundar un periódico, fue una Logia lo que crearon. Lo único que encontramos es un grupo de patriotas intelectuales, aficionados todos al periodismo y a la literatura, que crearon un periódico clandestino para ayudar a su pueblo a salir de la dominación española. Así vemos como el Conde de Pozos Dulces, trabajó en París como corresponsal del *Correo de la Tarde* y en el *Liceo de La Habana*; en el *Porvenir del Carmelo*; en el *El Siglo*, que estuvo a punto de dirigir, asimismo, trabajó en *El Ateneo* y en *La Revista crítica de ciencias, arte y literatura*.

Juan Bellido de Luna fue corresponsal en La Habana del periódico *La Verdad* de *El Siglo* y director de *El Independiente*. Más tarde creó un periódico para niños que se llamó *El Mentor*, y luego trabajó en *El Porvenir y Patria*.

Anacleto Bermúdez es al único que se le encuentra algún vínculo masónico, y este es que edita junto a su tío, Vicente Antonio de Castro Bermúdez, fundador en 1862 de la organización masónica «Gran Oriente de Cuba y las Antillas», un periódico que llamaron: «La Cartera Cubana». Decimos que era su tío, pero no era tampoco su tío carnal. Estaba casado con su tía Clara Bermúdez y Pérez de Corcho, que era, a su vez, prima de Vicente Antonio Castro Bermúdez, su marido, y tío, por su matrimonio, de Anacleto.

Ninguno de ellos era masón, pero unos con plena conciencia y otros sin darse cuenta, estuvieron auxiliando a los servicios secretos norteamericanos hasta que estos vieron llegado el momento de poner su plan en marcha.

Resumido de la revista cubana *Mar y Pesca*, traemos aquí un artículo que bajo el título de *La explosión del «Maine»* nos descubre lo que ocurrió, sin que tengamos que ser nosotros quienes tengamos que explicarlo y caer por ello bajo alguna clase de sospecha:

> A las once de la mañana del 25 de enero de 1898 entró en la bahía habanera el crucero acorazado «Maine», de la Marina de Guerra de Estados Unidos, procedía de las Islas Tortugas y llegaba a Cuba en viaje de buena voluntad y amistad.
>
> El *Maine* tenía 6.682 toneladas de desplazamiento y su velocidad media era de 19 millas marinas por hora. Poseía 4 cañones de 24 centímetros, 6 de 15, 15 de tiro rápido y 4 tubos lanzatorpedos. La tripulación estaba formada por dos jefes, 6 oficiales y 350 marineros. Su comandante era el capitán de navío Charles D. Sigsbee.
>
> Tras los habituales saludos, contestados desde la fortaleza de La Cabaña y por el buque insignia de la Marina de Guerra de España, el crucero

Alfonso XIII, pasó a bordo del Maine el teniente de navío de la armada española, Alberto Medrano para saludar a la tripulación. Sigsbee devolvió la visita, cortésmente, por la tarde, al capitán del puerto, Luís Landero.

Quedó el buque norteamericano amarrado a la boya número 4 del puerto habanero, donde había una profundidad de 28 pies, suficiente para la nave que tenía 23 pies de calado.

El 15 de febrero de aquel mismo año 1898, ¡qué casualidad!, los dos jefes y todos los oficiales del Maine, menos dos subalternos, se encontraban en tierra con permisos diversos, y a las 9:45 de esa noche el buque voló por dos atronadoras explosiones. La primera, semejante a un cañonazo, levantó el moderno buque de manera perceptible, y pocos minutos después, la segunda, más prolongada y de mayor sonoridad, que causó el hundimiento de la nave poco después.

En el recuento final de las víctimas, el número de muertos ascendió a 266, la gran mayoría marineros norteamericanos humildes, muchos de ellos de la raza negra. Perecieron los dos oficiales subalternos, ningún jefe ni oficiales. En el parte transmitido inmediatamente a Washington, el comandante Sigsbee consignó que había muchos muertos, muchos heridos y que los salvados estaban a bordo de un buque español de guerra y de un vapor de la línea Ward, y que él abrigaba la creencia de que supervivían todos los oficiales.

Lograron recuperarse 200 cadáveres, pero 66 quedaron atrapados con los restos del Maine bajo el agua de la bahía. El entierro de las víctimas se efectuó el 17 de febrero. Los cadáveres no recuperados entonces, aparecieron l3 años más tarde, cuando en 1911 se ejecutaron los trabajos de extracción de lo que quedaba del famoso acorazado.

El 16 de marzo de 1912 los hierros retorcidos de lo que un día fue el “U.S. Maine” quedaron a flote. Era una mezcla deteriorada de metales oxidados, y sobre un dique flotante recorrieron la bahía para salir en su viaje postrero hasta unas tres millas de la fortaleza del Castillo del Morro, en las aguas del Golfo, donde fue sumergido en aguas profundas sin mayores investigaciones el casco mutilado del buque que sirvió de sospechoso pretexto para que los Estados Unidos declararan la guerra a España e intentaran justificar así su penetración en Cuba, interviniendo

en su guerra contra España a la que ya los servicios secretos tenían vencida.

«Habrá un día de estos, en Cuba, una explosión que nos arreglará muchas cosas» —escribía el senador Henry Cabot Lodge a un embajador americano el 5 de enero de 1898—. Sus palabras fueron proféticas. El día 15 de febrero de 1898, cuarenta y un días después de este escrito, el Maine explotaba en la bahía de La Habana.

Los americanos sabían, desde mucho antes de que se hundiera el Maine, que con su explosión España perdía Cuba y los cubanos toda aspiración de independencia.

Si verdaderamente los masones tuvieron tanto poder como para derrotar a los españoles en la guerra de Cuba, no sabemos cómo no pudieron conjurar o derrotar, incluso con la ayuda de los norteamericanos, la revolución de Castro. No serían tantas las logias ni el poder de estos masones cuando no pudieron ni siquiera levantar la voz cuando fueron arrojados al exilio el día 4 de noviembre de 1960.

Los Estados Unidos los acogieron en su seno y les dieron casa en Miami (Florida). Lo único que pudieron hacer fue elaborar un manifiesto que, en forma de represalia hacia la administración cubana por haberlos expulsado, decía:

No hemos venido al exilio para perpetuarnos en él ni queremos que la organización sea permanente, pues una vez liberada la Patria, quedará como una pagina gloriosa de la férrea lucha que por la Libertad libramos; pero los Hermanos que hoy nutrimos sus filas, nos reintegraremos a nuestras madres Logias allá en el suelo patrio, aunque ostentando con orgullo el distintivo que nos señale como miembros que fuimos en el exilio de la FEDERACIÓN DE MASONES CUBANOS EXILIADOS.

MUERTE

Trasladando aquí todo lo que antes ya dijimos sobre el crimen de Sarajevo y la pérdida de Cuba, diremos que también la pérdida de Puerto Rico y de las Filipinas fueron imputadas a los masones. Pero nuestras investigaciones nos llevan a creer firmemente que en la pérdida de estas dos provincias de ultramar señorean los mismos intereses norteamericanos que ya dimos a conocer anteriormente. Lo difícil fue poner en escena un atentado español contra intereses estadounidenses, después de esto todo fue coser y cantar. Una vez estallada la guerra entre España y Estados Unidos, perdimos Cuba y, por añadidura, Puerto Rico y las islas Filipinas.

Podríamos decir que todo comenzó en la bahía de Cuba y terminó en la bahía de Manila. En la mar, donde el poderío estadounidense era muy superior al de los españoles. Por ello, si los norteamericanos se apoderaron rápidamente de Cuba, más rápidamente lo hicieron de las islas Filipinas, pues la batalla comenzó en la bahía de Manila a las cinco de la mañana y a las doce del mediodía los españoles se rindieron después de haber sufrido unos 180 muertos y de llevar sobre las cubiertas de sus descalabrados barcos más de trescientos heridos.

Quizás tengamos que dar crédito aquí a aquellos historiadores que aseveran que España quería dejar las posesiones de ultramar ante la imposibilidad de mantener un gasto tan elevado, pero que para justificarse ante los españoles y no producir tensiones en los ejércitos de ultramar, no podían hacerlo de otra forma que no fuera bajo una derrota militar. De otra forma no nos explicamos cómo los españoles cayeron en la trampa de comenzar la guerra en el mar, donde estaban en desventaja, en vez de esperar al enemigo en la espesura de los bosques, en los pueblos y en las aldeas, donde, con toda seguridad, hubieran sido superiores... Pero, en fin, sea de una o de otra forma, estamos seguros de que no fue por causa de los masones.

Para aquellos que no sepan qué es una «tenida», traeremos aquí nuevamente la voz del Cardenal don José María Caro Rodríguez para que, a través de la obra que en páginas anteriores ya referimos, nos sea dada su explicación:

36. Las tenidas

Así suelen llamarse las sesiones de las logias. Lo leemos con frecuencia en los avisos que publican en los diarios. Las tenidas son distintas para los diversos grados; los de grado superior pueden asistir a las de los grados inferiores, mas no viceversa. Son de dos clases: las solemnes y las de comité o puramente administrativas. Deben tener lugar mensualmente al menos cada una de ellas. Las primeras suelen ser concurridas; las segundas no; sólo los administradores de la logia tienen obligación de asistir a estas, que son las tenidas ordinarias. Las hay también extraordinarias.

En las tenidas se observa con toda formalidad el ritual, lleno de preguntas y respuestas para saber si la logia está cubierta, es decir, que no hay profanos al exterior ni en el interior, después de lo cual se hacen los signos, las baterías y las aclamaciones. Para cerrar la tenida se procede igualmente.

Cuando funciona la logia con los tres grados de aprendiz, compañero y maestro, todos los signos y ceremonias corresponden al primer grado, porque los de grados inferiores no deben saber nada de lo que toca a los grados superiores. A veces se abre la tenida con los tres grados y hay que sesionar en los tres. Entonces, una vez que sesionó el primer grado, se manda a los aprendices cubrir el templo, es decir, retirarse. Se abre en seguida, especialmente, la tenida del otro grado, y lo mismo se repite si hay que celebrar tenida de maestros. Esto debe hacerse cada vez que hay que iniciar a un maestro.

El orden que se observa en la sesión suele ser el siguiente:

1° Apertura del trabajo, según el rito y con el misterio acostumbrado.
2° Lectura y aprobación de la plancha (acta) de los trabajos anteriores.
3° Introducción de los visitantes después del examen.
4° Lectura de correspondencia.
5° Trabajos a la orden del día: iniciaciones, conferencias, etc.
6° Circulación del Saco de proposiciones y del tronco de Pobres o de Beneficencia.
7° Lectura del bosquejo de acta y clausura.

37. Lo grotesco en lo solemne

He aquí el juicio que le han merecido a un masón las ceremonias que se observan en las tenidas solemnes: «La tenida solemne es la que hay que

considerar, si se quiere sentir palpitar el alma masónica. Pues bien, un observador, por más que abriera ojos y orejas no oiría, no vería nada, absolutamente nada, fuera de interminables palabras impresas del fanatismo anticatólico más feroz y de algunas ceremonias que, no por alcanzar a lo grotesco del asesinato de Hiram, dejan de ser de un ridículo acabado. Esto es, por otra parte, lo que explica que tantos profanos, que no se glorían de eso, sufran las estúpidas pruebas de la iniciación, asistan a dos o tres tenidas, y enseguida, avergonzados de sí mismos y convencidos de la completa inutilidad de esa vida masónica, que había exaltado su imaginación, no vuelvan a poner más los pies en la logia. Renuncian o se hacen rayar por falta de pago de cuotas y guardan toda su vida la convicción de que se han dejado mixtificar…».

Parece que los masones se entregan a ejercicios tanto más estúpidos cuanto más suben en grado. Esta especie de ascensión en la necedad parece, por otra parte, marcada por los «pasos» que son peculiares a cada grado. Porque es preciso saber que los masones, cuando penetran en sus talleres, una vez comenzados los trabajos, no marchan como todos.

Cada grado tiene su paso. El de aprendiz, el solo que es permitido ejecutar en las tenidas solemnes, en presencia de aprendices, es ya pasablemente ridículo. El de compañero lo es más. En cuanto al de maestro, llega a los últimos límites de lo grotesco. El masón que ejecuta el paso de maestro debe juntar en un mismo ejercicio el paso de aprendiz y el de compañero y termina zanqueando y volviendo a zanquear de derecha a izquierda y de izquierda a derecha, tres veces seguidas, lanzando el pie muy alto, pues, aunque el famoso cadáver de Hiram esté ausente, por supuesto, el ejecutante, con todo, debe tener cuidado de no tropezar con él. No sin motivo, se ve que los masones de baja graduación se muestran inclinados a no dar ninguna importancia a los altos grados. Aceptan sin ninguna dificultad la opinión que circula entre las logias (que no se sabe de dónde viene), y según la cual, los altos grados estarían reservados a aquellos masones que son demasiado vanidosos para no retroceder ante ninguna estupidez por amor al galón…

Como esta aclaración nos lleva irremediablemente a otra: la de saber quién era el famoso Hiram y por qué es citado en esta última explicación, la revelaremos también con palabras del mismo autor:

38. El famoso Hiram

Como el cadáver de Hiram o el nombre de este famoso personaje tiene mucha figuración en las logias del tercer grado para arriba, dejando para poco después la explicación de su simbolismo, transcribiré aquí la ceremonia que se desarrolla alrededor de él en el grado de maestro. «Por la lectura del catecismo y del ritual del grado, se advierte que los maestros conmemoran en sus reuniones el asesinato, entierro y exhumación de un cierto Hiram, dado como constructor del templo de Jerusalén, bajo Salomón, y padre, afirma el ritual, de todos los masones del mundo pasado, presente y futuro, sean de raza blanca, amarilla o negra».

Esta ceremonia burlesca tiene lugar en un local especial llamado «Cámara del Medio», donde los masones llegados al grado de maestros entran uno por uno, con la cabeza cubierta, como los judíos que entran a la sinagoga. Está aún prohibido, cuando se entra por primera vez a la sala, hacerlo de otro modo que no sea reculando…

No solo se da, en la Cámara del Medio, lectura del asesinato de Hiram y del descubrimiento de su cadáver, sino que los masones representan entre la escena del asesinato y de la busca del cadáver, a la luz de bujías recubiertas con inmensos apagadores, de treinta centímetros de alto, y que dejan pasar la luz por una escotadura hecha en su parte superior y por otra hecha en uno de los costados y de la base. Uno de los «venerables maestros» hace el papel de Hiram; otros, el de los asesinos. Se representa la escena del asesinato. Enseguida, Hiram, fingiéndose el muerto, se acuesta en un ataúd y se le cubre con un paño mortuorio, sobre el cual se arregla una gran rama de acacia artificial. Ese ataúd está colocado en el centro de la Cámara del Medio. El Venerable, entonces, expone con la mayor seriedad, a sus hermanos, que Salomón está turbado por la desaparición de Hiram, y que ha dado orden de que se le busque. Inmediatamente toda la banda ejecuta un primer «viaje de busca», es decir, que se pone a ir y venir por complacer a Salomón, a dar vueltas y a buscar por todas partes el cadáver, dando cada uno muestras de no ver el ataúd. Después de comprobar que son vanas las búsquedas, se ordena un segundo viaje de busca, en atención a la pena de Salomón que no hace sino crecer. Después del segundo viaje, un tercero. Solo en el curso de este último es

permitido descubrir, no el cadáver (no se va tan ligero como eso), sino la rama de acacia. Entonces todos se precipitan y forman círculo alrededor de esta rama. Se quita el paño bajo el cual el falso Hiram se hace el muerto. Se le toma la mano, se le sacude el dedo. Se finge ver con espanto que el dedo se desliga de la mano y exclaman con horror: ¡Macbenas! lo que parece significa: ¡La carne ha dejado los huesos! Después de lo cual se ayuda al seudo-Hiram a levantarse; y este vuelve a entrar, incontinenti, con su dedo, en su verdadera piel de masón cretinizado.

Los verdaderos maestros no entran jamás en la Cámara del Medio sino para entregarse a esta extraordinaria e inverosímil bufonada… (Copin, P. O., 165-182).

A pesar de la ridiculez y de que hay muchos masones que han pedido la supresión, esas ceremonias se mantienen aún durante dos siglos. Eso prueba que se las conserva con algún fin. Y desde luego, sin duda, para despistar a las autoridades, haciéndoles creer que la Masonería se ocupa en cosas de niños, o a lo sumo en ridiculeces. Sirven, también, de obstáculos para que no entren en las logias los que no han de tener suficiente docilidad o han de ser peligrosos. Además, sin duda, sirven para la formación misma, para disponer a los iniciados a la aceptación de las sugestiones del poder oculto que dirige la Masonería. Con ese fin se les trata como niños de tres, de cinco y de siete años respectivamente, según el ritual, y se les obliga a hacer marchas y contra-marchas como a los niños de la escuela (Copin, P. O., 160-180).

Con razón me decía un caballero que, al oír los ejercicios que tenían lugar en una logia que funcionaba en el piso superior a aquél en que él estaba, había preguntado si había algún colegio arriba.

¡Y pensar que tanto alto personaje, congresales, ministros, diplomáticos, generales, y, aun jefes de Estado, han hecho su carrera, preparándose con semejantes ejercicios!

45. ¿Contra quiénes se dirige la venganza masónica?

Según quién se entienda por Hiram, así es también quien se entiende por los tres asesinos. En general, se puede decir que son los sacerdotes y los reyes, la sociedad, el cristianismo. Ya se comprende, entonces, contra quiénes se ha de ejecutar la venganza para la cual se preparan y disciplinan y de la cual se habla constantemente en las logias. Las

explicaciones dadas son de los doctores masones, como puede verse en las obras citadas, especialmente en Benoit, en Preuss, en Serra y Caussa, en Espasa, etc.

RESURRECCIÓN

Pero la verdad del porqué España perdió las zonas americanas está manifestado en este escrito que, entre guasas cuando en su principio se refiere a los masones y a los tontos, nos comunica muy seriamente la cruda realidad de por qué ocurrió.

El artículo se titula «Nosotros, los americanos», está firmado por el poeta Ignacio B. Anzoátegui, un escritor de ascendencia española, nacido en La Plata (Argentina), y partidario de la falange española.

El escrito ha sido tomado del libro *Escritos y discursos a la Falang*». Dice así:

> Alguna vez habíamos de hablar de hombre a hombre los españoles y los americanos. Hasta ahora habían hablado de masón a masón —como en los turbulentos días de la desintegración del Imperio—, o de tonto a tonto —como ocurría en los días interminables de los juegos florales de la tontería hispanoamericana—. Al reinado de la recíproca masonería criminal sucedía el reinado de la cómoda cursilería de la pandereta y del tango.
>
> Nuestra independencia se hizo con ruido de armas y con peleas a muerte; no con gritos histéricos ni con pronunciamientos convenidos. Se hizo a la española, arriesgándolo todo, desde la pequeña paz particular y cotidiana hasta la tranquilidad de una vida honorable en aras de la ventura. Porque nosotros, los españoles de América, también teníamos la preocupación española de tener razón siempre, por las buenas o por las malas. Algún día se nos ocurrió independizarnos —quizá por nuestra propia sangre española, quizá por la tentación insidiosa de los enemigos de España— y nos lanzamos a la guerra magnífica. Allí peleamos los españoles de América contra los españoles de Europa. Porque —es bueno decirlo de una vez por todas— vuestra España oficial era inferior a nuestra España.
>
> Vosotros nos habíais dejado solos. No fue América la que renegó de España. Fue la metrópoli la que renegó del Imperio. Vosotros vivíais una época en que los Reyes españoles posaban para Francisco de Goya y nosotros revivíamos la época en que pintó al César el pincel de Tiziano. Nosotros todavía soñábamos con la conquista de Eldorado y vosotros habíais empezado a soñar con la conquista de los Derechos del Hombre.

Vosotros teníais en materia política, vuestros problemas de ministros y de favoritos y nosotros teníamos, en materia guerrera, nuestros problemas de indios alzados y de portugueses. Vosotros creíais en la posibilidad de descristianizar a Europa y nosotros creíamos en la necesidad de cristianizar a América.

Del testamento de la Conquista, vosotros os habíais quedado con los legados y nosotros nos habíamos quedado con las cargas. Vosotros habíais trocado capitanes por dirigentes y nosotros habíamos convertido a los encomenderos en caudillos. Nosotros teníamos la enseñanza de una vida dura y vosotros teníais el hastío de una vida fácil. Vosotros erais la verbena y nosotros éramos el cuartel. Éramos el cuartel donde todavía las armas poseían un sentido militar de alerta y de peligro. Todavía nuestras campanas eran las campanas de las viejas ciudades de la Conquista, si alegres para tocar a bodas, si tristes para tocar a muerte, forjadas para el rebato de la invasión inminente que, noche a noche, desde la fundación casi de nuestra vida, nos amenazaba desde el río. Aquí, en esta punta de América, solos en la extremidad del mundo, aprendimos a ser punta de un Imperio. Aquí ganamos gloria de soledad y con la gloria ganamos conciencia de esa gloria: conciencia y responsabilidad de sabernos con un destino que España, que la Corte española, se hallaba entonces empeñada en malograr.

Vosotros nos habíais dejado solos. Pero nosotros éramos España. Un día los ingleses se atrevieron a nuestras playas. Ellos sabían que estábamos solos, pero no sabían que éramos España. Y la España que vivía en nosotros, la España de la vencida Armada, la que si fracasó en un Lepanto contra el Protestantismo, fue capaz de organizar contra el Protestantismo un Lepanto, la que aceptó de antemano perderlo todo para ganarlo todo, esa España de sangre y no de papeles, la de la turbulenta sangre que se derrama quizá porque no consiente la acomodada regularidad de las venas, esa España, la España nuestra, la de los conquistadores y de los misioneros, la de la heroica truhanería humana y divina, se levantó en armas desde su pobreza aldeana para mostrar a Europa que existía una América imperial todavía fuerte, no una América de hombres nuevos nacidos de nadie —como lo pretenden los historiadores oficiales— sino de hombres de sangre española que no habían perdido la juvenil alegría que infundió a su sangre la eterna

juventud de la Conquista. Próceres conquistadores buscaron en América la Fuente de Juvencia. Si fracasaron entonces en el desengaño del mito, triunfaron en la afirmación de la sangre que ellos derramaron y que había de ser semilla y fundamento y fuente de juventud. La Fuente de Juvencia brotaba en la arena misma que hería la quilla de sus barcos y en la tierra misma donde ellos ponían el pie. Porque América les estaba señalada para que aquí se asentara la resurrección de España. América no era tierra penitencial; era tierra resurreccional. España tenía todavía demasiada simiente y su tierra estaba ya demasiado cansada. La sangre tenía todavía demasiada juventud y el suelo tenía ya demasiada vejez. Por eso se le señaló a la sangre la tierra de América; para que aquí pudiera continuar fructificando en fruto español.

España no había caducado. No había caducado su auténtica realidad. No habían caducado sus poderes en América. Pero España se había transferido entera a la tierra de América.

La Corte representaba a España y, así, España parecía caída. Y, pareciéndolo, estaba incapacitada para continuar siendo el centro de un imperio.

No se deshace un imperio porque las partes que lo componen alcancen la mayoría de edad. Se deshace porque el gobierno de la metrópoli entra un día en la senectud. Terminada la empresa de los Austria, España —la Metrópoli española— comenzó a envejecer. Las canas no eran ya consejo y experiencia que podía seguirse o no seguirse; era supersticiosa tiranía. Se habían acabado los santos y empezaron las novenas amujeradas. Se habían acabado las conquistas y empezaron las cuentas de administración. Se habían acabado los guerreros y empezaron los políticos. Se habían acabado los fundadores y empezaron los recaudadores. América comenzaba a sentirse sola. Y el liberalismo tenía la culpa de todo eso.

Vosotros os hicisteis liberales. Peor todavía: a vosotros os habían hecho liberales. Vosotros teníais en las manos los dos triunfos del juego —la cruz y la espada— y os sentasteis a la mesa de los jugadores fulleros y os cambiaron los triunfos por unas baratijas de la época. Os perdieron por falta de pasión. Vosotros habíais sido los mayorazgos y nosotros habíamos sido los segundones. Los hijos de unos y otros —los de España y los de América— éramos ya primos hermanos. Vosotros nos

mandasteis hombres que nos administraran y esos hombres traían bajo el brazo «El contrato social del pobre Juan Jacobo Rousseau» o algún libro de meditaciones de cualquier monigote francés más o menos tonsurado y más o menos apóstata. Vosotros —los hijos de los mayorazgos— destruisteis la conquista que nuestros padres —los segundones— habían ganado.

Pero, afortunadamente, la España de hoy no es la España de ayer: es la España de anteayer, como es la América de hoy. Ya ha sonado para el viejo liberalismo la hora de la derrota. Ya lloran sobre su agonía las viejas cocottes que sostuvieron a su costa los salones políticos de antaño. Ya comenzó el desbande de sus sirvientes y el sálvese quien pueda de sus paniaguados. Ya apenas recuerdo queda de sus ministros afrancesados y de su pizca de rapé en los dedos. Lo condenaron los hombres que volvían de pagar sus culpas en las trincheras del 14. Eran las víctimas del adulterio que se levantaban contra la traición. Eran los soldados que habían peleado por una causa oscura y lamentable; los soldados asqueados de engaños y de palabras los que, de vuelta de la guerra, se encontraban con que el premio de todos sus sacrificios era una paz sin paz: una paz que tenía la terrible amargura de las cosas inútiles. El mundo se había perdido una vez más, pero esta vez se daba cuenta de que se había perdido. El liberalismo había triunfado, pero también los hombres habían ganado una experiencia de dolor. Y con el dolor nacería una nueva esperanza: el sueño de un orden nuevo, de un orden ordenado a un fin.

En demanda de ese orden, reclamándolo como un derecho, se alzó la España imperecedera, la vuestra y nuestra. No fue aquello un pronunciamiento de militares; sí un pronunciamiento militar de la sangre. Por eso fue vuestro y nuestro, porque la sangre es una, como es uno e indivisible nuestro destino común.

América, la verdadera, se ha salvado con España la verdadera. La vieja metrópoli caduca no existe ya para nosotros. Ahora tenemos, para mirarnos y para glorificarnos, a la nueva España del antiguo esplendor austriaco e imperial. Los hijos de los conquistadores saludamos ya a los reconquistadores. Ya la Cesárea Majestad de Carlos vuelve a ser la nuestra; ya llamamos nuestras a las sombras hasta ayer desterradas de nuestro recuerdo; ya estamos otra vez juntos en la Historia, reconciliados en una misma grandeza.

> Nosotros los americanos, los que velábamos en la noche liberal que nos rodeaba las armas que vosotros alzaríais en España, los que hablábamos desde siempre un lenguaje que ya es el de vosotros, los que soñábamos un Escorial de fuego cuando en España las antorchas estaban en manos de los miserables, nosotros los americanos verdaderos, no somos unos pocos hombres. Somos una fuerza; y la fuerza no se cuenta con los números, se la mide, pero no se la cuenta. Somos la juventud de América, la América futura que se ha empeñado en ganar un estilo y en imponerlo. Somos —estamos seguros de ello— un destino. Ayer éramos apenas los desesperados fieles de la esperanza. Hoy somos los firmes ejecutores de la realidad americana. Nada construimos, sino que destruimos. Sobre nuestra casa de piedra, el liberalismo había alzado su tablado de oratoria vana y de fácil declamación. Nosotros le prendimos fuego al tablado y pusimos al descubierto la insubstancialidad de la tramoya pintada y la fortaleza de la piedra imperecedera. Vosotros reconquistasteis a España cuando nosotros descubríamos América. Y América redescubierta y España reconquistada son una sola y misma juventud, una sola y misma fuerza que empuja desde el fondo de los siglos. Porque la España vuestra y la América nuestra no representan simplemente el triunfo provisorio de una generación de jóvenes. Son la juventud eterna; la juventud que se llama juventud para hacer rabiar a los viejos traidores. Vosotros y nosotros somos la eternidad; la eternidad de quienes se encontraron un día en la intersección de dos caminos y ese día comprendieron que sus caminos formaban una cruz.

A José Antonio Primo de Rivera, fundador de la Falange, se le tachó de masón, y de ello se encargaron con sutilidad prodigiosa los servicios secretos de Franco, tal vez para eclipsar un poco la oscura muerte de este político en la cárcel de Alicante, ya que, a pesar de la amistad que existía en un principio entre Franco y José Antonio Primo de Rivera, sabiendo que el primero fue el padrino de su cuñada Zita Polo, hermana de su mujer Carmen Polo, y el segundo padrino de Serrano Suñer en el día del enlace matrimonial de Serrano Suñer y Zita Polo, hay que tener en cuenta que más tarde, y debido a una escaramuza de intereses contrapuestos, el militar y el político llegaron a enemistarse.

El hecho ocurrió de la siguiente forma: durante la Segunda República, Serrano Suñer preparó una entrevista secreta entre ambos. En el transcurso de ella, José Antonio preguntó a Franco si estaría dispuesto a sumarse a un

golpe militar en caso de que el Frente Popular saliera victorioso en las elecciones que se iban a celebrar en febrero de 1936. Franco no dio una respuesta clara, dando a entender que velaba más por sus intereses que por los intereses concretos del fundador de la Falange.

Días más tarde, en un discurso que José Antonio Primo de Rivera dirigió a un grupo de falangistas ávidos de salvar la Patria, dijo, entre otras muchas cosas, y refiriéndose al tema anterior, lo siguiente: «Es inútil con los generales en activo, son todos unos “gallinas”; y Franco el “gallina mayor”».

Franco nunca perdonó las palabras hirientes que José Antonio profirió contra él, y creemos que quizá por eso, pudiendo hacerlo, no hizo absolutamente nada para librarlo de la muerte. Tal vez decidió que le interesaba más tenerlo junto a él como mártir que como opositor.

En las declaraciones que José Antonio hizo en su defensa en el proceso que contra él se siguió, y en cuyo sumario se aportaba como prueba una entrevista que el fundador de la Falange concedió al periódico *El Liberal* de Murcia, queda manifiesta la distancia ideológica que separaba a Franco de José Antonio:

Fiscal: ¿Le preguntó ese enviado especial, si usted aceptaría un puesto, de triunfar la Revolución, en el Gobierno que llegara a constituirse o en la Asamblea o lo que fuera?

José Antonio: No me lo dijo en esos términos. Ahora, me hizo declarar mi punto de vista sobre esa rebelión. Me dijo "Se han unido todas las fuerzas antiguas" Si es así, le dije que yo estaba en contra del movimiento. No creo que el Ejército se haya sublevado para restaurar la política antigua. Si lo hubiera hecho no creo que algunos de los que figuran se hubieran adherido, pero ello sería la razón para que volviese pronto el régimen de izquierdas.

Fiscal: Añadía usted que eso daría motivo a que Azaña volviese a reconquistar el Poder.

José Antonio: Exacto.

Fiscal: A mi juicio guarda una relación directa. Recuerde usted que le hizo la siguiente pregunta: ¿Qué diría usted si supiera que Franco ha logrado la colaboración de alemanes e italianos a costa de la concesión de determinadas porciones peninsulares y puertos de España, sin tener en cuenta el riesgo que existe para una nueva guerra? ¿Le hizo esta pregunta? ¿Cree que tenía relación con el otro informe que dijo entendía

el Ministerio Fiscal que había relación tan directa, de que efectivamente en sus visitas de usted, había una relación de causa efecto y después de esas visitas señalar las posiciones estratégicas?, ¿no cree que exista relación entre esa pregunta y la anterior?

José Antonio: No puedo explicar relación alguna de hechos que no sean míos. No sé ni por qué el periodista me preguntó eso, ni por qué lo ha publicado El Liberal de Murcia. Estoy contestando con bastante sinceridad. El periodista me hizo la pregunta y le di la respuesta vituperando todo pacto en que se enajenase todo o parte del territorio o de la riqueza española.

El aborrecimiento que Franco sentía por los masones queda suficientemente manifestado en esa exposición sobre la masonería que se muestra dentro del Archivo Histórico Nacional de Salamanca sobre la masonería.

En la sala conocido como Centro Documental de la Memoria Histórica sobre la Masonería, podremos admirar símbolos, insignias, mesas, sillas, libros, imágenes, retratos y cifras que el Generalísimo fue incautando a lo largo de su larga vida a los masones para, mediante su exhibición, descubrirlos como individuos de mente ingenua y un tanto ridículos que dedicaban sus vidas a reunirse entre aquellas cuatro paredes adornadas de simplezas y a venerar los grotescos símbolos que lucían sobre sus mesas.

Pero, en fin, no nos vamos a eternizar ahora dando hipótesis del porqué se hizo correr la voz y se llenaron páginas de diarios con comentarios sobre la supuesta masonería del joven José Antonio Primo de Rivera, pero si vamos a demostrar, mediante el siguiente escrito, que el fundador de la Falange estaba más cerca de los carlistas que de los masones. El escrito que mostramos a continuación es también del poeta y falangista Ignacio B. Anzoátegui, se titula: «España reconquistada», y ha sido tomado, igual que el anterior, del libro titulado *Escritos y discursos a la Falange*:

Una revolución no se hace para terminar con un hombre, sino para terminar con un siglo. No se la lleva a cabo ni se compromete la existencia de una nación para derrocar a un mal gobierno, sino para liquidar un estado social.

Una revolución es un acto de cirugía política donde el bisturí es la espada y donde la decisión de facto de un cirujano audaz suple la indecisión de derecho de los críticos solemnes y enchisterados. Nada más antipatriótico que la legalidad en las situaciones de urgencia. Nada más canallesco que la actitud de quien, pudiendo salvar a su patria por las

buenas o por las malas, deja que su patria se pierda por procurarse el pequeño gusto de obtener la suficiente autorización para salvarla. A la patria no se la consulta; se la vive y se muere por ella, a pesar de la opinión más o menos mayoritaria de los individuos que gozan de sus beneficios en un momento dado. El verdadero patriota debe estar dispuesto siempre a sacrificarse entero, aun a sacrificar su honor y su apellido, en aras del verdadero destino de su patria. Como el santo está pronto a jugar su tranquilidad y a padecer cárcel y destierro frente a la comodidad de los señorones de la fe, así el patriota está dispuesto a todas las eventualidades que su patriotismo le impone. A él no le interesa la aburguesada opinión de los canónigos acomodados o de la beatería constitucional; a él le interesa el bien de su patria, que es la salvación de todos, de los que merecen y de los que no merecen, de los que quieren y de los que no quieren salvarse.

Cuando el Generalísimo se alzó en armas, España parecía perdida. Los enchisterados habían decidido que España era una república de obispos y los burgueses descansaban sus conciencias en esa declaración que escondía, tras una farsa de confesión y de acatamiento al espíritu jerárquico de España, todo un programa de rebelión y de desconocimiento de la jerarquía. Unos se engañaron y otros quisieron medrar de aquel engaño. Unos invocaron el nombre del progreso y otros invocaron la necesidad de hacer progresar a España en el criminal acomodo. Y unos sin saberlo y otros sabiéndolo, traicionaron a España y traicionaron su propio ser indeclinable. Pero el fuego de la sangre renació cuando vio fuego. Al programa de incendios sucedió el entendimiento de las almas y el abrazarse de la conciencia española. El fuego pedía una conducta de fuego. Y la España incendiada se trasformó en la España encendida; porque el llamado rojo de la locura exigía una respuesta: la locura militar de salvar a España. Y la patria eternamente aventurera se lanzó a la aventura de salvarse a sí misma cuando parecía definitivamente perdida.

Pero, precisamente por española, aquella aventura no podía limitarse a cambiar un gobierno por otro; debía cambiar un estilo por otro estilo de vida, poner una ansiedad nueva que fuera a un mismo tiempo cielo y bandera para los ojos. España vivía ya una ansiedad; pero era la ansiedad de no encontrarse y de desesperar de ella. Se hacía necesario infundirle la

necesidad de buscarse y de encontrarse, viviendo una milicia de esperanza. El siglo XVIII había cortado a España sus alas imperiales. El águila familiar era ya un animal doméstico que ni siquiera asustaba al gallo vecino. La cruz era apenas un recuerdo incómodo y la espada era un torpe instrumento de barbarie.

Sin águila y sin cruz y sin espada, España no tenía razón de ser, porque aquello no era España; era una forma geográfica sin contenido español. El imperio se hizo administración y el héroe se hizo funcionario.

El siglo XIX fue el siglo de los hijos de los funcionarios. El romanticismo renegó del neoclasicismo, pero renegó de él de una manera tonta. No fue capaz de inventar aquella frase que un siglo más tarde —en otra época decisiva— pronunciaría un hombre de nuestro siglo: «Luchemos contra nuestros padres, al lado de nuestros antepasados». Los románticos eran una pobre gente sentimental. Todo su resentimiento contra el siglo XIX se fundaba en el hecho de que sus padres no les dejaban salir de noche. Por eso huían de sus casas sin reparar en que, huyendo, se expatriaban. Por eso España se quedó sin españoles. Por eso los hijos de los románticos fueron antiespañoles, porque sus padres no supieron comprender que los neoclásicos habían traicionado a los clásicos.

El lamentable José Zorrilla podía huir de su casa con un espíritu pequeñamente deportivo y aun escribir «El puñal del godo» con una emocionante falta de seriedad histórica. La rebelión romántica tenía asco del pasado inmediato y deficiente, pero no comprendía la grandeza del pasado mediato y suficiente. El romántico podía admirar a una tatarabuela más o menos famosa, pero con la condición de que fuera famosa por casquivana.

Podía admirar todo lo que importara una rebelión contra el orden establecido, pero no podía detenerse a considerar si ese orden era justo o injusto. Su desprecio de la sociedad oficialmente aceptada, le imponía esa actitud. De la ciudad no le importaba sino el cementerio; de la vida no le importaba sino la muerte, pero no la muerte como problema, sino como solución; no la muerte como superación sino como acabamiento y como huida. En el siglo XVII todavía España hablaba de la alegría de vivir; en el siglo XVIII hablaba de la tristeza de vivir; en el siglo XIX ya hablaba de la ignominia de vivir. Alegría, tristeza e ignominia, son los tres estados

por que atraviesa España. España la grande, España la pequeña y España la entregada. Porque esto fue el siglo XIX español: entrega y nada más que entrega. Entrega de todo lo puro y de todo lo noble. Entrega, no por vencimiento sino por cansancio, que es la manera más impura e innoble de entregarse. Entrega por la comodidad de no luchar y por la comodidad —más criminal todavía— de pensar que no vale la pena luchar.

No es el caso de alegar excepciones cuando se trata de juzgar históricamente una época. La excepción tiene validez histórica cuando triunfa. Y, triunfando, se impone, e imponiéndose, deja de ser una excepción para convertirse en una ley y para reemplazar por el orden que ella propugna el orden que ella desalojara. Otra hubiera sido la suerte de España en el siglo XIX si los carlistas hubieran triunfado. Pero la historia no se hace con suposiciones fallidas sino con realidades triunfantes. Es cierto que la excepción carlista era típicamente española, pero, precisamente, porque fracasó, quedó demostrado que era nada más que una excepción. No fracasó porque mereciera fracasar, sino porque la España de entonces no merecía que triunfara. El tamaño de la excepción no cabía dentro de la pobreza de la realidad; por eso y sólo por eso, esta conseguía rechazar aquélla. Pero si el carlismo no obtuvo lo que pretendía, si no triunfó como revolución, triunfó como la esperanza, al modo de Pelayo en las montañas de Asturias. Alguien —un hombre joven— había de recoger su ejemplo y su enseñanza. Ese hombre fue José Antonio, que restauraría para España la medieval alegría de vivir imperecederamente. **Porque José Antonio era un carlista**. Yo sé que esta afirmación es resueltamente escandalosa. No me tienta al formularla el gusto de escandalizar con ella; pero tampoco el temor del escándalo me inhibe de escandalizar. Digo que José Antonio era un carlista por dos razones: la primera, porque los carlistas eran los enemigos del siglo XIX en el siglo XIX, y José Antonio era el enemigo del siglo XIX en el siglo XX; la segunda, porque los carlistas significaban la reacción del buen sentido familiar contra la kermesse liberal que se instalaba en España, y José Antonio era, en nuestro siglo, esa reacción traducida en juventud. Al espíritu carlista de recuperación nacional perteneció su padre, pero le faltó apoyo de la juventud, que todavía era adolescencia. Miguel Primo de Rivera quiso a la vejez rejuvenecer a España; pero en su época se habían muerto ya los grandes viejos del pasado y aun eran adolescentes

los grandes jóvenes del futuro. La revolución de Miguel Primo de Rivera estaba a la defensiva. Y una revolución que está a la defensiva está, necesariamente, destinada al fracaso. Afortunadamente para España, el hombre tenía un hijo que había de continuar su obra y de ofrecer su vida por la salvación de la patria: ese hijo fue José Antonio, el que salió temerariamente a exigir de la juventud, de aquella juventud, que su padre no había podido ganar, el compromiso de salvar a España y de reconquistarla para la eternidad. En los tiempos de Primo de Rivera el viejo, España no estaba todavía bastante madura de sufrimiento. Fue recién en los años de Primo de Rivera el mozo que alcanzó esa madurez. No es suficiente que un pueblo sufra la angustia del hambre para que, por ese sólo hecho, abra los ojos a la realidad. Es preciso para ello que sufra la angustia del ser. España venía sufriéndola desde el siglo XVIII. Pero el siglo XIX la había trocado en otra cosa distinta: la coquetería de la desesperación. Y si la angustia llevaba al martirio, la desesperación lleva al suicidio. Cada día España se suicidaba delante de un espejo. Porque eso fue el Romanticismo: un cotidiano suicidio delante del espejo.

No podía salvarla la generación del 98, porque al suicida moribundo no se le salva con pócimas de solemnidad. Podrá salvarlo un cura ignorante que le diga al oído unas cuantas palabras elementales sobre la vida y la muerte, pero no una junta de médicos inservibles. Y la generación del 98, fue la Junta de médicos que miraba cómo se perdía España sin atinar a otro remedio que a escribir sobre la necesidad de poner remedio a ello. Lamentaba quizá la pérdida de la patria, pero carecía de la pasión indispensable para ofrecer su vida por ella. El Romanticismo había caducado, pero le sucedía una generación de neo-románticos. Si aquél lloraba impúdicamente sobre la libertad perdida, estos discurrían solemnemente sobre lo que debía entenderse por España. Aquél huía de su casa, estos ponían en duda su filiación. Si aquél era capaz de blasfemar de Dios por infantiles razones literarias, estos eran capaces de negarlo por razones de chochería filosófica; porque los neo-románticos nacieron rematadamente viejos.

Fue preciso que las cosas llegaran al punto que llegaron. Falange —todo esperanza— surgió de la locura de la muerte. No fue tanto la acción de un hombre genial, cuanto la reacción del espíritu español. No fue sólo José

Antonio, sino el imperativo de reconquistarse. Y para reconquistarse es necesario haber sido.

Así lo entendió Falange, y lo realizó la espada del Generalísimo. El profeta disparó sus flechas al aire y el guerrero se las devolvió en la mano con las cinco rosas de la sangre. Con las cinco rosas de la sangre que florecían en el aire de España, desde la eternidad militar de su destino de derramada sangre y de levantadas rosas.

Quienes tengan dudas de la supuesta simpatía que José Antonio Primo de Rivera sentía por los carlistas, pueden asomarse al ideario de la Falange española y ver la tremenda similitud que existe entre este ideario y el de los carlistas. Desde aquella popular canción que se nos hacía cantar a todos los niños de la posguerra en las escuelas nacionales de: «Por Dios, por la Patria y el Rey lucharon nuestros padres...», hasta lo de que España es única e indivisible, encontraremos, uno tras otro, puntos que son tan iguales en su contenido que, si no fueron copiados los unos de los otros, sí que fueron por lo menos tenidos en cuenta conforme los iban creando.

Por si alguien no lo sabe, hemos de decir que, aunque muchas veces se nos ha querido presentar a la masonería como hermana o pariente del carlismo, no es así. Ya que el carlismo echó mano de su tradicionalismo católico para combatir en todos los frentes a los molestos masones.

ASCENSIÓN

En nuestros días, y desde hace ya algunos años, los masones han dejado de ser perseguidos y, gracias a ello, han relajado su hermetismo y hemos podido conocerlos tal como son. Ahora hay mucha gente que se está dándose cuenta de que son personas normales y no monstruos, y mucho menos una especie de CIA al servicio de no se sabe qué ocultos intereses.

Ya podemos tener acceso a sus escritos y saber qué es la fraternidad para ellos; cosa que vamos a hacer esta vez a través de la pluma de Arthur E. Powell, sacándolo de su obra titulada «La magia de la Francmasonería»:

> La Fraternidad es para el Masón lo que la luz del sol para los seres vivos; y, así como la luz puede dividirse en incontables fuerzas y manifestaciones de vida, así el espíritu de Fraternidad que resplandece en los corazones de los hombres puede iluminar sus naturalezas e inspirar sus acciones de modos tan infinitos como las arenas del mar y tan diversos como las flores del campo. El espíritu fraternal es tan penetrante como el éter existente en todas las formas de la materia, porque se infunde en la vida toda del francmasón, iluminándola en su sabiduría, sustentándola con su fuerza omnipotente y haciendo que su belleza irradie hasta los confines más lejanos...

Y de la misma forma, y por la misma pluma, también podemos saber hoy por qué, aunque ya no son perseguidos, siguen guardando secretos:

> Existen muchas razones sencillas y obvias para que la masonería guarde secreto externo, pues, si bien hoy día ya no se nos persigue por nuestras ideas religiosas ni por nuestras opiniones filosóficas, sin embargo, la tradición de épocas lejanas en que los que sustentaban opiniones o practicaban ritos que no eran ortodoxos debían guardar el más severo secreto y la más estricta reserva, si no querían poner sus vidas en peligro…

Aunque personalmente nosotros creemos que esa devoción al secreto gravita sobre sus logias más por darse importancia que por verdadera ocultación. Veamos otra vez, a través del mismo autor, las razones que nos conducen hacia la certeza de lo expuesto:

Existen otras razones poderosas de que se guarde el secreto masónico, entre las cuales destaca la de crear deliberadamente una atmósfera de misterio, pues si bien esa atmósfera atrae a los curiosos y les alienta a profundizar en los misterios secretos de la Naturaleza, también tiende a avivar el sentimiento religioso en los hombres y procura acrecentar la reverencia que se debe tener por el Ritual masónico. El amor a lo misterioso es saludable y beneficioso si se dirige cuerdamente, pues no existe nadie por cínico que sea que no abrigue una secreta atracción hacia el misterio. Porque ¿quién no ansía por escéptico que sea conocer o comprender el significado de la Naturaleza con todas sus maravillas, de la vida y de la muerte, de la conciencia, del origen y destino de las miríadas de vidas de que está lleno el universo y de lo que existe en las estrellas, así como de su duración? No existe reverencia tan verdadera como la del hombre de ciencia que estudia los milagros de la Naturaleza para arrancar, de los tesoros de esta, diminutos fragmentos.

Además, el mero hecho de participar con otros en la conservación de secretos establece un sutil lazo de simpatía que ayuda a fortalecer la cadena fraternal. Pocos hombres pasan de la edad espiritual en que se experimenta su satisfacción de poseer secretos que es una de las características más destacada de los niños. Excepto los que carecen de imaginación, todos encuentran cierto encanto en participar con otros en la posesión de secretos, lo cual ocurre hasta en el caso en que estos no tengan valor alguno ni sean interesantes. El mero hecho de que los masones sean capaces de reconocer a los miembros de su fraternidad en cualquier lugar de la tierra y distinguirlos de todos los demás hombres, es un atractivo que tiene algo de ensueño y de romance.

Además, el mero hecho de participar con otros en la conservación de secretos establece un sutil lazo de simpatía que ayuda a fortalecer la cadena fraternal. Pocos hombres pasan de la edad espiritual en que se experimenta esa satisfacción de poseer secretos que es una de las características más destacadas de los niños. Excepto los que carecen de imaginación, todos encuentran cierto encanto en participar con otros en la posesión de secretos, lo cual ocurre hasta en el caso en que estos no tengan valor alguno ni sean interesantes.

EPÍLOGO

Este ensayo ha sido investigado primero y escrito después en honor de esos masones que lo son de corazón, no de esos otros que se aprovechan del atractivo que para algunos confiados jóvenes encarna la magia de la masonería para valerse de ellos y, mediante juramentos y otros ritos que no tienen nada que ver con la verdadera masonería, engañarles para obtener de ellos sus oscuros intereses.

El poder de discernimiento entre el bien y el mal que todos llevamos incluido en nuestra alma creada debe siempre encaminarnos a descubrir esa dimensión interna que está presente en todas las reglas y normas que se nos manifiestan en la vida. Así, descubriendo la raíz y la motivación de cada una de las leyes y normas que en una asociación nos presenten, sabremos si son justas o injustas, buenas o malas, vejatorias o dignas..., y, de esta forma, no obraremos por obediencia mecánica a unas exigencias maliciosas, sino por convicción interna de que aquello que se nos demanda corresponde ciertamente a las exigencias de nuestro bien personal y, sobre todo, del provecho común en nuestras relaciones con los demás.

Quizás sería bueno, para aquellos que no estén muy seguros de que lo que se les presenta es lo correcto, recordar aquellas palabras de Jesús que nos refiere Mateo en el capítulo 7, versículo 12, que dicen: «No hagáis a los demás, lo que no queráis que los demás hagan con vosotros...». Y aquellas otras de Santiago, capítulo 5, versículo 12, que dicen: «Sobre todo, hermanos míos no juréis ni por el cielo, ni por la tierra, ni con otra especie de juramento. Sino que vuestro “sí” sea “sí” y vuestro “no” sea “no” para que no caigáis en condenación».

Tal vez sea necesario mostrar un nuevo documento de George Washington para saber, a través de él, el espíritu que, tanto en aquellos tiempos como en estos, sentían y practicaban los que contestaban y contestan positivamente a la íntima llamada de la masonería. Sus fuentes documentales son las mismas que se dieron a conocer en el anterior:

> Hoy, que tengo la impresión de haber experimentado una ligera mejoría, escribiré sobre las muchas cosas extrañas y nunca vistas por el hombre que tuve la suerte de admirar cuando estuve trabajando bajo las órdenes del maestro agrimensor William Gunter en las salvajes tierras del Valle del Shenandoah.

Difícil es dar una idea a los que nunca han transitado por lugares que todavía se conservan vírgenes, de las emociones que se experimentan cuando nos cruza corriendo —tal vez asustado por nuestra presencia—, algún animal salvaje nunca visto por el hombre o desembocamos de pronto en lugares que cualquiera podría describir como sacados del Paraíso.

Inmensos bosques de añosos troncos cuyas copas se encuentran tan juntas y enredadas que no dejan entrar la luz, cuyo suelo jamás ha sido hollado por el hombre, es algo habitual de admirar por aquellos lejanos lugares.

Soy incapaz de describir la extraña y a la vez agradable sensación que se percibe al entrar en esas frondosidades que son tan antiguas como el mundo. Pero lo que sí puedo afirmar, es el privilegio que uno siente cuando se encuentra en ellas porque sabe que lo que está admirando es la Creación tal y como salió de las manos de Dios.

No me gustaría volver hoy a aquellos lugares que antaño tuve la facultad de ser el primero en ver. Quiero recordarlos como los admiré entonces. Estoy seguro de que, si volviese hoy por aquellos territorios, donde dejé bosques paradisíacos, hallaría campos de cultivo; y donde tuve que abrirme camino a través de la naturaleza para poder avanzar, encontraría caminos transitados por animales de caga y carros de transporte.

Mucho es lo que debo a los diferentes maestros que tuve, pero quizá deba confesar sin ruborizarme, que mucho es también lo que debo a aquella educación salvaje que día a día penetraba en mi entendimiento y me hacía cada vez más sabio.

La hospitalidad y la amabilidad con que los indios reciben a los extranjeros que a sus cabañas se acercan, es algo admirable. Ha quedado en mi corazón tan afincado que, desde entonces, no he dudado en cultivarlo y practicarlo cada vez que la ocasión me lo ha permitido.

La cabaña donde vive un indio con su familia es para ellos como un templo, y el invitado acogido en ella es sagrado para el señor del hogar. Sería capaz de dejarse despellejar antes de hacerle el menor daño a sus invitados.

Tampoco me gustaría volver a los lugares donde en tiempos pasados estuve acogido por estos indios. Todas aquellas tierras se encuentran

todavía sin ley y sin protección. Los nativos fueron desposeídos por la fuerza de sus hogares y tierras. Y aquellos orgullosos indios que antaño me acogieron tan noblemente en sus hogares, han comenzado a deambular hambrientos por los pueblos y las ciudades, pidiendo un pedazo de pan porque no tienen nada con que alimentarse.

Esa fue la razón por la cual yo mandé construir este sótano que mantengo en el más estricto secreto, cuya existencia solamente ocho personas contándome yo conocen. Si en tiempos pasados los indios fueron buenos anfitriones y me recibieron en sus casas como si hubiese sido de su propia familia, yo, con ayuda de mis fraternos, nos dedicamos desde hace ya algún tiempo a abrir y mantener albergues y comedores sociales donde recibimos mendigos y algunos de estos indios desamparados para darles de comer, un techo digno y vestidos... En este sótano es donde se almacenan y guardan los alimentos para que no tengan que ser depositados en lugares públicos, donde tendríamos que revelar el porqué de su estancia. Cuando hagas el bien o des limosna —dice el evangelista Mateo—, no toques trompeta delante de ti, como hacen los hipócritas en las sinagogas y en las calles. Cuando hagas el bien o des limosna, que no sepa tu mano izquierda lo que hace tu derecha, para que tu ayuda sea en secreto...

De aquí salen todos los días más de quince carros, cuyas cargas abastecen las necesidades de las diferentes casas. Y todo, absolutamente todo, se hace en el más estricto secreto. Los albergues y los comedores existen, los ciudadanos los ven a su paso, pero nadie sabe quiénes son los que con su dinero y esfuerzo hacen posible que miles de personas desamparadas encuentren allí la ayuda que a cualquier hijo de Dios por derecho le corresponde.

Por todas estas circunstancias, y por otras que no vienen al caso en este momento, la entrada y salida de este sótano solamente la sabemos siete personas y yo. Por la pequeña bodega que fue mandada obrar por mi padre, que se encuentra al nivel de este sótano, es por donde se entra. Allí se encuentra un medio barril de grandes proporciones adosado a la pared, que a todas luces sirve de adorno, cuyo centro está rodeado de diez números, del cero al nueve, tallados a mano. Ocho bocas de tubos de ventilación, una por cada Hermano que totaliza el grupo, han sido colocadas alrededor del barril.

De esta forma, si en el futuro se hacen reformas o el medio barril quedara oculto por algún otro mueble que colocaran delante, podrá ser localizado fácilmente por cualquier sucesor nuestro que haya sido encontrado digno de serle notificado el secreto. Teniendo en cuenta que siempre serán ocho los que lo sepan. Cuando uno muera, será elegido otro para que el número sea siempre el mismo.

Todo masón sabe que el número 8 representa la igualdad porque, según el mismo Pitágoras, el 8 es el primer número que puede dividirse en 2 números cuadrados iguales: 4 y 4. Y sabido es que la igualdad impera en cualquier reunión masónica. En ella no hay jamás ricos ni pobres; generales ni soldados; presidentes ni ciudadanos..., sino que todos somos uno ante nuestros propios ojos y ante los ojos de Dios.

Es un mecanismo realmente ingenioso que ha sido inventado por uno de nuestros hermanos. Pulsando tres de los diez números, sin olvidar el orden, una puerta que ha sido muy bien disimulada aprovechando las grietas que separan los ladrillos con que posteriormente reformamos la pared, se abre por medio de un módulo que forma parte de la biblioteca que aquí conservo, y donde tengo todos aquellos libros que deseo que después de mi muerte sigan ocultos para que nadie pueda poseerlos ni subastarlos.

Arriba, donde cotidianamente vivo, tengo otra biblioteca. Es más pequeña que esta, pero los diversos libros que en ella se guardan, no tienen la importancia, el valor ni la antigüedad que conservan estos.

Mientras fui presidente goberné a los virtuosos hijos de esta nación tal y como ellos se lo merecían. Ahora ya no lo soy, pero mientras lo fui traté por todos los medios que el Pueblo puso en mis manos, de proteger a los indios.

Dos años antes de ser elegido primer presidente de los Estados Unidos, hablé ante el Congreso y les convencí para que fuese publicada una ley en favor de los que tantos atropellos estaban soportando por parte de algunos colonos que se saltaban la ley. De esta petición mía surgió en el año 1787, una disposición de ley, de la cual yo guardo todavía una copia, que, entre otras ordenanzas, se agregaba la siguiente:

> La mayor buena fe será siempre observada hacia los indios, sus tierras y propiedades nunca serán tomadas sin su consentimiento y

nunca serán invadidos ni molestados en su propiedad, derechos y libertad, a no ser en justas y legales guerras autorizadas por este Congreso; pero se publicarán de vez en cuando leyes basadas en la justicia y humanidad para que no se les dañe y para preservar la paz y amistad con ellos.

Pero los colonos, que se regían por la ley del más fuerte y por las que habían heredado de sus antepasados o aprendido de los ingleses, argumentando que los indios usaban la tierra solamente para cazar y no para cultivarla y criar ganado, tal como nos manda la Biblia que hagamos, añadiendo que solamente aquellos que la cultivan reciben la bendición de Dios, ignorando por completo las leyes decretadas por el Congreso, fueron desposeyendo a los nativos de sus tierras, e, incluso, a veces, de sus propios hogares.

Ahora que nada puedo hacer en favor de esos hijos que han caído en la desgracia, me he visto en la obligación de ampararlos y socorrerlos personalmente. No puedo dejarlos morir, debo y quiero alimentarlos porque, si bien es verdad que algunos de ellos ayudaron a los ingleses en contra de nuestros intereses, también es verdad que fueron muchos los que derramaron su sangre luchando junto a nosotros por esta nación que cada vez, y con la ayuda de Dios, se va haciendo más y más grande.

Mount Vernon, 10 de octubre de 1799



Las personas, tanto por nuestra condición limitada como por los espejismos que a veces se nos presentan, no somos en algunas ocasiones capaces de reconocer todas las exigencias del bien, e, incluso, si las reconocemos, no siempre nos encontramos con la suficiente fuerza de voluntad para llevarlas a la práctica. Las influencias negativas de algunos amigos, la propia pereza personal y la fascinación por lo ignorado o misterioso hacen que no siempre veamos con claridad la recta norma de conducta que nos ha de conducir hacia la propia realización personal y hacia el bien común.

Para llevar a cabo estas realizaciones personales y de bien común, tendremos que saber que nadie puede decir que ama a su prójimo si no respeta sus derechos. En este respeto mutuo de los derechos se basa toda la convivencia humana. Ahora bien, entre todos esos derechos ninguno tan fundamental como el derecho a la vida.

Todas estas cosas deben tener en cuenta los jóvenes de hoy. Y deben saber, además, que todo hombre, en cuanto tal, es digno de honor y de respeto. Y que, a partir de este honor y respeto, hay una escala de distintos grados de «honorabilidad y respeto» entre los hombres, según la edad o vínculos familiares.

Esta obra de Antonio Galera Gracia
se terminó de componer en las
colecciones de la editorial
M A S O N I C A®
en el día 26 de
noviembre
de 2021.

Notas

[← 1]
Temas españoles. Los gremios. José Guillot Carratalá. 1954.

[←2]

Archivo histórico de Londres. Armario 5. Vol. 74, pp. 89-98.

[←3]

Espuerta grande y cerrada, regularmente sin asas.

[←4]

Cloruro de mercurio.

[←5]

De haber vivido en estos tiempos, George Washington no hubiera muerto de la infección que contrajo a consecuencia del frío, la humedad y la nieve cuando, ya bastante mayor, regresaba a su casa después de haber terminado con la campaña militar que se llevó a cabo en el año 1798 ante el peligro de entrar en guerra con Francia. En 1928 Alexander Fleming descubrió casualmente la penicilina que tanto bien hizo a la humanidad aumentando el índice de vida de todas aquellas personas que, bien por entrada de microorganismos a través de la sangre por una herida, o bien por vía aérea a través de la boca, laringe, faringe o tráquea, pudieron curarse con antibióticos.

[←6]

La Agkistrodon piscivorus es una serpiente venenosa que habita en el sur de los Estados Unidos. Las adultas son grandes y capaces de producir mordeduras dolorosas y mortales.

[←7]

En el antiguo Israel, miembro de la tribu de Leví, que era la casta sacerdotal, a la cual pertenecieron Moisés y su hermano Aarón; los descendientes de Aarón eran los sacerdotes, y los demás eran diáconos que ayudaban en los servicios del Templo y del santuario.

[←8]

De Samaria. Eran descendientes de los pueblos que envió Sargón, rey de Asiria, a repoblar Samaria después de ser conquistada por Salmanasar. Adoptaron la religión de los judíos, pero nunca estuvieron muy de acuerdo con ellos. Criticaban a los sacerdotes por su buen vestir, vivir y comer, y les echaban en cara no predicar con el ejemplo. Los judíos odiaban a los samaritanos porque eran muy críticos con ellos y porque los consideraban extranjeros.

[←9]

Lucas. 10, 30-37.

[←10]

Siete días después de haber firmado este manuscrito, George Washington dejó de existir.

[←11]

Nombre que en lenguaje masónico significa Madrid.